

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid.- 24 - 30 marzo 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 434

EN NUESTRAS
PROPIAS MANOS



REALIDADES EN EL
PRESENTE Y POSIBILI-
DADES PARA EL FUTURO

Proceso de intelectuales en la Alemania oriental (página 9) * El toro vale tanto como el torero (página 15) * Cervera, un pueblo que vive para el «Misterio» (pág. 19) * Crónica viajera por la Alpujarra (pág. 23) * Entrevista con Luis de Diego (página 29) * El almirante Byrd, el último explorador del mundo (pág. 32) * «Rusia y Norteamérica», por Henry L. Roberts (pág. 46) * Argelia: Denuncia contra el terror (pág. 49) * Cinco nombres de la N. A. T. O. (pág. 54)

LA VENADA, novela, por Concha Castroviejo (página 38)

LA PESETA, UN VALOR EFECTIVO FRENTE A LA
ESPECULACION DE LOS AGIOTISTAS INTERNACIONALES



La vida renace

Todo parece nuevo en Primavera, los árboles, las aves, la luz... Y, sin embargo, aunque revivido, todo es lo mismo del invierno. ¿Por qué no imitar a la naturaleza?. También nuestro organismo puede renovarse por medio del equilibrio fisiológico que proporciona la «Sal de Fruta» ENO, que contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura. Una cucharadita de ENO en medio vaso de agua al despertar, es suficiente para que nos sintamos otros.

ENO se vende en
dos tamaños.

El grande resulta
más económico.

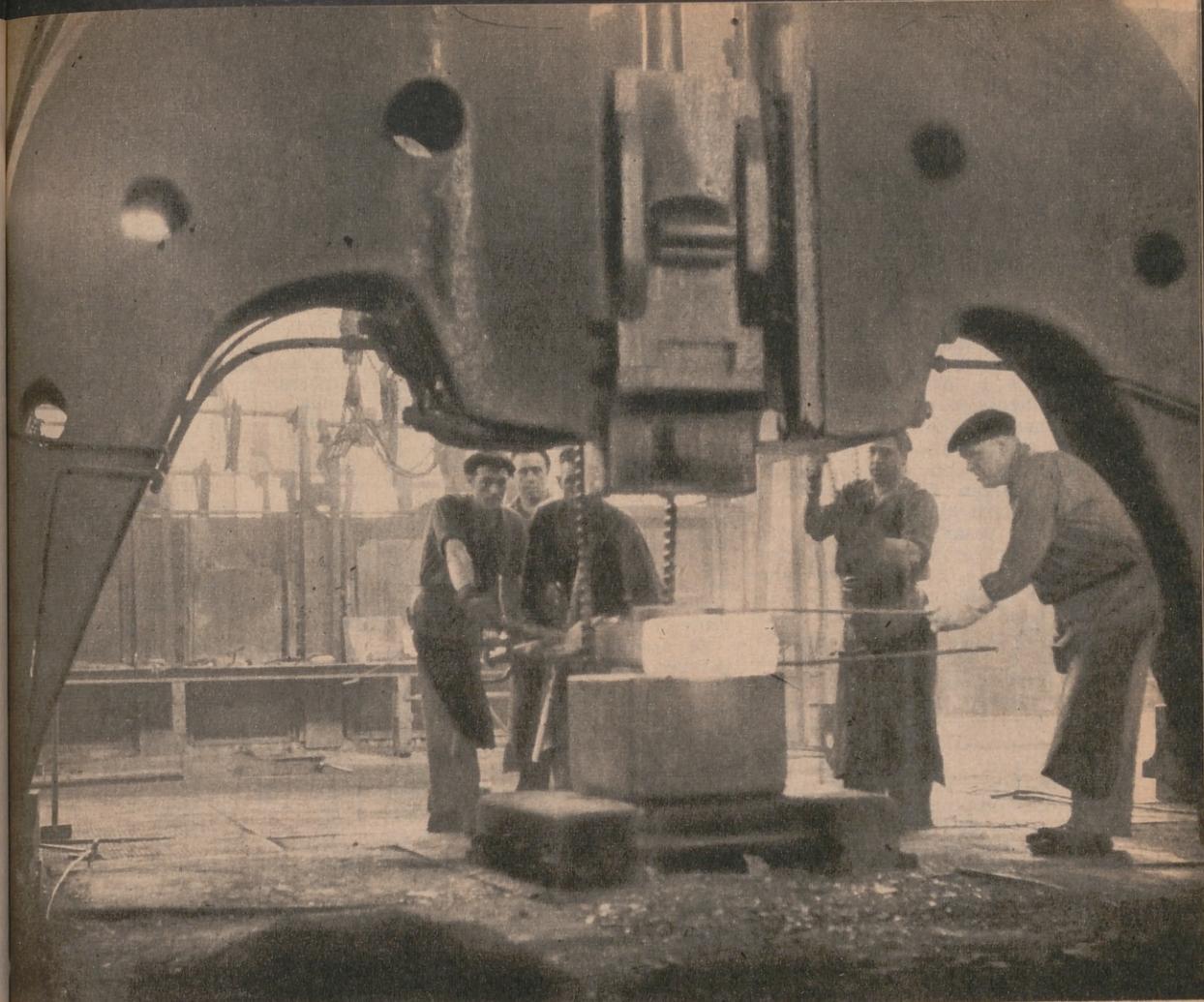


Cerca de un siglo de consumo creciente en todo el mundo avala la excelencia de «Sal de Fruta» ENO, deliciosa bebida efervescente y refrescante, que depura la sangre y estimula las funciones orgánicas, adaptando el cuerpo a los cambios de temperatura. Contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura.

“SAL DE FRUTA” ENO
MARCAS REGIST.

REFRESCA Y ENTONA

Laboratorio: FEDERICO BONET, S.A. - Infantas, 31. - MADRID



EN NUESTRAS PROPIAS MANOS

REALIDADES EN EL PRESENTE Y POSIBILIDADES PARA EL FUTURO

LA PESETA, UN VALOR EFECTIVO FRENTE A LA
ESPECULACION DE LOS AGIOTISTAS INTERNACIONALES

NO es preciso alejarse mucho de nuestras fronteras para ser testigos del fenómeno de transformación de las estructuras económicas de varios países europeos, después de perder sus dilatados territorios coloniales. Francia, con la independencia de Indochina ha perdido en estos años una de las principales reservas forestales de plantas cauchíferas, y lo mismo le ocurre a Holanda, al separarse de la metrópoli los que eran territorios coloniales suyos en Indonesia. Gran Bretaña se ha visto privada también de la generosa producción de caucho de la India y de los países del Pacífico, que estaban sometidos a Londres hasta la terminación de la última guerra mundial.

Si se atiende a la producción de petróleo la metrópoli inglesa

no dispone ya de las 17.000 toneladas métricas que, como media mensual, suministraba Birmania, y de las 23.000 de Pakistán.

Las 360.000 toneladas métricas mensuales que la India producía de mineral de hierro ya no son para la industria británica, ni las 3.000 toneladas métricas de concentrados de estaño procedentes del Pacífico van a los Países Bajos. Asimismo, no afluyen a los puertos británicos como hace unos años los productos textiles de Birmania ni los de la India, ni los de Pakistán. Tampoco el cemento de la India equivalente a una media mensual de 400.000 toneladas métricas, cantidad ésta que representa poco menos de la mitad de la producción mensual de Francia. Con la independencia de la India, la metrópoli se ve

desprovista también de 160.000 toneladas métricas mensuales de materiales de fundición y de 150.000 de aceros en bruto.

Muchos países de Europa, pues, viven ahora una etapa crucial al verse desposeídos de las ricas explotaciones que mantenían en los que fueron sus territorios coloniales. Actualmente han agotado esos fértiles recursos y tienen que ajustarse a los propios márgenes de sus riquezas interiores. España, por el contrario, se ha encarado ya con el problema, se ha adaptado a sus disponibilidades y se encuentra ante el claro horizonte de poseer un mercado interior con inmensas posibilidades y ante el campo dilatado de su industrialización, con las fructíferas perspectivas de sus reservas de materias primas aptas pa-

ra la transformación. Mientras que España superó aquella etapa y se enfrenta ahora con un firme fenómeno de expansión económica, aquellos otros países tienen que reajustar hoy sus disponibilidades, puesto que han llegado a un grado de saturación difícilmente mejorable.

ASI VA LA RUEDA

Esta realidad que supone para muchos países europeos el verse privados de los recursos que anteriormente suministraban generosamente los territorios de ultramar explica gran parte de los fenómenos económicos y sociales que padecen Gran Bretaña y Francia por ejemplo.

Muy a pesar de la ayuda brindada por Norteamérica para fortalecer sus economías, viven ahora una coyuntura que se caracteriza por la inestabilidad. Gran Bretaña no ha conseguido remontar en el pasado año los índices de producción industrial correspondientes al ejercicio anterior. Y más aún, sus reservas de divisas han disminuído angustiosamente. Por si esto fuera poco, los conflictos laborales alcanzan en estos días proporciones alarmantes. Tan cierta es tal afirmación, que el mismo primer ministro ha declarado, refiriéndose a los movimientos huelguísticos: «Es una tragedia el que este país sea víctima de las heridas que él mismo se inflige. Los únicos beneficiarios de las huelgas serán los competidores de la Gran Bretaña.»

Una de las raíces de ese mal momento económico inglés hay que buscarla en la falta de adaptación de los recursos del país a la coyuntura presente. No se puede olvidar que la más importan-

te fuente de riqueza para las islas fué tradicionalmente el comercio que ejercía en régimen de casi exclusivo monopolio de las más importantes materias primas. De sus territorios coloniales obtenía recursos prácticamente inagotables, y con su venta a otras naciones ganaban más los ingleses que con sus manufacturas de Mánchester. El puerto de Londres proporcionaba más beneficios que su industria pesada. Gran Bretaña vivía más de la compra y de la venta que de su propia producción. Y ahora que se ha visto obligada a renunciar a la mayor parte de sus fuentes de riqueza, y que ha tenido que ceder el primerísimo puesto comercial que desempeñaba en favor de Estados Unidos, su economía no se encuentra a sí misma ni el porvenir económico del pueblo inglés se presenta bajo claros auspicios si todo sigue por los mismos derroteros de los últimos tiempos.

Si atendemos a Francia, las perspectivas son igualmente serias. La reciente visita del general De Gaulle a los territorios del Sahara no tiene otro significado sino el intento de reemplazar con las hipotéticas riquezas de esos territorios las otras que Francia tuvo que ceder a raíz de la pasada contienda. Así se da el caso de que en el país haya mayor porcentaje de obreros parados durante los últimos meses de 1956 que en el año 1948. Y que las arcas de divisas estén nada boyantes y que el país se haya visto sobrepasado por el esfuerzo económico de expansión de otras potencias europeas, como Alemania occidental.

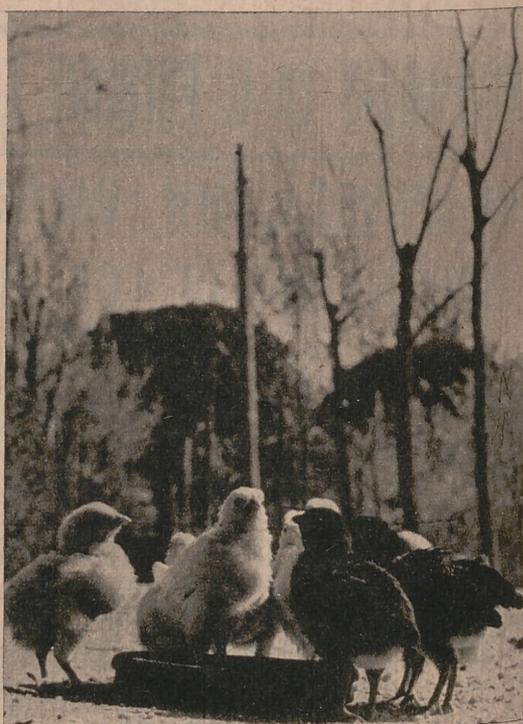
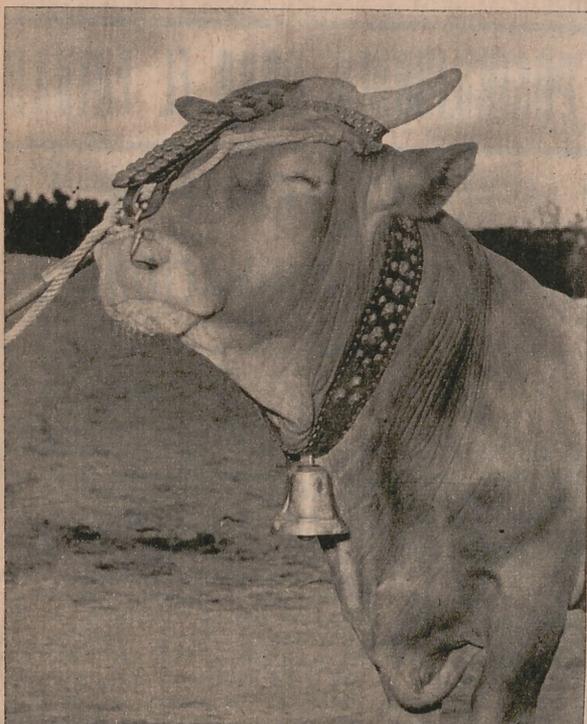
ESPAÑA: PAIS DE BUE- NOS ALIMENTOS

En la actual estructuración

económica española se desprende un resultado evidente: los españoles son de los que mejor comen en Europa. Cualquiera que haya hecho un viaje saliendo fuera de nuestras fronteras puede o ha podido comprobar cómo no tienen comparación, en cantidad y calidad, las comidas españolas enfrentadas con las que se sirven por los restaurantes franceses, ingleses, italianos o alemanes, por ejemplo. Hay país, dejando el precio a un lado, en que es corriente almorzar un tomate con lechuga y media sardina en aceite, un huevo duro y un finísimo filete de vaca. Ello, con el vino y el pan supone cerca de los mil francos. Más de cien pesetas, y en restaurante no de lujo. Esto lo pueden certificar los cientos de españoles que lo han comido.

Poniendo el término medio de España, ¿en qué regular casa de comidas, por cincuenta o sesenta pesetas, no dan un buen plato de judías, de potaje o de paella, huevos fritos y un hermoso filete de vaca o ternera, con sus correspondientes patatas fritas?

Este razonamiento, superficial y popular, pero cierto, guarda correlación con lo que comen los españoles al año. Un español dispone para su consumo durante trescientos sesenta y cinco días de 128 kilos de trigo, 14 kilos de centeno, 9 kilos de arroz, 114 kilos de patatas, 10 de azúcar, 8 de leguminosas, 114 de hortalizas, 59 de frutas frescas, 10 de frutas oleaginosas, 13 kilos de aceite, 48 litros de vino corriente, 15 kilos de carne, cuatro de tocino, 12 docenas de huevos y 90 litros de leche. Comparada esta distribución de alimentos «per cápita» con la de otros países resulta: en cereales nos aventajan Italia, Turquía y Grecia, que disponen de 156, 194 y 145 kilos, y nosotros, de 135.



Nuestra ganadería se encuentra en un proceso de franca recuperación. De los ejemplares seleccionados de ahora saldrán, en el mañana, las cifras de producción que superarán a las actuales



El porvenir para la industria española es mucho más favorable que el de otros países europeos

Los restantes países están por debajo de nuestra cifra. Por encima de nuestros 127 kilos de patatas por individuo y año, únicamente se encuentra Alemania Occidental, con 166; los demás no alcanzan nuestro nivel. En leguminosas, Grecia, Italia y Turquía sobrepasan con 19, 14 y 14, respectivamente, nuestros ocho anuales; el resto de Europa no llega a nuestra media. En el consumo de carne las cifras europeas son en algunos países superiores a las españolas. Por delante de nosotros están Francia, Alemania Occidental, Reino Unido, Italia y Holanda. Detrás, el resto del Continente. En el consumo de huevos nos llevan delantera Inglaterra, Alemania Occidental y Holanda; los demás, o están a nuestro nivel o presentan cifras inferiores.

Estas cifras, publicadas por la F. A. O., indican que nuestra alimentación, nuestros gustos en la manera de preparar las comidas y la cantidad que de cada plato ingerimos, están de acuerdo con la estructuración marcadamente agrícola de España. En algunos casos, huevos, carne y leche, por ejemplo, hay países europeos que nos han adelantado; ahora bien: dichos países europeos han alcanzado prácticamente casi el límite de sus posibilidades en cuanto a terrenos en regadíos, empleo de fertilizantes, espacios de cultivo, etcétera. Es decir, el aprovechamiento del suelo, en el doble aspecto agrícola y ganadero, es casi integral. En España, contando incluso con el enorme avance rea-

lizado en estos últimos veinte años, no se ha llegado todavía al grado de aprovechamiento de dichas naciones.

Estas cifras, pues, de productos agrícolas, de productos lácteos y ganaderos tienden a aumentar en España, y puede estimarse en más de un 75 por 100 el incremento en un futuro próximo. El millón de hectáreas de nuevos regadíos, la tendencia progresiva, conforme las disponibilidades de fabricación lo permiten, del empleo de fertilizantes nitrogenados; las 100.000 hectáreas futuras ganadas al racional cultivo por medio de la concentración parcelaria y el aumento constante de maquinaria agrícola por hectárea en producción son factores que garantizan el que estas cifras de productos agrícolas se mejoren aún más en etapas venideras. Si ahora, todavía con nuestra etapa de modernización agrícola casi en sus comienzos, podemos presentar aquellas anteriores cifras, es evidente que cuando España llegue a los porcentajes de aprovechamiento que hoy presentan otros países europeos, Francia, Italia o Inglaterra, por ejemplo, nuestros coeficientes y nuestros totales serán, a buen seguro, por lo menos iguales en los capítulos que ahora somos, en cierto modo, deficitarios.

LA INDUSTRIALIZACION, UNA MARCHA CONTRA RELOJ

El consumo de energía eléctrica, hoy por hoy, viene a dar la medi-

da del grado de industrialización a que ha llegado un país. El análisis de la evolución del consumo demuestra igualmente cuáles son las perspectivas en este sentido.

Austria, Bélgica, Alemania, Francia e Italia, en Europa, están hoy por delante de España en lo que respecta al consumo de energía eléctrica por habitante. Esto es evidentemente cierto. Tan cierto como que en aquellos países muchos años antes de que en España se contase el primer millar de millón de kilovatios hora anuales se había ya contabilizado y más que pasado esta cifra. Casi con los progresos de la técnica, con los avances de la ingeniería, las tierras francesas, alemanas, austríacas, belgas o italianas ven surgir y levantarse las nuevas centrales. España carece de esto se puede decir que hasta hace veinte años. El avance en el consumo de energía eléctrica en esos países no fué tan acusado como el experimentado en nuestra Patria de 1940 hasta 1957.

Aquellos países, en el aspecto eléctrico, se encuentran hoy casi estabilizados. Examinemos las cifras de la O. E. C. E. publicadas en París en 1955. Mientras que en España el consumo de kilovatios hora por habitante es de 322,8, el de Bélgica es de 1.202, el de Francia de 1.059,3 el de Italia de 746,9 y el de Alemania de 1.381,4. Ahora bien, examinando la variación de los números índices y tomando como año base común para todos igual a 100 el de 1946 se observa que el último número índice de



La Constructora Naval, de Reinoso. Como estos talleres se alzan, día a día, nuevas fábricas por las provincias españolas

España, correspondiente a 1955, es de 211. Es decir, el consumo de energía eléctrica por habitante ha aumentado en un 211 por 100 en relación con 1946 en España. Si escogemos el índice de Bélgica vemos que sólo es de 160; el de Francia, de 186; el de Italia, de 193, y el de Alemania, de 201. Es decir, ninguno de estos países, más industrializados que España, porque empezaron a dedicarse a ello muchísimo antes que nosotros, se encuentra en una etapa de posibilidades de expansión como nuestra Patria.

Quiere ello decir que tanto Francia como Alemania, como los restantes países europeos han alcanzado casi el límite en el consumo de las tradicionales fuentes de energía. Sus esperanzas, pues, han de orientarse hacia los nuevos tipos que ahora están gestándose y cuya utilización masiva y práctica tardará todavía cierto tiempo en conseguirse. Este tiempo es precisamente el que España utilizará para aprovechar sus recursos energéticos inexplorados todavía sin perjuicio de coordinar el empleo y la utilización de las modernas fuentes de energía atómica.

Estas mismas posibilidades pueden extenderse ya particularizando a las grandes industrias básicas: siderurgia, carbonífera, química, del cemento, textil. Pero

lo que evidentemente sucederá es que llegará un tiempo no muy lejano—el tiempo justo para el material montaje de las instalaciones—en que esta diferencia que hoy puede ser observada quede eliminada.

CIEN PESETAS SON MAS QUE UNA LIBRA

Reflejo de estas favorable coyuntura que se abre ante España es que su moneda, la peseta, tenga un valor real bastante superior a su cotización oficial. Ejemplos verdaderos, de la vida cotidiana, pueden corroborar esta anterior afirmación.

Si se equipara el valor de una libra esterlina a cien pesetas, resulta que el londinense que hace un recorrido en el Metro desde uno de los barrios residenciales hasta la City tiene que pagar por el billete unas diez pesetas. Con diez pesetas en el Metro de Madrid un viajero puede hacer dieciséis viajes y le sobra dinero. Extendamos el ejemplo. En Londres se necesita algo más de lo equivalente a 65 pesetas para comprar únicamente medio kilo de carne, medio kilogramo de fruta, una barra de pan, mermelada, un botellín de leche y media botella de vino. Estos artículos, aproximada-

mente, cuestan en España unas treinta pesetas. Es decir, sobran todavía algunas pesetas para adquirir otra serie de artículos que el inglés con su libra no ha podido comprar. Y no hay que olvidar tampoco que no pocos de los trabajadores ingleses no llegan a ganar una libra diaria. Una de las consecuencias es que la composición de su comida no guarda proporción ni con la cantidad ni con la variedad de la española.

Veamos lo que ocurre con los Estados Unidos. Es evidente que Norteamérica, es el país de nivel de vida más alto del mundo. Sin embargo, a pesar de que, naturalmente, tiene que haber diferencias, puesto que todos los países la tienen si se comparan con él, las nuestras no en todo son tan extraordinarias. Capítulo del vestido. Un abrigo de confección, término medio, vale ochenta dólares; unos zapatos, 17 dólares; un sombrero, 9 dólares. Total, 110 dólares poco más o menos. Cuatro mil pesetas en números redondos. Por cuatro mil pesetas ese abrigo puede ser confeccionado a la medida en España; los zapatos, de encargo; el sombrero, de última moda y aún sobra dinero para camisas, corbatas y ropa interior.

Francia: espectáculos, tradición francesa. Una butaca de patio de cualquier teatro de comedia o de variedades cuesta, como término medio, 3.000 francos; un cine de estreno, 500 francos; un cine de sesión continua, 300; un cine de sesión continua de los más baratos, 150. Total: casi 4.000 francos, aproximadamente; su equivalencia, inferior aún a la cotización oficial, es de 400 pesetas. Por 400 pesetas se puede ir, en España, acompañado, dos veces al teatro, otras dos a un cine de estreno y con las 100 que quedan ir, por lo menos, cinco veces a ver un buen programa doble.

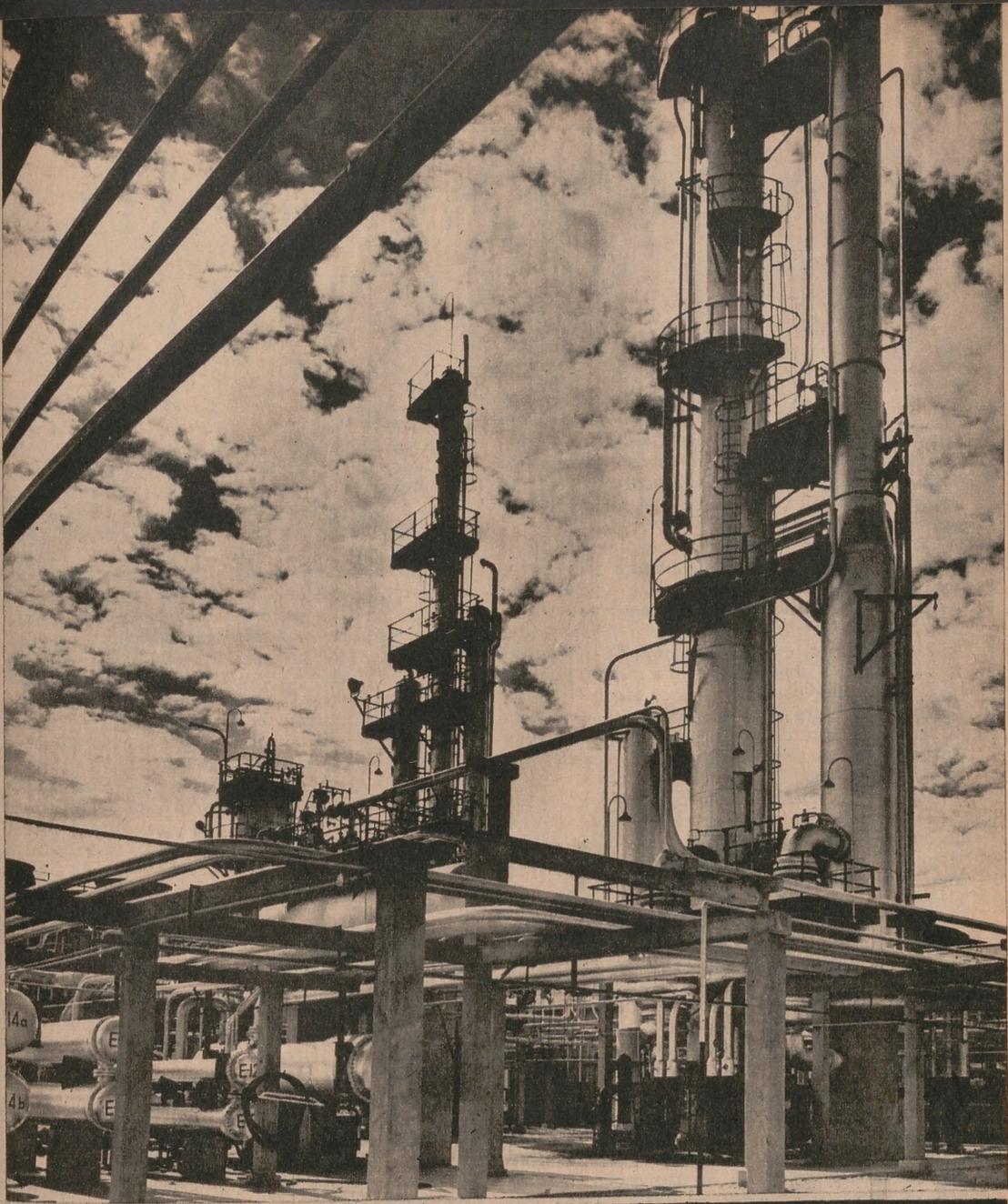
¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el valor adquisitivo de la peseta es muy superior a su cotización oficial, por la cantidad de bienes y servicios que pueden ser adquiridos o utilizados, en relación con otras monedas, en similares condiciones y características.

AHORROS QUE SE CAMBIAN EN PESETAS

Frente a esta realidad del valor de nuestra moneda se han movido algunos grupos de agiotistas internacionales que, sin escrúpulos, explotan las coyunturas que les ofrecen la codicia, en unos casos, y la falta de patriotismo, en otros. Aprovechando que España heredó de los regímenes ante-

SUSCRIBASE USTED A

LA ESTAFETA LITERARIA



Dentro de unos años, las instalaciones fabriles españolas serán de las más modernas de Europa. He aquí una vista parcial del campo de Escombreras

riores a 1936 una balanza de comercio exterior con signo deficitario, unido al despojo de las reservas oro de la Nación, transportadas a Rusia y a Méjico, han dirigido sus maniobras contra nuestro signo monetario, con la ambición de hacer un buen negocio, sin reparar en el perjuicio que pueden reportar a los españoles. Para estos grupos «del negocio» cualquier momento es bueno y cualquier moneda puede ser utilizada para sus fines. Si los beneficios han de obtenerse a base de manejos consistentes en la evasión fraudulenta de capitales, no reparan en realizarlos, burlando la natural vigilancia que ejercen las autoridades competentes. Pueden intervenir en estas operaciones, con la misma falta de conciencia, extranjeros alocados en España o malos españoles que residen en ella. Con tales exportaciones ilegales de moneda, al verse en un momento dado en los mercados internacionales, se

ocasiona temporalmente una deprelación.

Este fenómeno, a pesar de las dificultades transitorias que pueda plantear, no llega a ocasionar males irreparables, si la evasión y los manejos turbios no revisten carácter endémico. Este fenómeno no es exclusivo de nuestro tiempo, pues la Nación española lo ha venido padeciendo desde tiempo atrás, desde el año 1927, mucho antes de que las reservas oro de España fueran expoliadas.

No obstante, la pujanza económica de nuestro país es tan importante que puede asegurarse, sin temor de equivocación, que en muy pocos años estos problemas estarán totalmente dominados. La firme y constante expansión de la economía española es la mejor garantía de ello. Otro signo que viene a ayudar positivamente a tal fin es la creciente corriente turística que visitará España durante el presente año. Tan de «moda» está en el

extranjero venir a nuestra Patria, que cabe citarse como ejemplo el caso de varias agencias de viajes recientemente inauguradas en Gran Bretaña y otros países, que han elegido como título comercial para sus establecimientos frases como «Turismo en España», «Viajes a España», «Vacaciones en la Costa Brava». Esas apretadas filas de turistas que están preparando ya sus maletas para visitarnos constituyen una valiosísima fuente de divisas para nuestra economía y para respaldar más y mejor la peseta.

Todos esos cientos de miles de extranjeros que piensan en las tierras soleadas de España como en el lugar óptimo de sus vacaciones constituyen la mejor afirmación de que más allá de las fronteras se tiene fe en nuestra firmeza económica, en nuestra paz y en nuestro progreso. Que no dudan en cambiar sus ahorros, hechos libra a libra o dólar a dólar, en pesetas de España.

(Fotos Pando.)

LA AUTENTICIDAD DE UN SISTEMA

«**L**AS líneas generales de nuestro desarrollo constitucional vienen sujetándose a nuestras tradiciones y a los imperativos de nuestro carácter.» Estas son las primeras palabras de Franco a la pregunta que el corresponsal en Madrid del «New York Times» le hace sobre el orden constitucional de España.

En política, la tradición, la experiencia y el carácter han de ser necesariamente tres factores de excepcional importancia a la hora de implantar sistemas o defender posiciones básicas. Tradición, que no se opone a la evolución lógica y sensata, que no es sinónima del apego incondicional a formulismos, que no repugna al espíritu de conquista por nuevos ideales; carácter, que no quiere decir acomodo o conveniencia de minorías, sino el modo constante con que un pueblo responde invariablemente a sus circunstancias históricas.

Fué precisamente un filósofo español, Jaime Balmes, quien, al estudiar el problema de los sistemas políticos y su implantación en las naciones, afirmaba: «El mejor sistema para cada Estado será siempre el que más convenga al espíritu y a las necesidades de quienes han de obedecerle». No es, pues, en materia política, aconsejable ni plausible la ley apriorística ni la imitación de fórmulas extrañas por la única razón de que esas fórmulas o métodos estén en boga en el mundo.

Por otra parte, no estaría de más recordar que ciertos sistemas políticos (hoy imperantes en algunos países y que nosotros respetamos) obedecen a aquellas fórmulas de las que España tiene experiencia tan amarga y tan tristes recuerdos.

La vida de España durante más de un siglo de parlamentarismo, con la existencia simultánea, en algunas ocasiones, de hasta quince partidos políticos, dió una lección inolvidable de la que nosotros fuimos los primeros, y tal vez los únicos, en aprovecharnos, «purgando a la crítica política de su parte espectacular, apasionada y negativa y haciendo que ésta discorra en las Cortes de la Nación dentro del ámbito de las Comisiones, que es donde verdaderamente se suele desarrollar la labor eficaz bajo todos los sistemas».

«España es hoy un país de constitución abierta.» Una constitución del más auténtico tipo representativo, en el que el pueblo lleva sus aspiraciones y sus esperanzas al Gobierno y el Go-

bierno se comunica y llega al pueblo por los cauces más legítimos y directos. Un sistema político en el que quedan perfectamente establecidas todas las garantías de que otras constituciones presumen y algunas más: las garantías sociales y laborales, en las que España va a la cabeza de todos los sistemas políticos del mundo.

Hoy no cuentan sólo en las naciones y en los estados las nuevas realidades políticas ajenas a los factores sociales y económicos. Los principios políticos se insertan consustancialmente con las realidades y los imperativos de la economía. Por esta razón, lógicamente impuesta por la evolución del tiempo, los viejos partidos tenían que ser necesariamente reemplazados por representaciones y agrupaciones económicas sociales que vienen a ser el medioambiente donde el hombre moderno vive y se encuadra. El sistema político y representativo de la España nacida el 18 de julio de 1936 buscó y encontró esta representación orgánica en asociaciones naturales que estaban presentes, que no había que inventarlas, que no había necesidad de bautizarlas con nombres modernos, porque su existencia y su personalidad eran connaturales con la existencia y la naturalidad de la misma persona humana y de la sociedad: Familia, Municipio y Sindicato.

Tres realidades, tres principios que se convertían en el cauce legítimo por el que el hombre, el ciudadano, se inserta en la vida de la comunidad e interviene orgánicamente en la gestión de la «res pública».

España, firme y bien cimentada en su presente, tiene echadas, desde hace años, sus raíces hondas para el futuro, y no hay lugar para la preocupación artificial y morbosa por un porvenir que se presenta claro y contundente en el horizonte político, social y económico. Ante el caudillaje y la suprema y vitalicia magistratura de Francisco Franco, histórica y legalmente legítimos en su origen y en su ejercicio, sólo cabe la lealtad activa, obediente y eficaz, sin la expectación inquietada o inquietante por un futuro ya previsto y asegurado en nuestras Leyes Fundamentales. Sólo sirviendo al mandato histórico de Franco se sirve a la continuidad y al futuro de España. Existe el sistema, existen las instituciones, existen las normas y los procedimientos. Existe un pueblo en marcha ascendente.

EL ESPAÑOL

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO AR-
TISTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS

Montesquiza, 2

MADRID



Ulbricht pasa revista a la Policía Popular comunista alemana al tomar el avión para Moscú

PROCESO DE INTELLECTUALES EN LA ALEMANIA ORIENTAL

RESUCITAR LOS VIEJOS SISTEMAS DE PURGA Y AUTOCONFESION

LAS ULTIMAS DEFECCIONES NO SIGNIFICAN NINGUN CAMBIO IDEOLOGICO

UNO de los hilos de esta historia comienza el día en que las tropas soviéticas terminaron de machacar las últimas piedras del Berlín del III Reich. Alguna vez, todavía sonaba un disparo seco que arrancaba la hoja de un tilo.

Entre el olor a aceite de los tanques y los pómulos eslavos, llegaban diez comunistas alemanes perfectamente adiestrados en Moscú. Su director era el antiguo diputado Walter Ulbricht, bien provisto de instrucciones, de listas de colaboradores y de inde-seables. La lista de colaboradores

la encabezaba un tal Wolfgang Harich: «Podbielski Allee, núm. 1 (Dahlen). Veinticuatro años. Estudiante de Filosofía. Extraordinariamente inteligente. No le interesan los cargos políticos, pero puede ser eficaz en la Universidad y en las organizaciones estudiantiles.»

La cosa salió perfectamente. A los pocos meses, Wolfgang Harich, descendiente de una familia de la alta burguesía, era catedrático de Filosofía y Ciencia del Saber en la Universidad de Berlín.

Harich era el intelectual modelo, un «convertido» de los medios

burgueses. Todo fué muy bien hasta el resquebrajamiento de la estructura comunista aparecida en el otoño del pasado año en que gran parte de los intelectuales más o menos directamente ligados al mundillo soviético dieron un pequeño viraje que ha cambiado, en cierto modo, su situación privilegiada de «apóstoles blancos» de Moscú.

Como regalo de fin de año a los 17 millones de habitantes de la República de Pankov, Ulbricht anunció el 31 de diciembre de 1956 un recrudecimiento de la esperanza del Código penal para

reprimir las fuerzas de la «contrarrevolución». Era la primera generalidad. Luego, en el «Neues Deutschland» publicó un artículo advirtiendo tendencias revisionistas en ciertos sectores del partido y concretó oscuras y duras amenazas a tener en cuenta, especialmente por los intelectuales, los estudiantes y los propios miembros militantes del partido.

Por entonces, Wolfgang Harich ya había sido detenido, al parecer debido a que sus explicaciones no concordaban perfectamente con las doctrinas marxistas. A ello se agregó el que durante el levantamiento húngaro se colocase de parte del pueblo e intelectuales magiares.

Ahora, en unión de otros intelectuales, acaba de ser procesado. Fueron condenados a penas que oscilan entre los dos y los doce años de presidio. El proceso ha resucitado los viejos sistemas de purga y autoconfesión de los detenidos: todos se han declarado culpables.

UNA PROFECIA SOBRE LA COEXISTENCIA

Este hecho ha traído de nuevo a la actualidad el eterno tema de los intelectuales y la coexistencia. El 16 de octubre de 1954, Boris Souvarin, refugiado ruso residente en París publicaba un interesante artículo: «Hablar con Malenkov», en «Le Fíguro». Una auténtica lección sobre lo que hay en el fondo de la política soviética. Su dialéctica se dirigía, principalmente, contra la absurda coexistencia y la creencia en un cambio de intenciones por parte de los dirigentes rusos.

«No existe tal sucesor de Stalin—dice Souvarin—, de la misma manera que es falsa una su-

puesta evolución de la política soviética, es imaginaria esa sucesión de Stalin a favor de Malenkov. Esa evolución que ha impresionado a Occidente, sólo afecta a cuestiones de forma. Sería hora de que después de treinta y seis años de régimen soviético, Occidente no se dejara enganar por las apariencias y tuviera una noción más exacta de la realidad de ese poder que sigue desafiando al mundo libre.» Esto se decía en 1954. Tres años más tarde, la confirmación de las palabras de Souvarin ha sido exacta.

Todo siguió su curso, tal como predecía el emigrado ruso: «Los sucesores de Stalin—continuaba el articulista— no tienen una concepción distinta a la que tenía su maestro. Las diferencias están en los matices. Todo indica la firme voluntad de perseverar en la línea staliniana, pero con una mayor habilidad y sin provocaciones, siendo la eficacia mayor... Es absurdo suponer que en el Kremlin pueda haber diferencias en cuanto a la política exterior ante unas democracias situadas a la defensiva.» La sustitución de Malenkov y la ofensiva de la sonrisa de Krustchev con la ficticia desestalinización, no han sido otra cosa que una matización extraordinaria del cinismo soviético.

Aquellos fueron los años felices de la siembra coexistencialista que arrastró un buen número de intelectuales, ya de por sí situados en una zona de neutralismo, siempre negativo.

BAMBOLEO ENTRE LOS ESCRITORES SOVIETICOS

El levantamiento del pueblo húngaro en el otoño de 1956, removió los nombres de una serie

de figuras: intelectuales, escritores, artistas, etc., que a raíz de la represión comunista en Budapest trataron de poner en claro su situación con respecto al comunismo, pero generalmente, sin llegar a una oposición declarada entre su nueva postura y la anterior.

Por el lado soviético, ya algunos años atrás se había iniciado, igualmente, un engañoso cambio de matices. El 6 de mayo de 1954, publicaba «Pravda» una noticia dando cuenta de la expulsión, como miembros del partido y dirigentes de la Unión de Escritores, de A. Surov, N. Virta, T. Galsanov y L. Korobov, a consecuencia de ciertas anomalías. Algunos de estos escritores, como Virta y Surov, pertenecían a un grupo que en 1952 había criticado la tendencia de la literatura soviética a evadirse de la descripción de los conflictos reales en la sociedad y en el medio humano. La Unión de Escritores, entonces, les atacó, pero a la muerte de Stalin, las ideas de aquel grupo atrajeron a su campo a algunos literatos y artistas, como Ehrenburg y el compositor Khatshturlian.

La tendencia que atacaba la corrupción de los escritores comunistas, trató de revalorizar a un importante grupo de hombres de letras prerrevolucionarios presentándolos como modelos de sana ética.

Los años siguientes fueron de continua atracción hacia los intelectuales de Occidente, representantes de la «tercera fuerza», la coexistencia y el progresismo. A raíz de los acontecimientos de Posnan, el pasado año, los gestos de la sonrisa soviética comenzaron a ser más cautelosos, hasta llegar a plantear de nuevo los viejos métodos.

No obstante, en la propia Unión



El profesor Natalino Sapegno, especialista en Literatura italiana de la Universidad de Roma



Gaetano Trombatore, titular de la cátedra de Literatura de Salerno



Nikola Fethkov, jefe de la oposición en el Parlamento búlgaro

Soviética se produjeron movimientos estudiantiles de protesta por la represión. Así, el «Sovietskaya Rossiya» del 22 de diciembre de 1956 denunciaba un caso de «herejía ideológica» que se había producido entre los estudiantes de una ciudad situada en las estribaciones de los Urales, Sverdlovsk.

El citado diario acusaba a los estudiantes de entregarse a «discursos demagógicos», no sólo en las reuniones que celebraban en el interior de los institutos, sino también en el «Komsomol» —la organización juvenil del partido comunista—. Lo que no ha podido averiguarse es a lo que llamaba la Prensa «discursos demagógicos».

Poco más tarde, las demostraciones anticomunistas se extendieron a otras ciudades de la U. R. S. S. El 31 de diciembre último, el diario vienés «Neuer Kurier» hablaba de una gran manifestación de los estudiantes de Stalingrado pidiendo libertad de opinión. Fue necesaria la intervención de gran número de policías, que detuvo a cuarenta estudiantes y a los profesores Zilenko y Zajacev. Al saberse la detención de los cuarenta estudiantes, los trabajadores de cuatro fábricas amenazaron con la huelga total si no eran puestos en libertad. Demostraciones semejantes se desarrollaron en las Universi-

dades de Moscú, Leningrado, Kiev y Tiflis.

Entre tanto, los intelectuales comenzaron a poner en tela de juicio la obra desarrollada en los últimos años. La revista «Novy Mir» publicó un artículo de su director planteando la necesidad de discutir el concepto de «realismo socialista» que algunos críticos habían transformado en una fórmula muerta y dogmática. Anteriormente, a partir del XX Congreso del partido, se lanzaron por el camino de ciertas ideas que, examinadas más tarde, por los «técnicos» fueron declaradas peligrosamente «demagógicas y subversivas».

A principios del presente año, «Problemas de Filosofía», de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., publicaba un artículo en que pedía se pusiese término a la exagerada denigración de Stalin. La revista, controlada por Molotov, repudiaba algunas de las orientaciones dadas en el pasado, especialmente un artículo de dos críticos, B. Nazarov y O. Grineva, en que se lamentaban de que la producción teatral soviética se hubiese cerrado a partir de 1930: «el artículo agregaba el comentarista—trataba de quitar valor al hecho de la dirección, por parte del partido comunista, de lo concerniente a los problemas artísticos». Estas manifestaciones fueron consideradas como un claro

reproche a los escritores que en época reciente y años atrás picuraron volver a los autores anteriores a la revolución con una menor insistencia en la cuestión ideológica.

El comentario tiene un gran valor por el hecho de que «Problemas de Filosofía» es la revista empleada muy a menudo para exponer opiniones y tendencias procedentes de las altas jeraquías soviéticas.

Cuando después de la represión de Budapest gran número de intelectuales se manifestaron contra la criminal intervención rusa, la respuesta de los escritores soviéticos, dentro de la línea preconizada por el neostalinismo, no se hizo esperar. Como ya es sabido, la réplica estaba firmada, en primer lugar, por el novelista Sciolokov, y seguían Fedin, Simonov y treinta y cinco escritores más, entre los cuales no estaba el famoso Ilya Ehrenburg.

LA DUDOSA INTELLECTUALIDAD FRANCESA

Francia es uno de los países del lado de acá del «telón de acero», donde los intelectuales de la «tercera fuerza» se columpiaban con más frecuencia hacia la extrema izquierda, en contacto, a veces directo, con el comunismo.

En noviembre y diciembre del año pasado pareció que importan-



Rudolf Slansky, ex secretario general del partido comunista checoslovaco

tes grupos de la literatura, filosofía y el arte abandonarían, desengañados, esa posición absurda en que su única misión es hacer el juego al comunismo, por su carencia total de sentido político.

Desde hace años, la posición adoptada por los Maritain, Picasso, Malraux, Mauriac, Sartre, etcétera, ha sido una de las palancas más eficaces de los soviéticos. A su sombra han ganado adeptos entre los seguidores del tipo de intelectuales que hemos mencionado.

Esa constante que es el levantamiento de Budapest movió a Picasso a escribir su famosa carta al Comité Central del Partido Comunista francés. Al parecer, fué redactada por Marcel Cornu y firmada por otros nueve intelectua-

les. En realidad, el documento no es, en ningún modo, una ruptura con el partido, sino una petición de explicaciones por los sucesos de Hungría y Polonia.

A Picasso le replicó el partido comunista acusándole de «individualista y burgués». La protesta a que se dió mayor importancia fué la de Jean Paul Sartre, el antiguo «chacal de la cultura decadente—así se le juzgó en Moscú durante los años del triunfo existencialista—. Pero en los últimos años su actuación fué la de un auténtico campeón de la coexistencia al servicio del comunismo. Cuando en noviembre último no se mostró conforme con la actitud rusa, sus argumentos fueron muy poco convincentes: «la U. R. S. S., con sus carros armados ha

ido a defender, no el socialismo húngaro, sino sus intereses militares». Al parecer, si estuviesen en juego intereses socialistas, la sangrienta represión estaría justificada. Oficialmente anunció su ruptura, «con pena, pero completamente, los contactos con mis amigos los escritores soviéticos».

A la protesta blandengue de Sartre se adhirieron otros escritores de izquierda, Vercors—autor de la obra maestra de la resistencia francesa, «Le silence de la mer»—, Simone de Beauvoir, Jacques Prevert, Tristan Tzara, el poeta negro Aimé Césaire, etcétera. En el campo de la izquierda socialista se manifestaron Cassou, Clara Malraux, Edith Thomas y otros que solicitaron la mediación de Tito.

En el Comité National des Ecrivains no existió unidad. Una gran mayoría de la intelectualidad francesa reaccionó de primera intención, contra el exceso del comunismo. Pero su actitud no ha llegado a variar en ningún punto esencial la reserva con que han de ser considerados. Desde el más afín al comunismo, hasta el más cercano a la Iglesia católica, como Mauriac o Maritain, conservan sus características de paladines de una «tercera fuerza» y una neutralidad opuesta totalmente a las directrices de la ortodoxia católica.

LA PIRA Y OTRA COSAS

En Italia—con Francia, el país, exceptuando China y Rusia, donde el comunismo tiene mayor fuerza—, el panorama es semejante al de la nación gala.

La coexistencia posee gran número de adeptos, incluso en el campo católico. Tal es el caso de La Pira, el tan traído y llevado alcalde de Florencia. Su actitud ha sido puesta en entredicho más de una vez por «L'Osservatore Romano». Todavía no hace dos años que «Pravda» publicó una entrevista de su corresponsal en Italia con el famoso alcalde. Una de las preguntas hacía referencia al juicio que le merecía la Asamblea Mundial de la Paz que se iba a celebrar por aquellos días en Helsinki:

—¿Cómo vé usted—preguntó el periodista soviético—tal Asamblea?

—Hace dos o tres años—repuso—mi actitud ante un Congreso semejante hubiese sido negativa. Hoy, todo lo que promueva la causa de la paz tiene una valoración positiva.

«L'Osservatore Romano» había sostenido, por entoces, una tesis opuesta a la de La Pira y condenó la entrevista. Un conocido periodista italiano, Ricciardetto, estudió atentamente las dos ten-

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTISTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS

dencias, la lapirista y la de «L'Os-servatore», que había definido la Asamblea de Helsinki como «una mal disimulada iniciativa comunista, ordenada como todas las del mismo género, a los fines del comunismo».

Después de un minucioso estudio, Ricciardetto concluye: «me parece que la entrevista es más condenable por lo que el profesor La Pira no ha dicho que por lo que dice». Y agrega: «La Pira sabe bien que millones y millones de hombres, en Rusia, viven en la esclavitud en campos de trabajos forzados. Sabe que en Rusia existen prisioneros de guerra y civiles deportados o raptados en los países que estuvieron ocupados por las fuerzas soviéticas o a través de Berlín o Viena... El profesor La Pira no ignora estos hechos. Y, si no los ignora, ¿por qué nunca dice una palabra de condena para semejantes horrores, y de piedad para las víctimas? ¿Es cristiano callar o protestar?»

Esto, por lo que respecta a la corriente que se ha dado en llamar lapirista, llena de dudas y afinidades peligrosas. En cuanto a otro tipo de intelectuales comunistas o filocomunistas, hay que señalar la revolución ocasionada por los sucesos de Hungría, que han producido innumerables defecciones en el seno del partido y entre los simpatizantes.

Poco antes de noviembre se habían iniciado entre los comunistas italianos ligeros intentos de independencia y de nueva estructuración. Así, el grupo de Milán del «Ragionamenti», propuso una organización de la cultura marxista italiana. Además hubo otros manifiestos independentistas que fueron contestados energicamente por algunos miembros del partido, solidarizándose con el mismo. Sus firmas, a excepción de las de Giacomo Debenedetti, Nicolo Gallo, De Santis, Alatri, Renato Mieli y algún otro, no poseen el menor valor.

De Salvemini a Jemolo, de Lionello Venturi a Montale, de Petrassi a Cantatore, de Emanuele a Gatto, de Flajano a Tamburi, de Salvatorelli a Angioletti, casi todos los intelectuales se han solidarizado con los rebeldes de Budapest.

Alberto Moravia, aun no siendo militante comunista, ha sido siempre un constante «compañero de viaje». Pero los acontecimientos de Budapest le han llevado a firmar un manifiesto condenando la intervención soviética. Ignazio Silone, desde hace años separado del comunismo activo, ha condenado igualmente el abuso soviético.

Las crisis en el seno del partido italiano no se hizo esperar. La expulsión del senador Reale reafirmó el ambiente de escisión. A los pocos días un grupo de intelectuales declaró su descontento con el partido. El escultor Leoncillo Leonardi ha declarado que el alcance de su protesta no le conduce a renegar del comunismo: «no quiero significar con ello un abandono de los ideales que han informado tantos años de mi vida». Claudio Longo, otro miembro del grupo de disidentes, arquitecto, manifestó que su defección era debida al informe de



Concetto Marchesi, célebre latinista y miembro del P. C. I. hasta su muerte

Krustchev y a la aquiescencia de Togliatti respecto a las órdenes del Kremlin.

Al pintor Domenico Purificato le desilusionaban algunos puntos de la organización comunista como la falta de democracia interna y el intento de dar matiz político a la expresión artística: «La más grande desilusión—naturalmente afirmó—ha sido determinada por el informe de Krustchev y la revuelta de Hungría. Mi crisis ya se maduraba, pero esto me ha decidido.» Natalio Sapegno, otro de los firmantes del manifiesto de dimisión, profesor de Literatura italiana en la Universidad de Roma, declaró que su gesto «hará comprender a muchos intelectuales comunistas que ha llegado el momento de razonar críticamente.»

Para el profesor Gaetano Trombatore, catedrático de Literatura en Salerno y crítico literario de «L'Unità», todo ha partido de los últimos días de octubre, «tan pronto como llegaron a mí las primeras noticias de la atormentada Hungría». Según el profesor Vezio Crisafulli profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Trieste, las dimisiones de este grupo, «representan la maduración de un estado de ánimo que ha experimentado una compleja evolución. Salir del partido comunista italiano ha representado para nosotros un deber de conciencia.»

POCOS CAMBIOS PROFUNDOS

Pero estas defecciones no significan el menor cambio ideológico en la conformación de los intelectuales de la coexistencia. Su labor y su personalidad siempre continuarán prestando—en líneas generales—un servicio a los intereses comunistas.

Por otro lado, su capacidad, en muchos casos de indudable valor,

ha sido el medio por el cual infinidad de indiferentes han pasado de una posición neutral a un avanzado progresismo e izquierdismo. Ellos, con su asepsia intelectual exenta de generosidad no pueden considerarse, en ningún modo, separados de las rutas que interesan en el Kremlin.

Durante el último Congreso del partido comunista italiano celebrado en diciembre pasado, destacó sobre todos, por su frialdad y dureza, el diputado Concetto Marchesi. Catedrático de Literatura latina en la Universidad, era uno de los más célebres latinistas del mundo. Caído Mussolini ingresó en las filas comunistas. Era considerado el más culto entre los miembros activos del partido. Su elocuencia se puso al servicio de la más grosera demagogia de las plazuelas. Durante años sacrificó a la política comunista, su propia personalidad y dignidad humana: nunca tuvo el menor momento de debilidad. El comunismo era su religión.

Cuando se celebró el Congreso que arriba mencionamos, la opinión pública estaba conmovida por la tragedia de Hungría, incluso en las filas comunistas existía una cierta confusión. Marchesi habló y su discurso fue el más cínico y despiadado de todos. Fue el único congresista que osó hacer una franca apología de los asesinatos llevados a cabo por los carros blindados soviéticos: «los obreros húngaros—declaró—, con su rebelión, se habían pasado automáticamente al fascismo, por lo tanto no merecían piedad». Y él también se atrevió a defender a Stalin y sus métodos brutales.

Concetto Marchesi tenía una lesión de corazón. El 12 de febrero último sufrió un fuerte ataque. Se le transportó a la clínica «Santrix»—donde ya había sido asistido en otra ocasión—en estado ca-

si desesperado. Las monjas, que le conocían de la anterior ocasión y sabían que no era creyente, trataron de proporcionarle un sacerdote.

—No, hermana—susurró al diputado comunista—, no soy digno.

La superiora interpretó aquellas palabras como un acto de humildad que la autorizaba a tomar una decisión:

—Hermana—dijo dirigiéndose a otra monja que la acompañaba—, quizá el padre Felice Capello pueda hacer el milagro. Coja el auto, móvil y vaya rápidamente a buscarle.

El padre Capello, jesuita de la Universidad Gregoriana, es uno de los más grandes juristas católicos. Sus obras de Derecho Canónico son fundamentales en la materia. Pero en su persona existe una cualidad que sobrepasa a todas, la aureola de santidad que le rodea. En Roma, su nombre es pronunciado con toda reverencia y son infinidad los hechos prodigiosos y conversiones que se le atribuyen.

Llegó a tiempo. Concetto Marchesi, moribundo, fué siguiendo los caminos de la fe que le abría el sabio jesuita. Se confesó y le fué impartida la absolución, «bajo condición».

El secreto sacramental ha impedido revelar lo que ha ocurrido en el alma de Concetto Marchesi que, a las 19,35 del día 12 de febrero, dejaba de existir.

—Estoy conmovido y feliz—declaró el padre Capello—, tiene buena intención, tornará al Señor.

Concetto Marchesi, uno de los intelectuales comunistas de mayor prestigio, consiguió la liberación definitiva en el momento más importante de toda su existencia. Aquí no existen terceras fuerzas ni relativismos, sino la verdad absoluta.

“POESIA ESPAÑOLA”

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

UNA GRAN REVISTA LITERARIA. EXPONENTE DE LA ACTUALIDAD POETICA

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

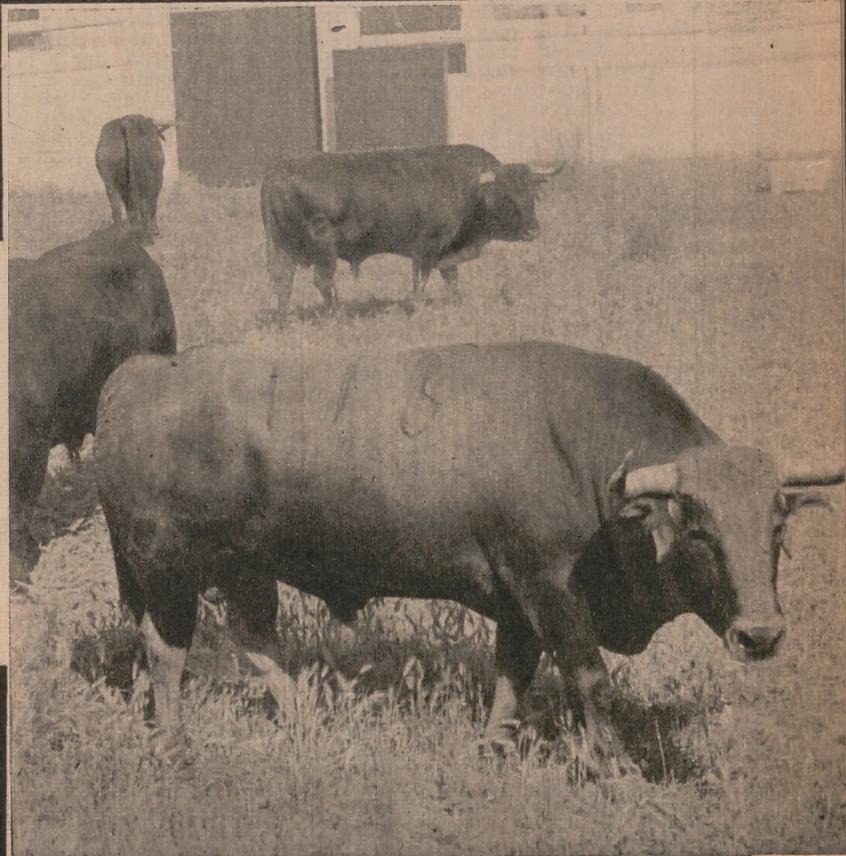
Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.
desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS,
un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

EL TORO VALE TANTO COMO EL TORERO

INDULTO
PARA LAS
RESES
BRAVAS

5 PUNTOS
PARA LA
MEJORA DE LA FIESTA

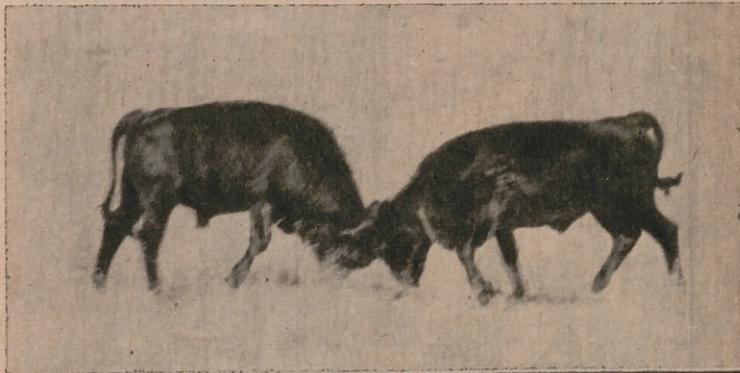


Toros de lidia expuestos en los corrales de la Venta del Batán

MITAD del mes de marzo. Ya van dadas, en este año de 1957, casi treinta corridas, bien sean de toros, bien de novillos, contando también los festivales. Las plazas del Sur, casi todas, abierto la puerta para el paseillo. Las del Norte han pulido la arena, y algunas, incluso, tienen en sus chiqueros un par de corridas dispuestas. Por el Centro, los corrales de las plazas han estrenado nuevos ocupantes. Y la primera feria grande, la de las «fallas» en Valencia, con sus alternativas, con sus toreros de la región o con sus ídolos preferidos ha terminado ya.

La España taurina, pues, se ha desperezado, y los espectadores vuelven con la afición más encendida, más renovada y más abierta a la esperanza, a recorrer el camino de todos los años. Buscar la entrada, saludar, sentarse, fumar el puro y, al relumbrar del sol de la primavera, ver cómo los toreros hacen, ilusionados también el inaugural despeje.

Pero por encima, y pese a todos, un elemento imprescindible, un elemento no humano, pone su presencia en el gran conjunto de la tauromaquia: el toro. Desde que los caballeros alanceaban toros en las Plazas Mayores hasta que poco a poco se fué formando la historia con los nombres legendarios de Pedro Romero, de



La casta y la bravura del toro se manifiesta a poco de nacer el animal. He aquí una curiosa fotografía de dos becerros en plena lucha de poder a poder

José Delgado Ilio, de Curro Cúchares, de Fraguero, de Lagartijo el Grande, de Guerrita, del pobre Espartero, de Mazzantini, de Juan Belmonte, el coloso de Triana; del gran José que gloria haya, de Curro Puya, de Manolo Granero, de Manuel Rodríguez «Manolete», el último monstruo de la torería, ha habido un elemento sobre el que han reposado y sobre el que se han alzado las glorias de los hombres: el toro. El toro ha sido en definitiva el que ha dado la fama, el que ha quitado la vida;

para el toro han venido los estilos alegres, los estilos hondos o los estilos duros. Los especialistas que quieren transformar y manejar por sí solos, el mundo, único en la tierra, de la Fiesta española, ha pretendido, y en ciertos casos conseguido, moldear al toro a su gusto, a su preferencia; han querido que el toro fuera en sus manos un pequeño pedazo de barro negro, tan tierno y tan dulce, igual como si de auténtico mazapán se tratara.

Pero el toro, el poderoso, noble y

bravo toro de lidia español, a pesar de las ciencias y de las paciencias, está ahí, en los mismos campos desde los que se repartieron las leyendas, con todo su poderío, con toda su potencia, con todos sus porvenires clasificadores y esperanzadores de triunfos y de glorias. A la vera de sus sombras cortadas en las noches claras y lucidas, hay otra fuerza, otros hombres, que los quieren, más que por lo que económicamente valen, por lo que de prestigio, de honra y de tradición representa la vacada. Son los mayores, los vaqueros, los gañanes, los mozos, toda la gran familia campera enmarcada por la figura, cuando venerable, del ganadero, señor y honor de las dehesas.

El toro pues, personaje principal, esencial e insustituible de la Fiesta, ha alzado su testuz y, por medio de sus particulares apoderados que son los ganaderos, ha dicho fuerte y clara su palabra: «El toro, toro».

LOS CINCO PUNTOS DE LA ASAMBLEA DE GANADEROS

En Madrid se ha reunido la Asamblea General de Ganaderos, conforme a lo estipulado en el Reglamento del Grupo Sindical de Criadores de Toros de Lidia. El ganadero quiere, antes que nada, aunque luego las circunstancias manden, que sus reses sean las mejores, las más bravas, las de más empuje, las de mejor pelea. A los ganaderos les gustaría que, si económicamente fuese posible, sus toros no fueran toreados en la plaza porque los matadores, pasando una costumbre y una ley, humana y disculpable, no quieran torearlas por el peligro invencible de su bravura. Mitad deseo, mitad realidad, el ganadero quiere adecuar en lo posible el toro a las clásicas exigencias y a los modernos gustos. Pero lo primero, for-

zosamente, es anterior a lo segundo. No sólo por tradición, sino por necesidad. Sin toro bravo, sea la bravura dócil, sea la bravura suave, sea la bravura poderosa, no hay torero, ni estilo, ni existencia.

Cinco puntos esenciales han pedido los ganaderos que se tengan en cuenta a la hora de dar a la luz el nuevo Reglamento que está elaborándose: peto, puya, peso, banderillas e indulto de la vida.

Cinco cosas que darán como resultado, honradamente hechas y de buena fe, una mayor variedad, una mayor vistosidad, una mayor ganancia en suma, para el público y por tanto para la fiesta de toros.

No sólo fué Manolete, el que con todo el prestigio de su figura trajo la imposición de la ganadería; ya era el mismo Joselito el Gallo, el maestro joven que podía con todos los toros, el que públicamente manifestó más de una vez sus preferencias por determinadas castas. Deseo ha sido, deseo es y deseo será, que cada diestro escoja para su mejor lucimiento los toros que le crea le van a salir más bravos o más acordes en sus personales características. Pero lo cierto es que el toro, en los últimos tiempos, ha ido minimizando su repertorio hasta el punto de quedar reducidos los lances de capa a la interpretación más o menos personal de la verónica clásica y al quite, vistoso y elegante, pero exento de peligro, de la chicuelina, y de estar las faenas de muleta compuestas casi en exclusividad del pase en redondo con la derecha, del pase natural y del obligado pase de pecho. Se han perdido, como consecuencia quizá de la manera de hacer breves la suerte de de varas, otras formas del toro de capa, otros adornos y otros estilos al emplear los artilugios de la lidia.

La suerte de varas, eje, cuna y clave de la Fiesta, es la que en de-

finitiva marca y marcará la tónica de la lidia. Si el toro no ha sido debidamente picado, el torero necesitará una lidia que forzosamente no habrá de ser preciosista, con el fin de preparar a la res para la suerte suprema que es la estocada; si el toro ha sido picado demasiado no tendrá fuerza para embestir, por estar totalmente agotado, a punto casi de morir. Y lo que en este caso podría tomarse como mansedumbre no es es ni más ni menos, que falta material de fuerza por la herida producida.

Cierto es también que el toro quieto, parado, de espaldas, de cambios y de repetición de pases sólo puede hacerse si el toro está materialmente agotado; a la lidia para corregir defectos y para preparar el momento del empleo del estoque ha sucedido el esteticismo de un toro, que si plásticamente es más bello y más perfecto que antaño, ha perdido en recursos técnicos y en variedad si se compara con el anterior. Creemos nosotros, y siempre lo hemos sostenido, que el toro de hoy, por fuerza, es evidentemente mejor, en lo que se refiere a lentitud y belleza de realización, que el de hace cincuenta años. Sin embargo, la caída en una facilidad y en la repetición de una faceta puede llevar a un degeneramiento del toro del que luego sea más difícil salir. La época actual, sobre todo porque el público así ha sido educado, es de preponderancia del torero sobre el toro. Los espectadores se fijan más en como actúa el matador que en las condiciones de tipo y de bravura de su astado y están más prontos a la concesión de premios para las proezas de los hombres que de reconocimiento a los méritos de los animales, que al fin y al cabo, fueron el medio para que tales hazañas pudieran ser realizadas.

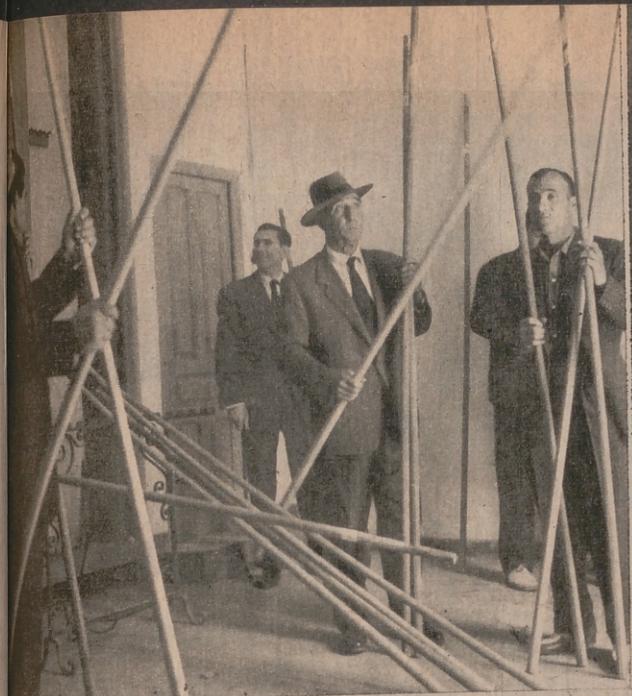
Los ganaderos han pedido que se ordene el primer tercio de la lidia del que depende el resto de la corrida. Han vuelto a insistir en la necesidad de que se implante un peto que sea algo mayor que el establecido en el orden de 1934 pero que no llegue a la actual deformación excesiva que convierte a las cabalgaduras de los picadores en auténticos caballos-tanques y desde donde los picadores pueden, sino a la primera, en sucesivas intentonas, agotar considerablemente al toro con el perjuicio que esto representa para la variedad y calidad en el repertorio artístico y técnico que todo lidiador debe poseer.

LA REFORMA DEL PETO Y DE LA PUYA

El toro en la raya y el picador en su sitio. En esta sentencia de once palabras está encerrada toda la ciencia del arte de picar y están contenidas también todas las causas que producirán luego los efectos. Al variar el peto puede el toro derribar, ya que ahora le es materialmente imposible hacerlo. Al derribar, los matadores forzosamente tienen que estar al quite ya que no van a dejar indenfeso al picador caído. Una vez sacado el toro fuera del tercio, el matador, so penea de echarse el público encima y en definitiva, predisponerse a la hostilidad de los espectadores con la consiguiente amenaza de fracaso se verá en la necesidad de adornarse en el to-



«Caporal», de la ganadería de Aleas, lidiado en Caracas en diciembre de 1934, fué indultado. Se le curó de cuatro estocadas



Las varas que han de utilizar los picadores son examinadas y probadas antes de cada corrida

reo de capa, con la que necesariamente surgirá una diferenciación en las maneras y en los estilos que a la vez que se categoriza a los diestros, servirá para que el público contemple suertes bastante tiempo hace desconocidas. Junto con la reforma del peto, los ganaderos quieren, y llevan largo tiempo tras de ello, llegar a la reforma de la puya. Hoy, el toro bravo y que empuja mucho, en virtud de la defensa que para el picador supone la coraza de que su caballo va revestido, introduce, en gran número de ocasiones, una gran cantidad de palo con lo cual el toro mitad quedado sin poder derribar, mitad sujeto por el palo que le atenaza, aparece, en gran número de casos, prácticamente anulado, no sólo para el diestro, sino para el ganadero que no sabe, efectivamente, cuál es el resultado que en la pelea ha hecho su toro y queda, muchas veces desorientado, con los consiguientes perjuicios para los cruces futuros.

Junto a la modificación del peto, al poner al toro en la raya y al picador en su sitio, los ganaderos piden una reforma de la puya; el ajustarla un tope que sea verdaderamente eficaz en vez de la arandela, con lo que se conseguiría no solamente evitar que los toros quedasen excesivamente agotados por la intensidad del castigo, sino también poder medir el grado de crecimiento del toro ante el castigo, al disminuir el poder del animal de una manera progresiva y no tan rápida como la que actualmente se hace con el sistema de pica.

INDULTO A LOS TOROS BRAVOS

Con estas dos reformas llegaría a ser realidad una aspiración de los ganaderos: el perdonar la vida a los toros que por su bravura mereciesen, después de curados, ser destinados a sementales.

Es evidente que todos los esfuerzos, que todos los desvelos, que todos los estudios en los cruces y en los recruces de las ganaderías están encaminados a que el toro proporcione en la plaza



Los petos protectores de los caballos en la deformación excesiva con que ahora se presentan perjudican al toro bravo

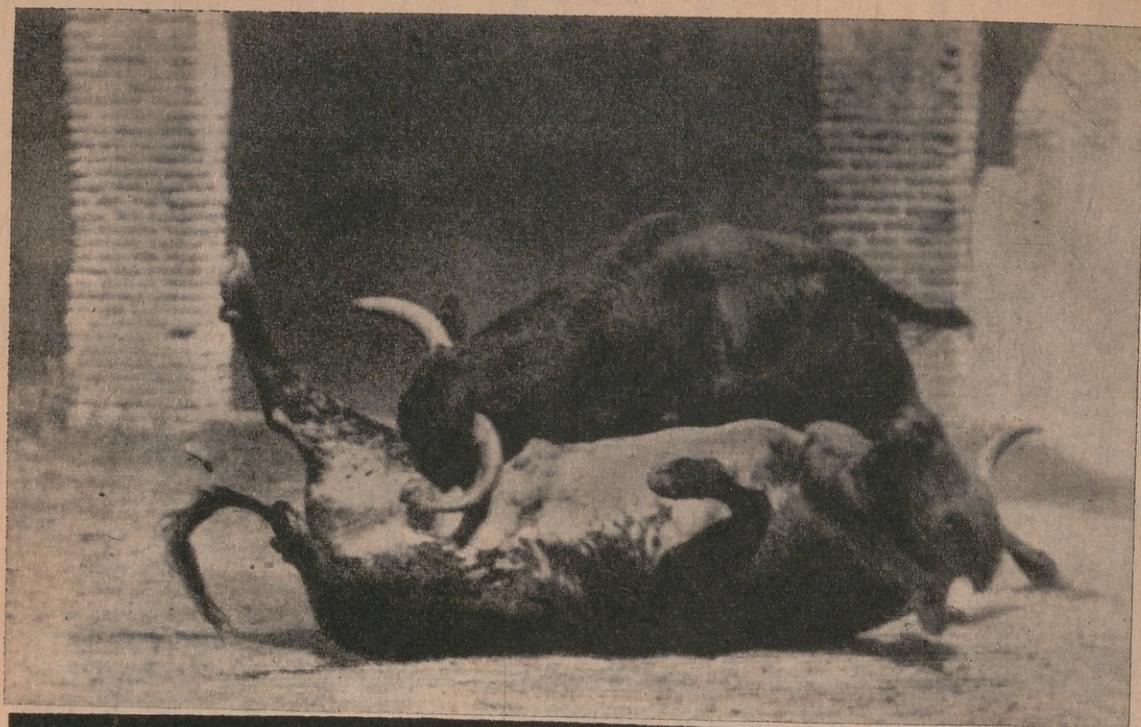
mejor y más brava pelea. De un año, de dos o de tres, el toro, eral o añojo, novillo o utrero, no tiene la misma forma de embestir que luego, cuatro años y cinco hierbas, desvelará en la plaza. Los ganaderos crían al toro para precisamente el instante mismo de la corrida; para que en este instante, para que en este tiempo, el toro sea el más bravo, el más noble, el más suave, el más pastueño de toda la camada. Y es precisamente en esos veinte minutos que dura la lidia de un toro cuando el animal da su exacta medida. Una medida que no ha de ser tergiversada por la puesta en práctica de instrumentos excesivos, peto y puya, por ejemplo.

Pues bien; supuestos normales aquéllos, los ganaderos, a la vista de la pelea, sabrán la valía exacta de su corrida. Incluso si la bravura fuese tan extraordinaria, si la pelea fuese tan memorable, si la nobleza fuese tan notoria, el público, este público excesivamente

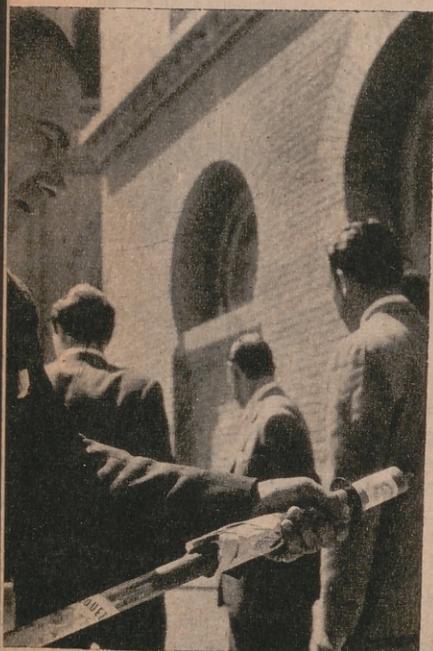
torero y poco torista, calibrando el mérito y la excepcionalidad del ejemplar, podría pedir y podría obtener el perdón de la vida del toro, de ese toro que una vez curado iría a la vacada para engendrar retoños que llevarían en su sangre fiera la bravura excepcional de un toro que en la plaza mereció el supremo galardón del indulto.

Ahí está, reciente, el ejemplo de «Destefido», el toro de Juan Pedro Domecq, el mejor toro que se lidiara en la corrida de la Fiesta de la Vendimia de Jerez el año pasado, hoy semental y con bue-

Lea todos los sábados
LA ESTAFETA
LITERARIA



La lucha de dos toros bravos es un espectáculo impresionante



Los ganaderos han solicitado la reforma de la puya

nos productos, por la calidad que traslucen, para el futuro.

PESARSE LOS TOROS EN EL ENCERRADERO

El peso de los toros: vieja cuestión de discusión y de desavenencia. En la Asamblea General de Ganaderos el peso de los toros ha ocupado destacado lugar.

Allí se dijo que no era acertado hablar de kilos en los toros de lidia. El toro debe tener trapío, que es lo que se ve antes de salir a la plaza y en la plaza. Como ejemplo, aunque no sea de actualidad tenemos los de esas ganaderías navarras que durante tanto tiem-

po lidiaron sus toros por toda España, toros que ahora serían multados por falta de peso y que, sin embargo, hacían una lidia brava y sería, matando muchos caballos, derribando casi siempre, y a los que los lidiadores de aquella época les tenían gran respeto. Otra cosa que se da con alguna frecuencia es que el toro que se devuelve al corral porque el público considera que no tiene trapío, luego, en la romana, da un peso superior al reglamentario. Tal vez lo más justo sería pesarlos todos en los encerraderos y el que no diera el peso sustituirle por otro, con objeto de que no se lidiaran toros que no dieran el peso mínimo establecido.

El peso, junto con el afeitado, han sido los dos grandes temas de ataque contra los ganaderos en los últimos tiempos. Faltas en las que si algunos ganaderos las han buscado para caer en ellas y lucrarse, otros, después de resistirse, han tenido que claudicar ante el peligro de que sus toros no solamente no se lidiasen, sino que, al ir al matadero, aparte el perjuicio económico, no se podría comprobar la labor de cruza, al quedar inédita la pelea del animal en los ruedos.

IGUALDAD EN EL CASTIGO PARA TODOS

El ganadero cuida amorosamente seis toros. Seis toros como seis pinceles, ojito derecho cada uno, lustrosos, gordos, bien armados, poderosos. Llegó la voz y el rumor al empresario: «Fulanito tiene una corrida buena, una corrida que la ha cuidado con cariño.» El empresario un día se acercó por allí:

—Bonita corrida. Ahora mismo me la llevaría, pero la va a torear Zutano y tisenen que verla.

A los pocos días, gente que no es el empresario llega a ver la corrida:

—Bonitos son, sí es verdad. Pero aquellos dos hay que tocarles un poco.

El ganadero los ha echado de malas maneras. A sus toros no se los toca nadie. Junio, julio, agosto, septiembre. Medios de septiembre. Ya han venido dos veces más a ver la media docena:

—Aquellos dos hay que tocarlos.

Si no hay acuerdo, octubre está cerca y los toros irán para el matadero. Los toros se tocaron.

Tres culpables existen en la falta: empresario, matador y ganadero. Tres culpables que deben, según petición de esta Asamblea, pagar por partes iguales la infracción.

Queda, por último, una final petición: los ganaderos desean que se restablezcan las banderillas de fuego. El restablecimiento de ellas serviría no sólo para orientar al público y al ganadero, sino para dar efectiva publicidad a lo que el torero pudiera hacer con el toro, aparte de proporcionar a éste el natural quebranto, que hoy no consiguen las banderillas con garapullos negros.

El público torerista ha de convertirse, pues, en público torista también. Sin partidismo ni excesivo afán por cualquiera de estas dos partes. Pero reconociendo, estimando y premiando lo que en cada caso es justo, este digno afán de mejora que ahora se advierte entre toreros, apoderados, empresarios y ganaderos, sería muy pronto beneficio tangible para la Fiesta Nacional, esta Fiesta que no tiene en el mundo otra no ya que la ventaja, sino siquiera que la iguale.

José María DELEYTO

(Fotografías de Isidro CORTINA)

UN PUEBLO QUE VIVE PARA EL "MISTERIO"

HACE 450 AÑOS QUE SE REPRESENTA LA PASION DE CERVERA

LA TRADICION, LEGADA DE PADRES A HIJOS, SE RENUEVA CONSERVANDO TODO SU VALOR SENTIMENTAL

La barca cruje y danza agitada por el temporal. Los hombres temen. Jesús calma las aguas y eleva la paz a las almas.

Silencio. Acaba de empezar «Cristo». La sala del teatro Círculo de Cervera está abarrotada. Gentes llegadas de toda España y gentes venidas de fuera de España van a seguir a lo largo de cinco horas el Misterio de la Redención.

Es Cuaresma y en tierras de Lérida asoma la primavera. Abajo, en la falda del collado, el viejo Hondara prosigue su eterno arrastrar de hierbas.

UN PUEBLO QUE VIVE PARA EL «MISTERIO»

Cervera es una ciudad que vive para el Misterio, un pueblo que revive durante unas semanas la Pasión de Cristo como pudo haberla vivido Jerusalén hace veinte siglos. Desde hace cuatrocientos setenta y cinco años, el pueblo asiste a la Crucifixión. Han cambiado las formas, los decorados, el lugar, pero la esencia permanece: es una obra del pueblo para el pueblo.

A las diez de la mañana da comienzo la representación. Desde bastante tiempo antes, la gente ha ido afluyendo al teatro. Sube en grupos desde los jardines de la Pérgola, pasa junto al Torreón, resto de la antigua muralla, y junto al monumento a los Caídos. No hay que andar mucho; las puertas del teatro están cerca, y el cielo, azul y limpio. Otros grupos suben por la calle Mayor, dejando a la izquierda los tramos porticados. Todos quieren llegar puntualmente, porque una vez empezada la representación ya no podrán entrar a ocupar sus sitios hasta el primer entreacto, y es cosa de no perderse ni una sola palabra. Muchos de ellos han retirado sus localidades hace diez días. De Barcelona, de Lérida, de



Tarragona, de Barbastro, desde Zaragoza o desde Tárrega, Fraga, Agramunt o Calaf han ido llegando en tren o por carretera. Y ahora, por vocación y deseo de un pueblo un drama que tiene dos mil años de existencia revive para ellos.

UNA PASION CON CUATROCIENTOS SETENTA Y CINCO AÑOS DE ANTIGUEDAD

María Magdalena ante Jesús. Ella siente algo que llama en su interior; duda, quiere defenderse, justificarse, porque

*... pesa tanto la carne,
y amo tanto la vida!*

María Magdalena se llama en realidad María Rosell. Tiene veintinueve años. Es de familia hu-



CRISTO
MISTERIO DE PASION



Las escenas del drama que tiene dos mil años de existencia reviven durante la Cuaresma en el pueblo de Cervera

milde y se gana la vida ayudando en casa y cosiendo. Ahora cose con más afán, porque se casa en el mes de mayo y está dando las penúltimas puntadas a su propio ajuar. Es la segunda que va a cambiar su papel de pecadora arrepentida en el drama por el de esposa en la vida. Tres intérpretes de este papel dejaron el mundo para ingresar en un convento, y desde 1940 ha sido este también el personaje que más veces ha cambiado de actor.

María Magdalena lavará por última vez los pies de Jesús el día 19 de abril entre cuatro y nueve de la tarde.

Sigue la obra. Hace cuatro días que murió Lázaro y van a enterrarle. Llega el Maestro y le ordena que se levante, Lázaro resucita. Los fariseos, atemorizados, quieren hacer que Jesús se contradiga delante del pueblo y sólo consiguen quedar ellos en ridículo. En el Sanedrín crece la agitación. Los milagros de Jesús influyen en el pueblo. Caifás, el Sumo Sacerdote, le condena a muerte. Desde este momento, los fariseos y la gente del templo no dejarán de perseguirle.

Los cuadros se suceden con un montaje perfecto. Nada se ha descuidado y todo permanece siguiendo una fiel interpretación del Evangelio. La tradición de representar la Pasión es ya vieja en Cataluña. En una anotación del «Libro del Claveron», guardado en el Archivo Municipal y correspondiente al año 1481, se cita «la cafadal en la iglehon se feu la representació de la Passió en Ihu. Xpra...». Y en el Archivo de la Comunidad cervariense se guar-

daba un manuscrito conteniendo un «Misteri de la Passió de Jesucrist», que, compuesto a principios del siglo XVI, se representó varias veces en el interior del templo de Santa María.

Paso a paso se puede seguir la historia de las representaciones incluso saber los nombres de los sacerdotes que interpretaron los papeles de la obra en 1545. En aquellos días eran también sacerdotes quienes hacían los papeles femeninos. Más tarde, cuando el Concilio de Trento prohibió cualquier acto ajeno al culto dentro del templo, las representaciones, que ya en aquella época «fan acudir innombrable munió de gens de fins enconrades ilunyanes i tots estaments», se trasladaron al aire libre en la calle de la Cebolleria. En el siglo XIX se levantó un tablado en la plaza Mayor



Los personajes evangélicos están representados por gentes del pueblo que todo el año viven pendientes del Misterio

y allí se representaba la Santa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según texto de un monje de Montserrat, fray Antón de San Jerónimo.

RENOVACION DEL ESPIRITU Y RENOVACION DE LA OBRA

Hasta 1936 la «Pasión» de Cervera varió poco o nada. Terminada la guerra civil el pueblo de Cervera cogió el toro por los cuernos. Se llevaba a cabo una renovación del acervo espiritual del país, del espíritu de la propia Cervera. Era una buena ocasión para renovar también el drama. No su esencia, naturalmente, sino su «paisaje». La tradición, la vieja y noble tradición, pesaba mucho y se optó por modificar la puesta en escena. Se imponía un nuevo estilo, un lenguaje nuevo y se arrinconaron los viejos textos y los antiguos modos. Pero había que hacerlo con cuidado con mucho cuidado y de modo que lo nuevo supiera el valor sentimental del aspecto externo de una tradición legada de padres a hijos a través de muchas generaciones.

De este modo nació «Cristo, Misterio de Pasión», que sustituye a todos los textos anteriores y representa un salto enorme fuera de los estrechos límites que la costumbre había creado, pero conservando su fondo y su carácter clásicos. Quizá no sea la más espectacular de Cataluña, pero es la más antigua y la única que se representa en castellano. Todas las demás: Olesa Esparraguera, etc., aunque de textos escritos recientemente se representan en catalán, y aunque igual se hacía antes en Cervera, al reanudar la tradición después de la guerra de Liberación, se hizo en castellano y, por así decirlo, se universalizó.

Emilio Rabell y José María Sarrate son los autores de la nueva versión. Son jóvenes los dos: Rabell tiene cuarenta y un años y es al mismo tiempo director de escena e intérprete en papeles secundarios o de relleno. Sarrate aún no ha cumplido los cuarenta. Escribieron su obra en 1939 y tardaron unos veinte días, casi al mismo ritmo de los ensayos, contra reloj, porque iban llenando cuartillas y entregándolas a los artistas que estaban en la habitación de al lado. A pesar de esto, casi no ha habido que hacer co-

recciones, y la mayor parte de las que se han hecho ha sido de una manera rotunda, suprimiendo el texto para dejar paso a una mayor plasticidad y a pasajes subrayados por la música en vez de la palabra.

Jesús María Quintana escribió la partitura original de «Cristo, misterio de la Pasión», que se ha interpretado hasta el año pasado. En éste, el Misterio tendrá como fondo la música de Quintana y de José María Romá aunadas, completándose y consiguiendo así una partitura exacta, rica e inspirada.

CERVERA, VILLA DE ALMENDRAS Y GENTE BIEN HUMANA

El templo de Jerusalén, convertido en mercado. Tenderetes, compradores, desocupados... Dos vendedores discuten, gritan... Ruidos, risas... Jesús, indignado, expulsa a los mercaderes.

La primera parte está terminando. Tres cuadros más y serán las doce y media, hora de descanso.

En las afueras de Jerusalén, Simón Pedro se confía al Maestro y él le dice cómo se ha de rogar a Dios. Pedro se llama Manuel Sarries en esta vida y es chófer y empleado de Correos. Está casado y es un hombre quieto, sencillo, al que le gusta estar en casa.

Judas está luchando entre el bien y la maldad. Un ángel y un diablo se pelean y la lucha termina con el triunfo del mal. Entran unos fariseos, y Judas les promete entregarles a Jesús.

La última cena. Cristo habla a los apóstoles y les da a comer el pan y a beber el vino convertido en su sangre. La cara de Juan es emotiva, convincente. Pero fuera del Misterio, Juan es sastre, tiene veinte años, y de verdad se llama Juan. No hace mucho tiempo tenía un papel de niño en la Pasión. Lejos de la escena es un muchacho alegre, bromista, a quien le gusta pasear con las chicas y bailar.

Las doce y media. El gran sacrificio ha quedado en suspenso, parado, expectante, en la mente y en la memoria de todos. Después de dos horas y media de representación, el descanso.

Es el momento de asomarse al pueblo antes de la comida, de recorrer esta ciudad que fue uno de los mayores castillos del Condado de Cataluña y del Reino de Aragón. Aquí, en Cervera, firmó Fernando el Católico las capitulaciones de su matrimonio con la Reina Isabel y mucho antes, de Cervera salieron hombres que tomaron parte en la conquista de Valencia y de Palma de Mallorca.

Enrique Cock hizo un viaje a este pueblo de Lérida en 1585 y el 21 de junio de ese mismo año escribía: «En mediodía de la villa está un fuerte castillo donde colgaban muchas banderas. Los ciudadanos se estiman en dos mil muy aparejados a las armas. El terreno es lleno de almendras, abunda en viñas, tiene harito pan y es la gente bien humana». Pasados casi cuatrocientos años, el espíritu de la gente es el mismo y siguen muy aparejados a las armas, aunque ahora la que mejor esgrimen es la verdad de la



Han cambiado las formas, los decorados, el lugar, pero la esencia permanece: es una obra del pueblo para el pueblo

Pasión y su guerra es de paz y de amor.

Aquí, en Cervera, Felipe V, primer Rey Borbón de España, mandó construir una Universidad que debería sustituir a todas las de Cataluña, incluida la de Barcelona, como castigo a la oposición que la región entera le había manifestado al no favorecer su causa durante la guerra de Sucesión. Es un edificio de tres pisos que recuerda un poco el convento de las Salesas Reales de Madrid. Felipe V construyó la Universidad y lo hizo a conciencia. Desde 1718 hasta 1740 estuvieron trabajando en ella. Balmes estudió allí y fue su más notable alumno. La vida universitaria duró ciento dos años. Luego han pasado muchas cosas por ella, pero el viejo edificio sigue en pie como un solda-

do veterano dispuesto a seguir luchando. Y lo hará dentro de poco tiempo.

La comida ya pertenece al pasado. La escudella ha desaparecido de los platos, y los espectadores, repartidos por los bares y fondas, hablan y comentan. Pasa Judas y le saludan, pero llámámdole Ramón. Y ese es su nombre: Ramón Tasiés Ginestas. Tiene treinta y tres años y todavía no se ha casado. Es mueblista. Su físico y su voz grave y profunda le han hecho muy popular en toda la comarca. A veces se oye: —¿Estos muebles? Los compré en casa de Judas...

Tanto Judas como Jesús están relacionados muy directamente con la profesión de José, el padre de Jesús, del Jesús que murió en la Cruz hace dos mil años.

PILATOS SE LLAMA RAMÓN Y ES PANADERO

Ya cada uno ha visto lo que ha podido de la villa: el Ayuntamiento, las ruinas del castillo y los restos de las murallas, el convento de Santo Domingo, el antiguo hospital de leprosos que era Santa Magdalena, la Casa Vega... Hay muchas cosas que merecen la pena en Cervera. Pero la representación se reanuda a las dos y media en punto.

La oración del huerto. Oscuridad. Los olivos espesan las tinieblas. Los apóstoles duermen. Jesús pide a su Padre fortaleza porque se siente débil. El ángel le lleva consuelo:

«Hijo de Dios, Redentor del mundo, vengo a Ti para fortalecerte...»

Llegan los soldados y los servidores del templo. Prenden a Jesús y los apóstoles huyen.

Cuadro a cuadro, minuto tras minuto, el drama se acerca a su punto culminante. Para estas escenas finales se ha pensado muchas veces utilizar el escenario natural que proporcionan la severidad y adustez del paisaje cervariano. Todo parece conjugarse para ello, pero el clima no ofrece garantías de poder llevarlas a cabo. Y la gente que acude a Cervera a «veure la Passió» sigue entrando en el teatro, amplio, pero que resulta insuficiente. El Patronato de la Pasión ha encargado la realización de un proyecto que, cuando se lleve a cabo, dotará a Cervera del teatro más original y atractivo de España, concebido y diseñado especialmente para las representaciones de la Pasión.

Hasta que eso llegue, el teatro del Círculo seguirá siendo el escenario del drama del Calvario.

Pedro ha negado a Jesús en casa de Caifás. En el Pretorio, Pilatos, el gobernador romano, recibe a los sacerdotes del Templo, que le piden la condena de Jesús. Pilatos pregunta a Jesús, y cuando se entera de que es galileo, lo envía a Herodes.

Realmente, Pilatos ni se llama así, ni es romano. Su nombre es Ramón Cufé Vilaró, y tiene treinta y un años. Es panadero, y está casado. Durante la representación, Pilatos se lava las manos; pero cuando se está preparando el montaje escénico, las emplea todo cuanto hace falta. Es uno de

los elementos clave de la Pasión, porque tiene a su cargo el montaje, cada año más complicado y difícil, de la obra. La Pasión acaba para la mayor parte de su tiempo libre, y durante la obra, envuelto en su toga, está pendiente de los telones, de las cuerdas... Sus compañeros dicen que gracias a él la «cosa rueda», y aun encuentra un hueco en sus quehaceres para «hacer de pueblo» en las escenas, todas, en las que sale «multitud».

Jesús llega ante Herodes Antipas. El tetrarca piensa retirarse. Pregunta a Jesús, pero éste no le contesta. Herodes se enfada.

Herodes, es decir, Juan Colom Quintana, tiene un humor excelente. Posee un estupendo comercio de tejidos, tiene treinta y cinco años, está casado y es padre de tres niñas. En Cervera, es una especie de institución. La gente cree que es un formidable actor cómico, cuando, en realidad, Colom es un gran actor dramático. Prueba de ello es su actuación en el papel de Herodes. Hace otros muchos papeles: Helí, Simón el Rico, pueblo, anciano, pues es un gran aficionado al teatro desde hace mucho tiempo.

El tetrarca devuelve a Jesús al gobernador romano. Pilatos vacila, y convencido de la inocencia de Jesús, lo hace azotar. Voces, protestas. Pilatos firma la sentencia, y se lava las manos.

Judas recorre el camino que viene de la ciudad, muerta al fondo. La luz y las sombras bailan, imitando los pensamientos de su cerebro y la angustia de su corazón:

«Monedas; pupilas vidriosas de cadáveres al sol... ¡Y cómo brillan!...»

Los mercaderes le han rechazado la devolución del dinero. La locura encabrita la mente de Judas, que acaba por colgarse de una de las ramas del árbol más cercano.

«VENID Y VED CUAN GRANDES COSAS HA HECHO EL SEÑOR»

Jesús recorre la calle de la Amargura. Falta ya poco tiempo para que la representación termine.

La Virgen llora. Jesús la consuela, y María, María Blanch, una muchacha que estudia y canta, que no tiene novio, sigue a su Hijo, acompañada de otras mu-

jes. La Verónica enjuga el rostro de Jesús y sobre la tela quedan los rasgos del Salvador.

El Calvario. Jesús es clavado en la cruz. Le dan a beber hiel y agua, y muere después de perdonar a sus verdugos. La tierra tiembla y el cielo se oscurece.

Ramón Bernaus Domenech viene siendo «clavado» en la cruz desde 1940, año en que se estrenó la obra actual. Tiene cuarenta y tres años y está totalmente identificado con su papel. Una vez estuvo muy enfermo, con fiebre alta, pero ni entonces siquiera dejó de acudir al teatro. Su cara no es la más ideal para Jesús, y por eso debe dedicar varias horas a maquillarse antes de la representación, hasta conseguir una imagen perfecta. Está casado y es padre de dos hijas. Se sabe todo el texto de la obra, y en escena es él quien hace de apuntador cuando alguno de los actores se olvida de algo o se pierde porque es nuevo.

Es el final. Empieza el cuadro XXXVI. En el huerto está la tumba en que reposa el cuerpo de Jesús. Acuden los soldados a guardarla, porque los sacerdotes temen que sea robado. Un ángel aparta la losa que tapa la tumba y Cristo vuelve a la gloria.

Son las cuatro y media de la tarde. El Misterio ha terminado. Hasta el próximo domingo o la próxima fiesta. Muchos volverán, porque cada año se añade algo nuevo al drama, porque cada año un pueblo entero revive la Pasión y llama a las puertas del mundo. Doce veces al año, en el corto espacio de unas semanas, doscientos noventa y cinco artistas, vecinos de Cervera, muestran un profundo sentido de la fe y una auténtica devoción en la difusión del significado del Sacrificio de la Cruz.

A partir del Viernes Santo, todos volverán a su quehacer cotidiano. Magdalena, María, a terminar su ajuar, porque se casa en mayo; Judas, a sus muebles, y Jesús, a su barniz. Pilatos volverá a amasar pan y a pensar en algo nuevo para el año que viene. Todo como antes. Y la vieja Cervaria, la Cervera tradicional y humana, se replegará sobre sí misma para lanzar de nuevo su voz al viento en el primer domingo de Cuaresma de cualquier año.

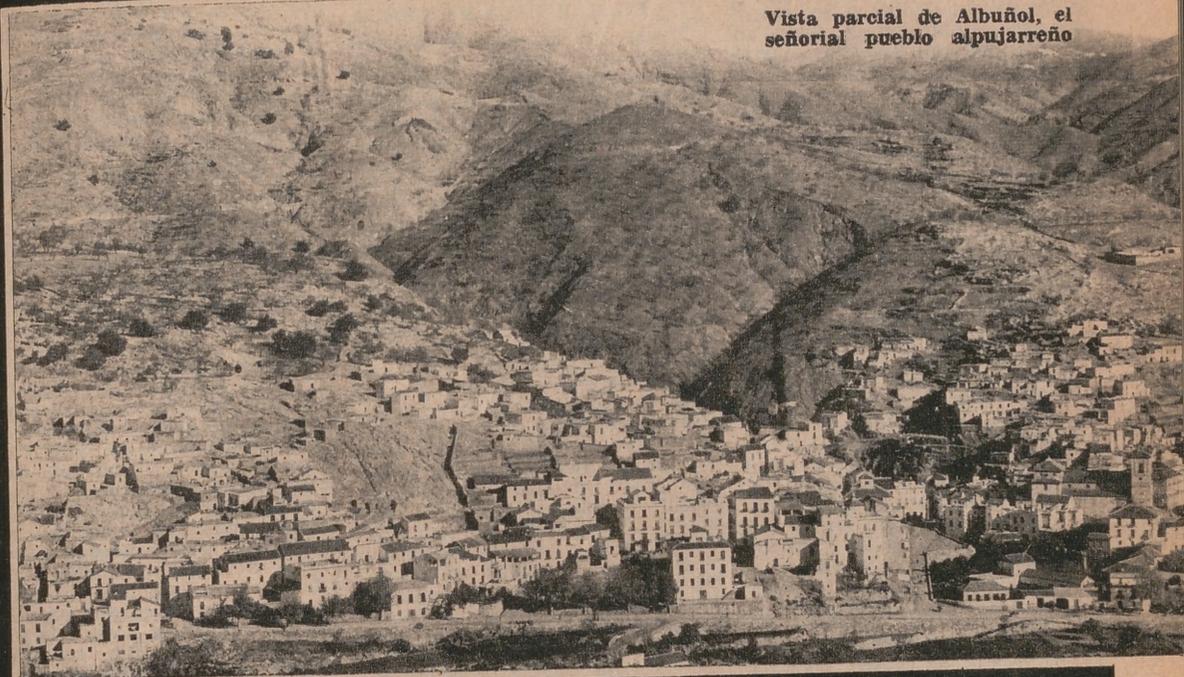
Gonzalo CRESPI



El momento culminante del drama está en el Calvario, que en Cervera se representa con esta fidelidad

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Vista parcial de Albuñol, el señorial pueblo alpujarreño



DESDE LAS CUMBRES AL MAR

ALBUÑOL Y SU FAMOSO VINO DEL CERRO DEL GATO HUAREA TIERRA DE POETAS Y DE MILLONARIOS

LA loma de Yator separa Sierra Nevada de la Contraviesa, y la gente de Yator viene a Cádiar a vender y comprar. Por eso hoy, en la fonda de Cádiar mi compañero de mesa es de Yator, minúsculo pueblo alpujarreño que trepa por un barranco. El hombre es menudo y bajito. Come como siete hombres, pero trinchita, sin embargo, con pulcritud. Cada dos palabras me dice: —Y usted perdone si le falto... Otras palabras y otra vez el latiguillo ampliado ahora.

—Y usted me perdone si le falto en algo...

Extrañada y agotada ya mi paciencia no puedo menos que preguntarle:

—¿Y por qué me va usted a faltar buen hombre?

—Es que como uno no tiene la finura de las capitales...

Luego cada vez que nombra los cerdos que ha venido a comprar se excusa:

—Con perdón...

Y así en un juego constante verbal de escrúpulos por no ofender mis oídos. Mi ceremonioso interlocutor es el prototipo del cumplido y fino campesino alpujarreño. Por él aprendo que los cerdos llamados «chatos», cruce de padre murciano y madre castellana son los más apreciados. Y hoy en el mercado de Cádiar se hacen de ellos buenas transacciones. Veinticuatro mercados al año hay aquí y ellos dan un inusitado auge comercial al pueblo.

Cádiar, que fué cuartel general de los moriscos y donde tenía su palacio Aben-Xaguar, o sea don Fernando el Zaguer, tío carnal de Aben-Humeya, es ahora un pueblo industrial de amplias plazas y buenas tiendas. Tiene un buen casino, varios bares y un cine llamado «El Regional», pero lo que más me llamó la atención en Cádiar fueron sus tres talleres de sastrería en cada uno de ellos unas 20 costureras trabajando afanosamente y como si no se dieran descanso alguno en la labor. Y tanta premura para un pueblo de sólo 2.700 habitantes. Su principal producción es el aceite, el vino, la almendra y los cereales. Tiene dos fábricas de aguardiente y una de sifones y gaseosas, otra de harinas, una de aceite y varias almazaras y lagares. En Cádiar me pasó a mí un caso pintoresco. Nada más bajarme del coche de línea y preguntar a una niña dónde podía tomar café para desayunar. Un caballero de alguna edad que pasaba en aquel momento y lo oyó me dijo:

—Venga conmigo. Yo la acompañaré.

Cuando llegamos, el señor dijo al camarero:

—Sirva lo que quiera esta señora y no la cobre.

—De ninguna forma. No, señor. ¿Por qué?

—Pues, sencillamente, porque si mi mujer o mis hijas anduvieran por tierras desconocidas yo

quisiera que la gente las atendieran con el mismo corazón y buena voluntad con que yo lo hago hoy con usted que la he visto sola.

Me dejó confundida, pero aún pregunté:

—Pero, señor, si usted no me conoce, Acabo de llegar.

—No importa. Las personas llevan su tarjeta de buenas o malas acciones en la cara. Aquí aún somos hidalgos.

El camarero intervino:

—No tenga escrúpulo. Es un señor principal del pueblo y, además, es poeta.

Reí diciéndole:

—Vaya, pues ha tropezado usted con la Prensa.

El señor en cuestión era el comerciante don Joaquín Ortega Blanco, hermano del secretario del Ayuntamiento. Su otro hermano, don José Antonio, es notable guitarrista y discípulo de Regino Sainz de la Maza. Y ahora viene la anécdota: Walter Starkie, el andariego irlandés, vino a Cádiar y habló de este pueblo en su libro «Don Gitanos». Y a mister Starkie, buen catador de las cosas de España, le dió un recital de guitarra don José Antonio Ortega quedando el visitante maravillado de la maestría del guitarrista.

Y en Cádiar, en su playa Mayor, también hay una placa diciendo que este pueblo fué itinerario de Alarcón. Y aquí no se conoció nunca la blasfemia.

UNA TRAGICA MISA DEL GALLO

Es impresionante, por amplia, la iglesia de Cádiar y es impresionante también si se piensa en la tragedia que en ella ocurrió la Nochebuena de 1568. Mientras la gente había ido a misa del gallo, sigilosamente penetraron en el pueblo tropas moriscas. El golpe estaba preparado para adueñarse del pueblo y horas antes, Aben-Humeya, con ropas de caballero cristiano y embozado en una capa, llegó al Mesón Viejo. Pocas personas habían quedado en Cádiar sin ir a la misa, entre ellas se encontraba doña Isabel de Mercado, que vivía al lado del mesón. Los moriscos penetraron en la iglesia y pasaron a cuchillo a casi todos los fieles que oían la misa. Pocos fueron los que se salvaron. Los que huyeron lo hicieron alocadamente por las calles y al sentir doña Isabel los gritos, como estaba sola en su casa se le ocurrió buscar refugio en el mesón. Y allí cayó a los pies de Aben-Humeya llorando convulsa. Y desde aquel momento don Fernando de Valor se enamoró de la cristiana, que así solicitaba su amparo. Pero ya esta Nochebuena sangrienta de Cádiar manchó la gloria de Aben-Humeya y se clavó como un remordimiento punzante en los meses que le quedaron de vida. También en el palacio que Aben-Xaguar tenía en la calle de doña Ana ocurrió otra tragedia. Aben-Xaguar sospechaba que su esposa amaba a otro y una mañana mientras ella con sus doncellas tomaba el sol en la azotea, el marido desde un montículo del barrio del Castillejo que quedaba frente al palacio le disparó una flecha tan certera que alcanzó a la mujer en el corazón.

El balcón de mi habitación se abre a la plaza donde está el Ayuntamiento y el cuartel de la Guardia Civil. La luna inunda esta plaza. Todo Cádiar está blanco de luna llena. Nada hay tétrico aquí ni sombrío en esta noche y, sin embargo, cuando pienso en las cosas que aquí ocurrieron hace siglos esta plaza y estas calles que bajan hasta ellas me parecen angustiosas. Y más cuando una criada que ha entrado en mi cuarto a traerme algo me dice asustada:

—No mire usted la luna por el cristal del balcón. Es malo.

—¿Malo?

—Sí, trae desgracia.

Y aunque no creo su superstición no puedo menos que quedarme impresionada. Menos mal, el alborozo de la taberna de la esquina me ayuda a dormir sin miedo. Los mozos de Cádiar que han venido de sus quehaceres del campo llevan el compás de sus canciones dando golpes sobre las mesas de madera. Despacio y en un ritmo de cadencia árabe:

Maravilla, rosa fina...

Y luego:

Quiero arancarme y no puedo tu amor de mi corazón.

Recuas de jumentos han quedado en la puerta de la taberna. Después los llevarán a las cua-

dras. Ahora estos mozos de Cádiar beben el buen vino de su tierra y cantan.

EL MAR ESTA YA CERCA

Desde que se sale de Cádiar, camino de Torvizcón, ya las viñas se suceden por todas partes. De ellas se saca el famoso vino de la Contraviesa y tanto amaba estas viñas el poeta árabe Abén Guzmán, que dejó dicho para su muerte que lo enterrarán envuelto entre sus hojas como mortaja. Las vueltas de la carretera de Cádiar a Torvizcón son ceñidísimas y se siente que el mareo nos va a hacer presa de un momento a otro. Cuando al fin se llega al punto de destino se experimenta un descanso inmenso. Y se ponen los pies con fruición en el suelo como si quisiera una asegurarse de que se está plantada, de que ya no rueda el auto, porque la cabeza aún nos da vueltas. Torvizcón es el más alegre, encañado y florecido pueblo de toda la Alpujarra. Pero no es un pueblo de estampa cristiana, sino morisca. Reverbera el sol en él, en su anchurosa rambla y en sus lomas cuajadas de almendros. Una se quedaría en Torvizcón para siempre porque nunca contemplé un sol como éste. En Torvizcón la riqueza es la almendra y el vino. Hay innumerables bodegas y no menos cantidad de bares en los que todos los hombres del pueblo al dar la una toman su vaso de vino de la Costa y sus aceitunas y sardinas asadas, muy frescas, pues no en balde ya nos estamos acercando al mar. De La Rabita, en motos, traen aquí el pescado, y desde aquí las motos se vuelven y lo suben hasta Almegíjar hombres sobre los hombros en una cuesta de doscientos metros de desnivel y en una distancia de unos ocho kilómetros. Pero esto no es nada. En el siglo pasado se subía desde La Rabita hasta Granada el pescado atravesando toda la alpujarreña Haza del Lino en una distancia de unos setenta y cinco kilómetros y a galope de una caballería cargada de la mercancía. Pero el arriero iba a pie por no cargar más el animal, a esto le llamaban aquí «a corson». En las ventas le daban al mulo pan mojado en vino y a seguir. Estas caballerías dicen que resistían pocos años este tráfico diario, pero los arrieros alpujarreños que los acompañaban superaban al animal en su resistencia y vivían hasta muy entrada la vejez. Por eso cuando yo me quedo mirando cómo el pescadero de Almegíjar sube cargado y corriendo por la cuesta me dicen los de aquí:

—¡Bah! Eso no es nada.

Pero yo estoy segura de que a mí ocho kilómetros de cuesta pronunciadísima me harían llegar sin respiración y lo malo es que quiero subir hasta Almegíjar y no hay más medio que los pies o una caballería como a Trevélez. Opto por esto último, y en la fonda de «Las Viudas», donde me hospedo, mandan aparejarme una para después de comer.

TODOS LOS CARNICEROS SON GITANOS

Desde que entré en esta comarca he estado viendo que en todos los pueblos el oficio de car-

nícero va aparejado a la raza «caién». Todos los que venden carne en la Alpujarra son gitanos y no se sabe por qué ni de dónde vino tal cosa ni de cuándo data la costumbre. Pero el caso es que que es como un privilegio anejo a ellos y nadie se lo disputa. día anterior a matar la res ellos la pasean por el pueblo para que vean que está sana. Claro que después el veterinario la reconoce, pero lo típico es el que todo el pueblo la vea viva. No son propiamente carnicerías donde ellos venden, sino puestos ambulantes. Al pasar hoy por el puesto de carne de Torvizcón, el señor Alcalde, que me acompaña, dice:

—Adiós, Federico.

—Vaya con Dios, don Agustín. Y don Agustín me explica que Federico, el gitano carnicero, es un aristócrata de su raza. Efectivamente, este gitano tiene porte de fineza y señorío.

A la hora de comer pido las típicas migas de maíz que me sirven con ajos asados, sardinas y otros acompañamientos que por estas tierras llaman «engañifas». Y cuando hay que salir para Almegíjar empieza a llover. No puedo subir sobre una caballería con este agua. De pronto me avisan:

—Que ha bajado de Almegíjar el coche de «el americano». El americano, como le llaman aquí, es don Enrique García López, hijo de padre y madre de Almegíjar, que marcharon a Mendoza. En su «Ford» inglés el señor García nos lleva al pueblo de su padre al Alcalde de Torvizcón, que gentilmente me quiere acompañar, y a mí. Por el trayecto nos dice:

—Yo ya ven: estoy acostumbrado a los Andes, a la cordillera de montañas tremendas, pero estas sierras no son inferiores a aquellas.

Al fin llegamos. Almegíjar es completamente un pueblo como Trevélez que parece soñado. Pequeño, recogido, asemeja un cono asomado por todas partes a los abismos. En Almegíjar, hombres y mujeres son rubios y con ojos claros. En la plaza hay un café y el señor Alcalde de Torvizcón entra a ver a su sobrina, que es la dueña. Yo, que recuerdo que la madre de Ernesto Salcedo, redactor de EL ESPAÑOL es de aquí precisamente, pregunto:

—Oigan, podrían decirme cuáles son los parientes de doña Valentina Vilches. Yo la conozco mucho a ella y a su hijo.

Y la dueña del café exclama:

—¡Pero sí es mi tía!

Y todos reímos. No puede haber sido más fulminante el haber encontrado a quienes buscaba. A muchas leguas de Madrid se ha desvelado una amistad y parentesco.

EL CREPUSCULO ANTE LA CRUZ DE LOS CAIDOS

Yo creo que el mayor lujo de Almegíjar es el reloj luminoso de su iglesia, y su mayor orgullo la severa Cruz de los Caídos. Sobre un montículo y donde el pueblo finaliza, porque detrás está el abismo, se alza sencilla, lisa, y ante ella, los maestros traen muchas veces a los niños de las escuelas, y como un símbolo de la Patria les dicen lecciones de amor

a España. A mí me han llevado a verla al atardecer. El crepúsculo de Almegijar y en este paraje teniendo por fondo cerros y rambra de Barbacana y con un silencio sólo roto por el batir de alas de algún pájaro nocturno que ya empiezan a salir de sus escondrijos. es impresionante. Pero de pronto nos llegan muchas voces infantiles en un eco agrandado por barrancos.

Rey moro tenía tres hijas como tres caños de plata...

Son las niñas de Almegijar que allá abajo, en la plazoleta del pueblo han empezado a jugar al corro.

Después me llevan a ver el Santo Cristo de la Salud, una magnífica talla de Mora que se venera en todos estos contornos. La costumbre aquí es ofrecerle al Cristo, cuando está un niño malo, el pesar en trigo la criatura si se pone bueno y hacer esta ofrenda a la iglesia para con su impurte sostener el culto del Cristo de la Salud. El día en que se saca en procesión la imagen, van las familias enteras y sus animales de labor. Hombres, mujeres, niños, mulos, caballos, acémilas. Todos juntos.

Entraban en mis planes ir desde aquí a los pueblos que están después de las minas de hierro de «El Conjuero» o sean. Cástaras. Nieves y Lóbras, donde hay unas minas de mercurio. Tenía que esperar para ello que llegara un turismo que sale algunos días de Granada. A este coche le dicen el de Salvador, por llamarse su dueño así, y hoy era uno de los días que le tocaba su viaje. Pero decían que pasaba a las doce o la una. Había que esperarlo en la carretera. Después de cenar, y cuando en la fonda de doña Paca me había hecho ésta comer un buen guisado de pollo y natillas, salí a buscar mi probable vehículo. Pero no me dejaron sola. Me acompañaban el Alcalde de Almegijar, el de Torvizcón y el secretario del Ayuntamiento de Cástaras que se encontraba aquí. El coche tardaba y bajamos por la carretera haciendo tiempo. De cuando en cuando surgía un bulto en la oscuridad. Yo daba un respingo, pero después resultaba que eran alguaciles que habían puesto en sitios estratégicos para que avisaran si se veía aparecer a lo lejos las luces del coche. Andando, andando así, llegamos hasta lo que se llama el mirador de El Taolín. Desde aquí se ven la rambra del Torvizcón y el pueblo al fondo. Pero no vino el coche. Y tan bien acompañada por alguacil y autoridades regresamos a Almegijar. Los mochuelos cantaban y parecían niños llorando. La medianoche en plena sierra alpujarreña es algo que Dante hubiera escrito en pavorosas palabras. Antes de entrar en el pueblo me cuentan lo que son las «carhuelas». Y las carhuelas son unos caminos hechos sólo para las garras de las águilas que los alpujarreños se han hecho e ingeniado para acortar las distancias y atajar caminos atravesando cumbres. Por ellos, un hombre se juega la vida cada paso. Y ellos lo hacen con cualquier motivo, simplemente porque quieran asistir a un baile que se celebre en un pueblo cercano.

LAS FINTORESCAS BODAS CORTIJERAS

Como yo ya había desistido de esperar el coche de Salvador más días. A la mañana, don Agustín, que había dormido en casa de su sobrina, vino muy pronto a recogerme.

Y emprendimos el regreso a Torvizcón. Paso a paso, pero era ya cuesta abajo. Sin embargo, se hacía largo el camino y cada momento creíamos escuchar el motor de un auto que nos redimiera de la andadura. Al lado derecho de la carretera, precipicios; al otro, paredes de roca en la que había cavidades como si sirvieran de albergue a seres fantásticos. Y precisamente sentados al borde de los precipicios y con los pies colgando en ellos era donde se sentaban los campesinos que iban a sus trabajos y se paraban a tomarse el desayuno de pan y queso. Al pasar, siempre el mismo saludo:

—A la paz de Dios.

Al fin fué verdad. Un auto. No hubo necesidad de pedirles el favor. El auto paró y un muchacho muy joven asomó la cabeza:

—Suban ustedes.

Eran dos muchachos y el chófer, que bajaban de Cástaras de abastecer la farmacia de aquel pueblo. Cada mes ellos suben desde un almacén de Granada a traer medicinas a toda la zona alpujarreña.

Torvizcón pertenece al partido judicial de Albuñol, y, sin embargo, no tiene comunicación de coche de línea. El autocar parte de Orjiva. Así, pues, como pude y utilizando unos y otros vehículos conseguí desde esta parte llegar a Albuñol. Esta es una villa grande y encantadora. Casas de varios pisos y jardines y azoteas desbordantes de buganvilla roja. Y un colegio de monjas de Cristo Rey, como en una pequeña capital. Albuñol tuvo su periódico y su Audiencia y la gente usaba levita y chistera para ir a misa. Ahora aquí hay un notario joven, hijo de diplomático, que recorrió medio mundo, Isidro de las Cajigas, y no se encuentra extraño ni desplazado aquí y es que Albuñol es pueblo de prestancia y abolengo de cultura. Como es sabido, aquí nació don Natalio Rivas. Albuñol está rodeado de almendros,

y frente a él se alza la mole del famoso Cerro del Gato, donde se da el mejor vino de toda la costa.

Cuando yo llego a Albuñol, la villa arde en fiestas. Es su feria de ganados, de un rumbo y colorido como no podía imaginar. La rambra está toda llena de buenas bestias y, sobre todo, unos muletos negros que se crían en estas tierras y que son muy apreciados por tratantes de toda España, que acuden a esta feria. De todas las cortijadas bajan las familias enteras. Todas estas cortijeras que aquí veo se habrán casado a la usanza típica de Albuñol, pues el costumbrismo está aquí arraigadísimo. La costumbre de las bodas es que después que ha bendecido el padre a la novia los amigos y allegados la suben en la caballería ya preparada y cubierta toda de colchas alpujarreñas y la acompañan a la iglesia, disparando alrededor de la muchacha toda suerte de escopetas. Cuanta más pólvora se tire al aire, más boda de fuste resulta. Dicen que la memoria de don Natalio Rivas era tan prodigiosa cuando era joven, que a todos los cortijeros conocía cuando bajaban a las fiestas, y a cada uno lo nombraba por su nombre y a los gitanos hasta por el apodo.

POR FIN, A MURTAS

El farmacéutico, don Federico López Izquierdo, se ofreció a ponerme un «espía» que me avisara si algún camión de Murtas bajaba aquí y volvía a subir, pues hay entre Albuñol y Murtas algún tráfico comercial. Efectivamente, a la mañana siguiente un viejo entró en la fonda llamando:

—Ama, ama, que avise usted a la señora que quiere ir a Murtas que pasará un camión a las doce por el Calvario. Que esté allí.

A la hora fijada, el camión de carga me recoge. Y voy otra vez hacia las cumbres. En la Alpujarra hay que buscarle las vueltas a los pueblos para poder llegar a ellos de alguna manera, y algunas veces andar los caminos para atrás y para adelante. Porque no hay otra manera de alcanzarlos. Pasamos por Albondón. Aquí se cosecha la mayor cantidad de vino de toda la Contraviesa. Ochenta mil arrobas de un vino de diecisiete grados, tipo tinto y



Una plaza de Cádiar, espaciosa y limpia

clarete, que se paga a 50 pesetas arroba. También tiene gran cantidad de higos, que se secan y envasan en Albuñol. Remontando carretera de Albuñol se nos presenta un espectáculo grandioso. El mar está ante nuestros ojos. Pero no se ve allá abajo, sino en alto, como si estuviera al nivel del cielo y se fundiera con éste. El agua chispea bajo el sol en miles de reflejos. Cuando después de unos minutos logramos acomodar nuestra vista a este deslumbramiento de luz cegadora sobre las aguas, se logra percibir hasta el faro de Guardias Viejas en la costa almeriense de Dalías. Abajo de nosotros quedan Las Angosturas. Pasadizos naturales de altas paredes de piedra y roca. Más allá la famosa cueva de los Murciélagos, llamada así porque está toda ella poblada de murciélagos. En ella se encontraron los esqueletos pertenecientes a sujetos de una extraña civilización. Uno de los esqueletos llevaba una corona de oro de 24 quilates y una túnica finísima tejida con esparto. Pasamos la rambla de Alcaicería, la de Aldáyar y la de Puñaleros. De Albuñol a Murtas, más bien cortijos. Entre ellos, el llamado de La Negra. Al fin, la venta del Aire, y un poco más arriba la venta del Mediodía. Estamos llegando a la cumbre del Cerrajón de Murtas y vamos a entrar en el pueblo. Y si Albuñol es la gracia y la alegría, Murtas es austero y de serio empaque y fué sede de la arriería de toda la Alpujarra. Sus moradores fueron los más comerciantes de toda la comarca y se dedicaban a llevar toda clase de productos. Antes de bajar del camión le pregunto al conductor:

—¿Cuándo volverán a bajar a Albuñol?

—Pues hasta dentro de seis o siete días. No hay mercancía que llevar.

—¿Es posible! ¿Y no irán otros?

—No, nadie.

He debido de preguntar antes de venir. Pero ya está hecho y no hay remedio. No sé cómo podré salir de aquí. Ahora el chófer dice:

—Pero si quiere, nosotros sal-

dremos al anochecer para Granada.

—Pero si yo tengo mi equipaje en Albuñol.

Al fin, un recuerdo.

Al fin un atisbo de esperanza me asalta:

—¿Pasan al menos por Orjiva?

—Sí.

Está arreglado entonces. Volveré a Orjiva y desde aquí tomare el coche de línea que va derecho a Albuñol. Ya más tranquila me apeo. Cuando aparezo en la plaza de Murtas en la puerta de la botica charlan el médico, el farmacéutico y el maestro. Me miran con los ojos muy abiertos. No saben por dónde caí allí. Cuando les doy los buenos días procuran, para satisfacer su curiosidad, entablar conversación conmigo. El señor maestro me acompaña a casa de don Tomás de Roda, Alcalde de Murtas, que se encuentra en su domicilio porque está convaleciente. Al pasar por una calle pendiente me dicen:

Esa es la casa de la familia Espejo. En ella paró Alarcón cuando vino.

Al llegar a la casa del señor Roda, el maestro, asomándose a la puerta del jardín donde éste toma el sol, dice:

—Don Tomás, aquí le traigo una señorita que le quiere ver.

La respuesta tajante y rápida sin verme aún:

—Pues esa señorita, sea quien sea, bienvenida a mi casa. Que pase en seguida.

Don Tomás, tipo de hidalgos si los hay, está acompañado de su hija Clara.

En un rincón, lavando en un pilón, una sirvienta canta una de las letras del baile que llaman «el robo» de la Contraviesa:

*Con el sí, con el sí,
con el sa, con el sa,
que sí no tengo novio
no me puedo casar...*

Los Rodas de esta parte de la Alpujarra son muy famosos. Igual que los Rivas de Albuñol y que los Aparicio en el también a lpujarreño Laujar almeriense

El primer obispo de Mahón y Ciudadela fué don Cristóbal de Roda y Rodríguez, que también fué predicador de Palacio. Era tío del señor Alcalde de Murtas.

Dieciséis estudiantes hay en Murtas y en Murtas hay también una gran riqueza debido a su producción. Cuarenta mil arrobas de almendra tiene este pueblo. 20.000 arrobas de vino y 50.000 de higos. Todo esto se exporta a Bilbao, Suscia, Alemania y Norteamérica.

Desde el barrio de la Loma se contempla un dilatado panorama y se llega a ver gran parte de la provincia de Almería, en cuyo primer término se distingue Berja, verde de pámpanos, y más cerca, Turón. Y el barrio de la Loma al que yo tuve que subir casi trepando, queda por encima de las torres de las iglesias. Y causa una extraña sensación cuando se asoma una y parece que se pueden tocar las espaldas. Aquí las mujeres campesinas son como waiquirias serranas Fuerte y valiente como ella lo la es la pastora Cristina—«la Loba»—, que defiende sus ganados de cualquier peligro con la misma energía que un hombre.

Al atardecer nos vamos. El camión que me trajo y ahora me lleva es de un acaudalado comerciante, el señor Galdeano. Su hijo está terminando ingeniero industrial. No me faltaba nada más que viajar de noche y ya lo estoy haciendo. Mejor dicho, se nos ha hecho noche cerrada en el camino. Pero ahora no vamos solos. Va otro camión, también del señor Galdeano. De noche hay que viajar así. Si ocurre un accidente al uno el otro puede auxiliar. Camino interminable en la negrura de la noche, porque el camión tiene que ir a estas horas muy despacio. Empieza a llover. Se siente ruido de viento y de agua. Cuando la lluvia se disipa se empiezan a ver las estrellas junto a los mismos montes. Y confundo un pueblo con una estrella. Es la luz de Carataunas. Estoy ya otra vez en la Sierra de Lujar. Dentro de unos instantes habremos llegado a las puertas de Orjiva. He tenido que volver a donde empecé. Son las bromas de esta tierra.

EL HAZA DEL LINO

Por el camino del Haza del Lino vuelvo a Albuñol. Aquí están lo que aún se llaman las «Herillas del Rey», y aquí prepararon un banquete cuando iba a venir Don Alfonso XIII, que quería conocer la tierra de don Natalio. Pero el Rey no pudo pasar de Orjiva. Por todo este camino que se le llama la Sierra del Aire se levantó su peculiar viento y volcó los primeros coches que se aventuraron a explorar cómo se presentaba el vendaval para que pasara el Rey. En este camino también. La Venta de las Tontas, que es un apeadero del pueblo de Rubite, y después, Sorvilán y Albuñol.

Y aquí ya no me dejaron ir a la fonda. Una sobrina nieta de don Natalio, Adela Fernández Rivas, que se enteró que yo estaba allí, vino y me llevó a hospedar-me en la casa de su abuelo, que es donde ella vive. No nos habíamos visto desde pequeñas en tierra de Africa. Nos reconocimos



Don Segismundo Moret (en el centro) cuando visitó Albuñol.

más por la voz que por el rostro. El hermano de don Natalio se llamaba Juan y era pintor; el otro, Luciano, y era deán de la catedral de Sevilla. En uno de los cuadros de don Juan Rivas he podido ver una de las costumbres típicas de este pueblo. Representa una barbería y un hombre que toca la guitarra delante de los clientes, y esta era la costumbre para que no se aburrieran. En cada barbería, además de los barberos, el maestro tocador.

Pero yo tengo que seguir y dejo esta amable casa donde me han albergado, para continuar. Y bajo ya hasta el mar. Llego a La Rabita. Luminosa y simple donde dicen que los pescadores viven como en tiempos de San Pedro. Y donde no les cabe a la gente el corazón en el pecho. Esto es plena Costa del Sol, pero es tierra alpujarreña, sin embargo. La Rabita, con sus torreones y fortalezas del tiempo de Felipe IV, tiene una acabada estampa castrense que contrasta con las redes puestas a secar y las viejas barcas. Aquí todo es marmero y hasta la fonda se llama de Don Vicente el Contraamaestre. Tiene una emisora parroquial de 10 vatios. Cuando yo la veo son las nueve de la noche. El párroco un sacerdote muy joven, abre la emisión: «Transmitimos en onda corta de 40 metros. Que la paz del Señor sea siempre con vosotros». La casa parroquial está en la misma playa. Sólo unos diez metros de distancia del mar y se le siente un poco bravo hoy.

La Rabita de noche y a la orilla de su mar tiene un aire de misterio. Pueblo propicio a los alijos, la Guardia Civil hace servicio constante de vigilancia. Por la noche, las rondas se fuerzan frente a los acantilados y las playas. No se les ve. Pero ellos están allí y en cualquier momento gritan seguros:

—¡Alto!

En la Rabita toda la gente toca algún instrumento musical. Y no hay pescador que no toque la bandurria, la guitarra y hasta el violín.

UN HOMBRE Y SU PASADO

Y aquí en La Rabita está la bodega del boticario que exporta a toda España el vino alpujarreño de la Costa. En esta bodega, famosa entre los entendidos, todas sus soleras son de cien años. Y aquí en La Rabita conocí a Basilio, un marino del Zar, que vive como un ermitaño. Pregunté por él y me encaminaron.

—Vaya a primera hora de la mañana a la playa, que es cuando vienen de pescar. El va en la barca que se llama «Manuel» y que es de Isabelilla «La Muerte».

Cuando llegué ya cada propietario esperaba su barca. Isabel «La Muerte», que por paradoja es una mujer oronda, vino hacia mí:

—Ya me han dicho que viene usted en busca de Basilio. Sabíamos que tarde o temprano esto llegaría. Pero es tan bueno que lo vamos a sentir. ¿Se lo llevará en seguida?

Si la cosa no hubiera sido tan

trágica yo hubiera prorrumpido en carcajadas. A mi alrededor un corro de mujeres murmuraban:

—Es su hermana, es su hermana...

Lo comprendí todo.

Isabel seguía diciendo:

—El siempre nos hablaba de su hermana pequeña a la que quería tanto... Pero es un santo, un verdadero santo. No le puedo pagar un jornal en la barca. Sólo toma el pequeño puñado de pescado que se comerá en el día y nada más. Duerme en una gruta de las rocas. Pero en la gruta tiene libros. ¡Qué cosas...!

Y no me dejaron explicarles nada. Cuando la barca se acercó y el ruso no me reconoció, ellas se quedaron defraudadas. Cuando lo llamé vino y frente al mar con su ropa rasgada de gabagote me hizo saludo con el aplomo y finura de quien fue mucho en la vida. Se inclinó sobre mi mano y me la besó, naturalmente, cortesanamente. Alto, tostado por todos los aires, con el pelo ya canoso, él me habló:

—Eramos muchos miles de hombres. De la Marina cinco mil y del Ejército más de treinta mil. Pero no lo diga usted a nadie. Se lo cuento para usted sola. Salimos por el mar Negro en cientos de barcos y llegamos a Turquía. Nos internaron. Después salimos. Yo fui al África francesa. Trabajé de colon. El paludismo me destruyó. Fui marinero en varios barcos. Arribé a Almería una vez y desembarqué. Los barcos me daban más nostalgia. Eché a andar camino de Málaga, donde me dijeron que había un médico ruso que ayudaba a los compatriotas. Pero al pasar me quedé aquí. Me pareció esto el paraíso de la paz. No quise saber más de nada y aquí estoy. Ya más de treinta años. Toda la gente del pueblo son como mi familia. Cuando se me rompe la ropa me regalan otra y me la hacen poner a la fuerza... Es admirable esto.

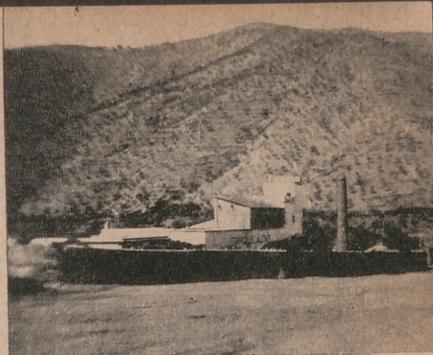
Y en los ojos de Vassilli, Basilio para los pescadores, hay un brillo de lágrimas.

—¿Volverá a Rusia algún día?

—Si aquello cambiara, claro. No sé lo que habrá sido de mi madre y de mi hermana. ¡Pobres...!

TIERRA DE TROVADORES Y MILLONARIOS

Unos kilómetros más arriba, asentado en un cerro frente al mar, Huarea. Y Huarea, pueblo de quinientos habitantes, con casas recién construidas y lujosamente amuebladas, donde cada cabeza de familia tiene tres o cuatro millones, por obra y gracia de los nuevos cultivos con arena que les proporcionan varias cosechas de hortalizas al año que exportan a Madrid y cuyos hijos todos estudian carreras en un pueblo feliz. El pueblo de la juglaría. Aquí todo el mundo es poeta. Poetas que improvisan a medida que hablan. Trovan los mayores y trovan hasta los niños. La gente si es menester, le contestan a una en verso. Y hay la llamada «Escuela de Trovado-



El famoso Cerro del Gato. Sus viñas producen el mejor vino de la costa



La buganvilla en Albuñol se desborda por los tejados



Albondón, un pueblo que produce 80.000 arrobas de vino

res», que funciona con todas las de la ley. En las noches de los días de fiesta y con luna viéndose allá abajo el mar, se organizan al aire libre unos juegos de versos y decires poéticos que rianse ustedes de fiestas de la poesía y de recitales poéticos de café. Todo es tan asombroso, que yo estaba como atontada en esta Arcadia Feliz. Y muchas veces me contestaron a mí en verso. Con Huarea he llegado al confin de la Alpujarra granadina.

Un poco más de camino y estoy ya en Adra. De aquí pasaré a Berja y de Berja a la Alpujarra almeriense. Pero de lo que allí vea ya hablaremos, Dios median- te, en otra ocasión.

Blanca ESPINAR.

EL PUNTO DE PARTIDA

Por Alberto INSUA

MIENTRAS el Monasterio de Santa María de La Rábida atrae a los historiadores y los turistas de todo el mundo, por entenderse que es la «cuna del Descubrimiento», Palos, la patria de los Pinzones, sin cuya colaboración no hubiera podido realizar su empeño el Gran Almirante, recibe apenas la visita de los investigadores de los orígenes y los episodios fundamentales de la portentosa aventura. Para los que no intentamos disminuir la gloria de Colón, pero sí repartirla «equitativamente» entre él y los Pinzones, y sobre todo con Martín Alonso, el visitar La Rábida sin detenerse en Palos, resulta algo así como un delito de lesa Historia.

Según el padre Angel Ortega, en su excelente biografía de La Rábida, Palos, por su desinterés, lo dió todo: «El apoyo y la generosidad de los Pinzones, la audacia de sus marinos, la fe y confianza de todos en la empresa del Descubrimiento». Y, lo repito, mientras La Rábida es considerada como el más importante entre los lugares llamados, con excesiva latitud, colombinos, Palos, que le ganó en eficacia, que fué el punto de partida de las naos descubridoras, es hoy un pueblo humilde, casi olvidado y, al parecer, en decadencia irremediable.

* * *

En mi última peregrinación a esos lugares, me detuve ante la estatua de Martín Alonso Pinzón, erigida en la plaza principal del pueblo, y conversé con ella. ¿Cabe conversar con las estatuas? En su inmovilidad, las estatuas permanecen mudas, y quienes les hablan no emplean otro lenguaje que el espiritual del pensamiento. Y yo le dije a la imagen de este altísimo y glorioso héroe hispánico: «Sí, en blanca piedra, que en esta hora meridiana resplandece al sol, estás representado en el centro de tu Palos nativo. Pero yo entiendo que mereces más. Tu efigie debería multiplicarse por los ámbitos de España y de ese Nuevo Mundo que sin tu intervención hubiese tardado en descubrirse o sido descubierto de otro modo. No se te ha conferido toda la gloria que te corresponde, tan pródigamente concedida a tu insigne colaborador. Contabas, cuando lo conociste, unos cincuenta años de edad y eras —tu estatua lo proclama— un hombre de complexión recia, de miembros bien dispuestos y de semblante noble. Eras un gran marino y persona instruida. Estabas informado de todos los descubrimientos y viajes de exploración y mercantiles de tu tiempo. Sostenías relaciones con un cosmógrafo de Roma, bibliotecario y familiar del Papa. Te habías distinguido por mar en la guerra con los portugueses. Y cuando llegó el extranjero y te buscó, porque sin ti su empresa haríase difícil y acaso imposible, tú ejercías el comercio con Guinea, las Canarias y el litoral mediterráneo. Eras ya rico, dueño de barcos, y tu fama de patriota y espíritu generoso no la discutía nadie.»

Me pareció advertir en la estatua una sonrisa de modestia. Pues si el hombre hubiese sido vanidoso y orgulloso no habría aceptado tan fácil y abiertamente la colaboración con el otro y su jefatura bajo la insignia de almirante. «Pues —continué mi monólogo— de los ciento veinte hombres enrolados en las tres carabelas, ¿cuántos enrolasteis tú, Martín Alonso Pinzón y tu hermano Vicente Yáñez? En Palos no se conocía a Colón. Era natural que no inspirase confianza a la gente marinera, que, en vosotros los Pinzones, la tenía absoluta. El ya nombrado almirante te fué presentado por fray Juan Pérez, su confesor y consejero en La Rábida. Y ello bastó para que tú pusieras todo el entusiasmo y la vehemencia de tu corazón en la gran aventura del Descubrimiento. Llega el viernes 3 de agosto de 1492 y «media hora antes de la salida del sol» es el momento elegido para que zarpen las tres carabelas del puerto de Palos, entonces franco y espacioso, y pasen frente al monasterio de La Rábida, desde donde los frailes las sa-

ludan y rezan por su feliz transcurso de la Mar Tenebrosa y su arribada a las Indias incógnitas. Tú vas en la «Pinta», de que eras condueño; tu hermano Vicente en la «Niña», propiedad de Juan Niño, vecino de Moguer, y el Almirante en la «Santa María», cedida por Juan de la Cosa, cartógrafo notable, marino del Cantábrico y otro de los actores y héroes del «portentoso, hallazgo». Y todos tres, los pilotos de las naos, tan pequeñas, tan frágiles, al pasar frente al monasterio, en el instante de virar en la confluencia del Odiel, a medio desplegar el velamen, arrasados los ojos en lágrimas de fe y de esperanza, puestos en pie, os encomendáis a la Virgen de los Milagros, en tanto resuenan jubilosas las campanas del monasterio. Y son la «Pinta» y la «Niña» las primeras en tomar el rumbo de Occidente hacia el «Plus Ultra». Y yo me pregunto, Martín Alonso, ¿por qué, puesto que sin ti y según los testimonios de Bartolomé Colón y el padre Las Casas, «las nuevas tierras no habrían sido descubiertas», no tienes todas las estatuas que mereces? ¿Que no te importa? ¿Hay que venir a Palos a saludarte, a reverenciar-te, a hacerte justicia?

Y entonces creo ver en la estatua una segunda sonrisa. Ahora de conformidad. ¡Sublime este prócer y glorioso personaje del Descubrimiento! Del cual, que yo sepa, ésta, tan sencilla y recatada de Palos, es la única estatua ante la cual se detienen tan sólo algunos historiadores amigos de la verdad, de la equidad, de dar «a cada cual lo suyo». Y algún soñador como el que ha pensado todo esto frente a la estatua de Martín Alonso Pinzón en su plazoleta de Palos, donde blanquea al sol y se hace de plata en las noches de luna del —¿por qué no decirlo?— su pueblo natal, casi ignorado, mientras La Rábida, con su monasterio perfectamente restaurado, con sus salas que atesoran reliquias de la epopeya, con las pinturas de Vázquez Díaz que se admiran en uno de sus aposentos, con sus encantadores jardines, las obras de arte de su iglesia y sus flamantes Universidad de verano y hostería, atraen a los estudiosos y curiosos de todo el mundo.

* * *

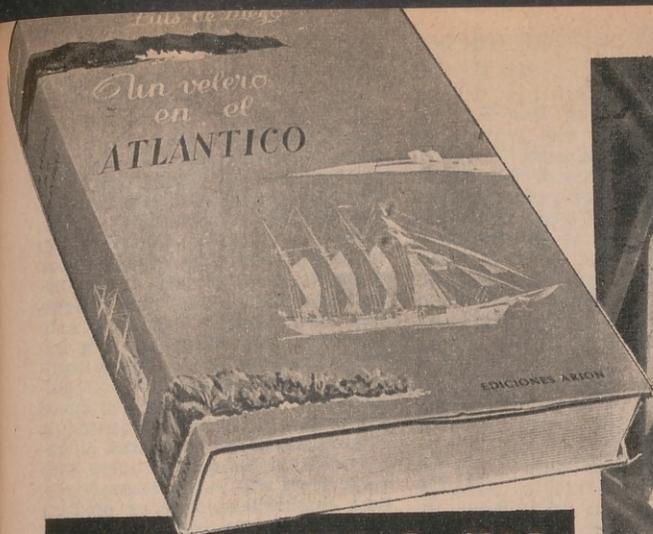
¿Por qué este olvido de Palos? El lugar donde prácticamente, físicamente, se inicia la empresa del Descubrimiento sigue estando en esta ciudad, hoy silenciosa y humilísima. Aunque su vecindario actual es harto menor que el de Moguer —«ciudad de moros», en otros tiempos aventajó a ésta en su número de almas, que en la época de Colón eran unas 2000. Disponía Palos de hermosos edificios, de una famosa calzada en su puerto, del palacio condal, del castillo —que medía 40 varas en cuadro—, con una torre artillada en cada ángulo y una barbacana y muro avanzado que servía de defensa. Su puerto era el primero del cabotaje en toda la región del sur de la Península.

En la actualidad no queda ni rastro del castillo. Subsiste su iglesia, bajo la advocación de San Jorge, y que, no obstante las modificaciones y reparos de su fábrica, en el transcurso de los siglos, conserva sus trazos esenciales. En ella fueron bautizados los marinos del Descubrimiento y están enterrados muchos de ellos; en ella oraron los Pinzones y Colón en la hora de su partida. Su Puerta de los Novios es preciosa, sólo comparable a la de Santa Paula, de Sevilla. Es monumento nacional. Y debiera serlo también la Fontanilla, la fuente mudéjar en que hicieron aguada los tripulantes de las carabelas y que hoy está en ruinas y con su manantial exhausto. Es un dolor.

Son muchos los motivos de dolor y de reflexiones tristes en Palos de la Frontera. Su puerto, que es el punto exacto de donde partieron las carabelas, aparece hoy cegado por los aluviones de arena, convertido en marisma. Se supone —no existe la seguridad— que una de las antiguas casas de Palos, que se muestra al visitante, fué la natal de los Pinzones.

Esto es todo. ¿Por qué la atención y veneración, justísimas, que merece La Rábida no alcanzan sino en parte exigua a Palos de la Frontera?

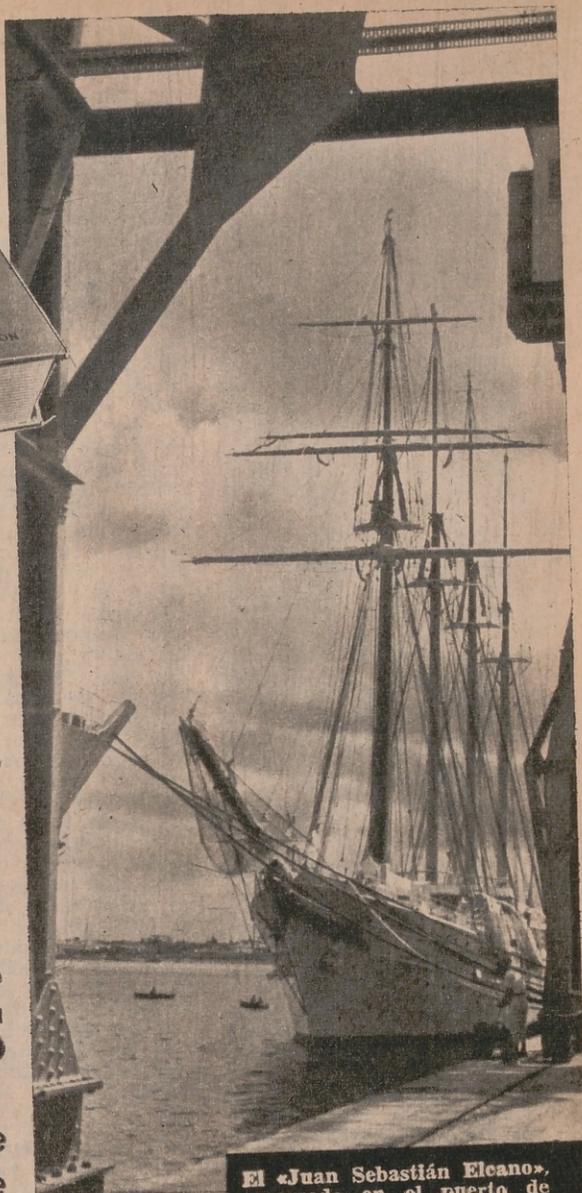
Formulo la pregunta con emoción patriótica. Y espero la respuesta de quienes tienen autoridad para hacerla.



UN VELERO EN EL ATLANTICO

HOJA DE RUTA DEL
CAPITAN LUIS DE DIEGO:
1.175 SINGLADURAS
POR MARES Y PUERTOS
DE TRES CONTINENTES

El paso del Ecuador tiene algo de romería campestre



El «Juan Sebastián Elcano», amarrado en el puerto de Bahía



Delante del Pan de Azúcar, en Río de Janeiro

DON Luis de Diego es, ante todo, hombre puntual. Alto, camisa blanca, corbata negra y, en la bocamanga de su impecable uniforme azul, galones de 14 milímetros sobre fondo blanco, distintivo de capitán de la Armada, y un sol dorado. Capitán del Cuerpo de Intendencia de la Armada española.

La entrevista, en una pequeña saleta del número 11 de la cuesta de Santo Domingo. Son en punto las cuatro de la tarde. Luis de Diego acaba de publicar un libro que lleva en su portada azul el título de «Un velero en el Atlántico». Un libro atractivo, de lectura amena y sugestiva, donde la observación estruc-

pulosa y la plasticidad de las imágenes se revisten a veces con el ropaje de una poesía sencilla y tierna. La descripción exacta va siempre de la mano de la evocación sentimental, del recuerdo grato o de las horas difíciles y los ratos alegres e inolvidables por tierras y puertos de tres continentes. A lo largo de las 348 páginas, Luis de Diego nos lleva por aguas y tierras desconocidas: desde Cádiz y Marín hasta Buenos Aires, Nueva York, Ciudad del Cabo, pasando por los trópicos y los mares australes; puertos de Cuba y Santo Domingo, Bahía, Río de Janeiro y Cartagena de Indias, Pernambuco, La Habana, Boston, Santa Elena, Dublín, Monrovia... En la hoja de servicios a la Marina de guerra el capitán don Luis de Diego tiene registradas 1175 singladuras y «algunos malos ratos».

—«Un velero en el Atlántico» pretende ser un libro de viajes. Luego, sonriéndose, añade:

—Tengo mis dudas de que no se haya quedado más que en un proyecto.

El buque donde este libro se escribe, donde el autor va tomando sus apuntes, sus impresiones viajeras, es «Juan Sebastián Elcano», uno de los últimos veleros que hoy cruzan los mares y escuela y aula donde se han formado y siguen formándose nuestros marinos de guerra.

—«Elcano» fué botado al agua el 5 de marzo de 1927 y entregado a la Marina de guerra en agosto de 1928. Ha dado dos veces la vuelta al mundo y otras tantas ha doblado el Cabo de Hornos, visitando en su ruta cuantos puertos un poco decentes figuran en el mapa. Al cumplir sus veinticinco años tenía ya en su haber cerca del medio millón de millas. En «Elcano» han aprendido a conocer la mar, a quererla la mayoría de los actuales jefes y oficiales de la Armada.

—¿Cuándo se despertó en usted la vocación por el mar?

—Creo que no tuve vocación hasta la víspera de ir a la Escuela Naval. Al terminar la guerra y estando en Madrid le pregunté un día a mi hermano Agustín qué podría ser yo. El fué quien me dijo que si me agradaba, podría ser marino. Entonces había cumplido yo los diecinueve años.

CINCUENTA MIL MILLAS Y 16.560 HORAS DE MAR

En Luis de Diego la vocación del mar es hoy tan fuerte como su afición o su vocación por la pluma. Cuando le pregunto si recuerda cuándo sintió por vez primera esta afición por rellenar cuartillas me responde:

—No lo sé. Yo creo que siempre, pero conste que jamás gané ningún premio por las redacciones en el colegio.

El autor de «Un velero en el Atlántico» viene de familia de militares. Nace en Oviedo el 18 de noviembre de 1919. Sus primeros estudios los hace en el colegio de San José, en Salamanca, y para don Antonio Blázquez Madrid, entonces director. Luis de Diego tiene hoy, con sus recuerdos, palabras de inolvidable gratitud. De Salamanca a El Escorial. De aquí es su madre y aquí es trasladado su padre, que entonces es ya coronel del Ejército. En el colegio de Alfonso XII, de los padres agustinos, Luis de Diego aprende tres cosas importantes: aprende a estudiar, jugar al fútbol y a correr y saltar por los montes.

—Lo segundo me gustaba más que lo primero, aunque mi padre me repitió muchas veces que debía ser todo lo contrario. De lo último, de andar por los montes, me queda todavía una gran afición.

Cuando se presenta al Cuerpo General de la Armada, Luis de Diego siente por vez primera el sabor del fracaso. No le han suspendido en el examen de las asignaturas. En el reconocimiento médico el joven aspirante ha acusado daltonismo. Confunde el rojo con el verde y... es una confusión lamentable. Sin embargo, como su vocación por la Marina es auténtica, se presenta al Cuerpo de Intendencia, donde el cuadro del reconocimiento médi-

co es menos exigente. En 1941 ingresa en la Marina, y después de los estudios en San Fernando embarca por vez primera en «Elcano» como alumno.

Cincuenta y cuatro días en el mar son decisivos para su vocación literaria. Como no puede jugar al fútbol ni saltar por el monte dedica las horas libres a rellenar cuartillas. Hace un diario de todo el viaje. Cuando ya de vuelta un tío suyo que conoce su afición a la pluma le pregunta si ha escrito algo, Luis de Diego le entrega un mamotreto de cuartillas donde se reflejan las incidencias y las impresiones de aquel viaje.

—No le podría decir cuál fué mi asombro cuando, al cabo de unos días leí en un periódico de Madrid un trozo de mi diario. Otro día se publicó un segundo trozo, y así hasta seis. Cuando se publicó el sexto recibí una carta del director del diario invitándome a que le visitase. Me dijo que podía escribir en su periódico cuando quisiera y me dió un recibo para que cobrase en caja. Eran las primeras 900 pesetas que me daba la pluma.

Dos años más tarde Luis de Diego hace su segundo viaje como alumno en el minador «Negatuno», y desde alta mar sigue escribiendo sus crónicas, que envía desde todos los puertos.

«Un velero en el Atlántico» recoge la mayor parte de las crónicas escritas por Luis de Diego entre enero de 1953 y julio de 1955. Cuando el capitán del Cuerpo de Intendencia de la Armada sale de «Elcano», en septiembre de 1955, es destinado en Madrid a la Dirección de Material del Ministerio de Marina.

En los tres viajes que las 348 páginas del libro relatan hay 50.000 millas y 16.560 horas de mar.

RIO, BAHIA, COPACA- BANA...

—«Un velero en el Atlántico», ¿es exactamente un diario?

—Sí, siempre y cuando que el que escribe no se considere la parte más importante de este diario. Es decir, un diario impersonal, aunque no siempre lo haya conseguido.

—¿Cuándo escribía usted?

—Siempre por la noche. En los barcos se cena pronto. Desde las ocho de la tarde hasta las once de la noche solía yo encerrarme en mi camarote para pasar al cuaderno los apuntes del día. Sin la ayuda de mis compañeros de cámara, que siempre que tenían algo que decir me lo decían a mí, no hubiera yo podido escribir este libro.

El primer viaje que el libro relata comienza exactamente en el domingo 1 de febrero de 1953. La orden de partida dice: «A las dieciséis horas el barco estará arranchado y listo para salir a la mar.» Por delante, ciento treinta y cinco días en la mar y veintisiete en puerto. El tiempo apuntaba bueno, y en pleamar «Elcano» sale de La Carraca.

Me interesaba saber cómo es la vida de un guardia marina a bordo del buque-escuela. De antemano me imaginaba que no sería precisamente un ejemplo de vida

fácil y descansada. Luis de Diego la resume en estas palabras:

—A las seis y cuarto de la mañana, diana. Tres cuartos de hora para ponerse presentable y desayunar. Estudio hasta las ocho y cuarto, en que comienza la revista. Después observación del sol con el sextante y cálculo de los datos obtenidos hasta las nueve. A partir de esta hora, el guardiamarina asiste a dos clases seguidas, hace gimnasia y observa la meridiana del sol. Almuerzo y descanso durante una hora mal contada. Luego trabaja el diario problema de la situación del buque y transcribe los acaecimientos de la singladura a su personal de navegación. A las quince horas, otra clase y en seguida, vestido de mono y calzando alpargatas, practica la maniobra de vela—subir a los palos, virar por delante o redondo, aferrar y largar a velas—durante una hora. Otra clase antes de observar en el crepúsculo vespertino para hallar una nueva situación, que calcula entre la ocho y las nueve de la noche. Si el guardia marina ha alojado en alguna asignatura, tiene un estudio hasta las diez. Entonces suena el largo y apetecido toque de silencio que lo mete en la cama... si no está de guardia. En turnos de cuatro horas cada día, el guardia marina ha de montar los siguientes servicios: puente, cubierta, interior, cuartelero en el alojamiento de guardias marinas y derrota. Como ve, no hay tiempo de aburrirse.

Desde que el «Elcano» dejó atrás el puerto de La Carraca hay un momento deliciosamente esperado por toda la tripulación, por guardias marinas, jefes y oficiales. El momento en que un cañonazo anuncie que la proa del barco está a punto de cruzar la raya del Ecuador.

—A mí me costó una caja de Fino La Riva. El disparo de uno de nuestros pequeños cañones de saludo señala el preciso segundo en que la proa corta el Atlántico Sur. La antigua broma de que el Ecuador es una raya visible cobra vigencia en la toldilla donde nos reunimos los oficiales. La fiesta del Ecuador tiene algo de romería campestre, por la gran comilona al aire libre, la pegajosa bota de vino corriendo de mano en mano, la gaita y la siesta de sobremesa para facilitar la digestión. Luego el cante, el bullicio y la alegría. El buen humor ha sido siempre una nota muy característica del marinerío.

Tenerife, Río de Janeiro, Bahía, Ciudad Trujillo, Nueva York, Dublín y Marín. Son los puertos adonde el «Elcano» ha arribado en este primer viaje. Río de Janeiro es el primer puerto extranjero. Después de treinta y cinco días de mar, al caer la noche se llega a Cobo Frio, y hay que esperar para estar a las ocho de la mañana a la entrada de la bahía de Guanabara. Dos corbetas brasileñas iluminan con sus proyectores la silueta del «Elcano». En los apuntes de este día, don Luis de Diego ha escrito sólo estas palabras: «En pie a las cinco de la mañana.» Atrás ha quedado la mole de piedra del Pan de Azúcar y de frente se divisa Copacabana.

—Copacabana es un barrio, una ciudad de trescientos cincuenta mil habitantes en la afueras de

la bahía de Guanabara. En Copacabana vive gran parte de los cariocas. La abandonan muy de mañana para dedicarse a su trabajo en el centro. Alguien ha dicho que es el pulmón de Río. Es también donde Río enlaza con el Viejo Mundo, donde recibe en cada ola que llega el aliento de Europa. Porque aunque los barcos viertan en el puerto a media hora de aquí sus pasajeros, su carga de moras, de costumbres, de vicios, es Copacabana quien al cabo lo recoge todo, lo digiere y se contagia. La playa es larga, no muy ancha, cortada de pronto por el escalón de la avenida Atlántica, y en seguida por el muro de edificios de altura uniforme que dejan de trecho en trecho lugar para algún que otro chalet. El bañista y el paseante de la avenida, el maillot y la camisa tropical están separados sólo por un salto de apenas medio. De ahí que se fusionen despreocupadamente y que con frecuencia tenga uno que ceder la acera a los bikini. Es una de las más bellas y peligrosas playas del mundo. El Atlántico rompe ensordecedor y retrocede sembrando de mortales trampas de resaca esas zonas donde en cualquier otra playa suelen bañarse los niños. Nadie se aventura a más de 30 metros de la crilla, cuando la señal de peligro flamea en los mástiles de las casetas de socorro.

Después, cuarenta y ocho horas en Bahía. Un recorrido por algunas de sus 120 iglesias y una parada detenida al templo de San Francisco, «la iglesia de cro».

—De esta iglesia se me quedó clavada una honda impresión: en los bancos, charlando en voz alta, había muchos hombres. Ni una sola mujer con la cabeza cubierta. El templo es una plaza de asientos gratuitos, donde se discute, se cuentan sucedidos graciosos, se pasea al desgarro y excepcionalmente se reza.

TRES RECUERDOS INOLVIDABLES

De Bahía a Ciudad Trujillo. «Elcano» dispara sus cañonazos de saludo a la plaza y atraca frente a la puerta de San Diego que comunica la ciudad con el muelle, junto al viejo castillo residencial de Diego Colón.

—Ciudad Trujillo es una ciudad que ha surgido de las manos del Generalísimo Trujillo. El la reconstruyó cuando fue arrasada por el ciclón de 1930. Sus calles son limpias, de ciudad americana, y sus casas, bajas. Los dominicanos, al menos los de la capital, hablan un español cantado, parecido en mucho al de Canarias, rico de palabras, que nosotros hemos ido olvidando, y que, al oírlos tan claras, aforamos un poco.

El primer viaje está a punto de terminar. Quedan Nueva York, Dublín y otra vez España.

—Pensábamos entrar a vela en Nueva York, lo cual, para la ciudad monstruosa hubiera sido insólito espectáculo. Capaz de movilizar nubes de periodistas y fotógrafos de Prensa, cine y televisión. Pero el viento de proa nos lo impidió, retrasándonos de paso un par de horas. Atracamos a las cinco y media de la tarde en el muelle 26 de la U. S. Navy, en

El capitán de Intendencia de la Armada don Luis de Diego, autor del libro «Un velero en el Atlántico»

North River. Al otro lado del muelle había un portaaviones de escolta. Los norteamericanos miraban a «Elcano» con asombro: asombro de sus palos de otro siglo, de sus líneas de balandro andariego, de su blancura, de ese su aire de ave marina que vino a posarse en el gris impecable de la isla de Manhattan.

Es otra tarde, y son también las cinco y media en punto. El buque-escuela «Juan Sebastián Elcano» está parado a quince millas de Dublín. Neblina en abundancia, mar llena y un sol que lucha por infiltrarse a través de la niebla. La estancia en la capital de Irlanda no es muy larga. Queda por delante ya la última travesía en un viaje de 15.500 millas.

A medianoche se pisa tierra española. Los guardias marinos son ya alféreces de fragata. El «Elcano» les ha dado ya el espaldarazo, las ha armado caballeros y ha confirmado su alternativa de entendidos en mar y en servicios, llenando de singladuras inolvidables sus diarios de navegación. De Cádiz a Marín, pasando por América. La última etapa del viaje tiene otra vez su punto de destino en el mismo punto de salida.

El radiotelegrafista transmitirá a Madrid el más breve de todos sus mensajes: «A 12,00 horas amarre en Cádiz, sin novedad.»

En el libro de Luis de Diego hay dos partes más que recogen sus impresiones y sus relatos por nuevas rutas y catorce puertos de América y de Europa no nombrados en las páginas que dedica a su primer viaje.

—¿Cuál ha sido la impresión más fuerte que usted ha experimentado a lo largo de sus viajes?

Luis de Diego no piensa la respuesta. Sus impresiones deben estar muy clavadas en su recuerdo, y echa de ellas mano con facilidad:

—Tengo tres impresiones inolvidables: la primera, la despedida que nos hicieron en Buenos Aires el día 1 de enero de 1954. La segunda, el hecho de haber navegado desde Buenos Aires a Ciudad del Cabo a un promedio de diez nudos por los rugientes 40 grados. Es la zona más velera del mundo y era maravilloso navegar por allí a solas con los albatos, que son como gaviotas gigantes, y por el mar más solitario del mundo. Mi tercera impresión, que nunca olvidaré, fue la visita a Santa Elena, el conocer el sitio donde vivió y estuvo enterrado Napoleón. Mi admiración por Napoleón viene a que siempre he admirado a los grandes solitarios.

ADIÓS, «ELCANO»

El último capítulo. Luis de Diego lo dedica a la despedida. Se titula: «Adiós al «Elcano».

Me dieron un papel que decía: «Notado y cumplido, desembarca hoy día de la fecha». Después un apretón de manos. Lugar, el cuarto de derrota, donde tantas veces la carta del Atlántico me dijera dónde estábamos.

Los últimos renglones de la última página están llenos de nos-



ta y de recuerdos. El lirismo profundo de sus frases y la auténtica tristeza que reflejan sus palabras me hacen caer en la tentación de transcribirlos. Dicen así:

«Yo voy a echar de menos, viejo y querido «Elcano», entre tus muchas gracias tu silencio. No porque lo he perdido sin remedio, sino porque me llevo su sabor en el alma y una como costumbre de vivir en su ámbito, de saberme a la vez dentro y fuera del mundo. Sí, voy a echar de menos tu silencio. Tú... seguirás tu vuelo tu callada vigilia de gaviota, capitán de ti mismo, escorado fantasma blanco, seguro y solo. Dos veces solo, porque nadie se te parece y porque tus hermanos, los que te precedieron en vela y en vigilia, han muerto para siempre. Viejo y querido «Elcano».

Al comenzar la entrevista, Luis de Diego apuntaba que tal vez su libro se hubiera quedado sólo en el proyecto de un libro de viajes. Ahora, cuando se llega a la última página, cuando ha pasado ante nuestros ojos, como en una amplia pantalla cinematográfica, los mares y los puertos de esos tres continentes, el lector sabe que aquel proyecto se cumplió. Y se cumplió con todos los cánones y todas las reglas del más exigente código para libros de relatos viajeros.»

Ernesto SALCEDO
(Fotografías de Mora.)

EL ULTIMO EXPLORADOR DEL MUNDO

RICHARD EVELYN BYRD AÑADIO AL MAPA MÁS UN MILLON DE KILOMETROS CUADRADOS DE TIERRA DESCONOCIDAS

UN HOMBRE QUE VIVIO SOLO DURANTE CINCO MESES CERCA DEL POLO SUR

—¡CHARLES, Bill! En nombre de Dios, ¿no vendrás nunca?

Las palabras balbucientes flotaban en el aire. O no tenían fuerza, o algo fallaba en el transmisor. Un hombre moribundo, acurrucado entre pieles, yacía en un camastro. Oía, pero no podía hacerse oír.

—¿Estás enfermo? ¿Estás herido? ¡Contesta, Richard, por favor, contesta! Poulter está ya sólo a veintiuna millas. Va a por ti. ¡Contesta!

Intentó responder al mensaje, que sólo entendía a medias, pero sus brazos y sus piernas no le respondían. Su voz apenas era un susurro, un leve movimiento de los labios. Su cuerpo exhausto era incapaz de obedecer los esfuerzos por incorporarse y aproximarse a la radio.

—¡Me volveré loco de frío y de dolor!

pudo aún paladear el ser rescatado con vida.

Ha sido ahora, en Boston, en el barrio de Hill, donde a las 6.20 del día 12 a los sesenta años de edad, ha sufrido un ataque cardíaco el último explorador moderno, que más un hombre real de carne y pápala era un personaje de la imaginación de Julio Verne.

A su lado se encontraba su esposa, sus cuatro hijos, el doctor Paul Dudley White, el obispo que atendió al Presidente Eisenhower. Sus amigos que se ha matado él mismo, tres años a esta parte no se tomado ni un solo día de reposo. Estaba preparando una expedición al Antártico por orden de la Marina de los Estados Unidos.

SUS EXPEDICIONES POLARES

Richard Evelyn Byrd nació el 25 de octubre de 1888 en Chester (Estado de Virginia), descendiente de una familia distinguida de la historia de los Estados Unidos.

zo honor a ella con su personal participación en las dos guerras mundiales. Su padre ocupó cargos políticos de importancia. Su hermano Harry fué gobernador de Virginia y posteriormente senador, Tom, su otro hermano, se distinguió por su heroísmo en la primera guerra mundial.

«Dick», como se le llamaba familiarmente, marchó a los diez años de edad a Manila invitado por una familia amiga. Desde allí su ansia de aventuras, ya desde niño, le llevaron a seguir hacia Occidente, hasta dar la vuelta al mundo. Su gesta tuvo gran difusión mundial. Los periódicos publicaron el diario de su viaje en el que el precoz muchacho anunciaba ya su propósito de viajar al Polo Norte, dibujando incluso los aparatos que pensaba utilizar en la aventura.

Ingresó en la Academia Naval de Annapolis (Maryland), de la que salió destinado a una base yanqui, en la que permaneció desde 1912 a 1916. Se hizo piloto aviador en la base aeronaval de Pensacola siendo destinado posteriormente a la vigilancia aérea de la zona subártica, en donde permaneció durante la primera guerra mundial.

En 1919, capitaneando una escuadrilla de aparatos intentó la travesía aérea del Atlántico Norte—cuyos gastos de expedición corrieron a cargo de Edsel Ford—, pero no pudieron pasar de Terranova, debido a la gruesa capa de hielo formada sobre los aviones.

Pero Byrd volvió a intentarlo, y partiendo del archipiélago de Spitzberg (Noruega) consiguió sobrevolar el Polo Norte. A su regreso a Nueva York le fueron concedidas la Medalla de Honor del Congreso y la Medalla de Oro «Hubbard».

Al año siguiente volvió en el avión «Josephine Ford», acompañado de Floyd Bennett, para hacer un recorrido de 1.600 kilómetros en más de quince horas de vuelo.

El 29 de noviembre de 1929 voló por primera vez sobre el Polo



El almirante Richard Evelyn Byrd en la época de sus más famosas exploraciones

Sur. Esta primera expedición fué financiada por Charles V. Borb, Jhon Rockefeller, Adsel Ford y el «New York Times». Le acompañaron en el viaje Bernt Balchen, Harold I. June y el capitán MacKinley. Recorrieron una extensión de 640.000 kilómetros cuadrados de territorios inexplorados descubriendo importantes regiones a las que llamaron «Edsel Ford Mountains» y «Marie Byrd Land»

y establecieron la base de «Little América». A su regreso a Norteamérica fué recibido triunfalmente y su hazaña le valió el ascenso a vicealmirante de la Armada. Su nombre alcanza el prestigio de Nobile, Admundsen, Peary y Scott.

En 1933 volvió a la Antártida, alcanzando la cima de su fama como explorador del Polo al permanecer solitario durante ciento



Una escena de la película documental Paramount «Con Byrd en el Polo Sur»



Richard Byrd seguía soñando con los Polos. La expedición que el próximo verano intentará el último asalto a la Antártida no contará ya con el famoso explorador



Byrd y sus compañeros en la aventura polar descansando durante una de sus exploraciones



Sobre el mapa, el almirante señala las zonas que han de ser exploradas

cincuenta días en una cabaña a más de 200 kilómetros de su equipo de hombres de ciencia que lo acompañaban.

En junio de 1939, Estados Unidos, Gran Bretaña, Noruega y Alemania discuten sus derechos sobre la Antártida. Byrd, nombrado comandante del Servicio Antártico de los Estados Unidos, recibió orden de efectuar una nueva expedición. Partió a mediados de noviembre y volvió a los cinco meses, dejando allí varios observadores en sus bases. Los trabajos topográficos revelaron muy valiosa aquella base como campo de obtención de minerales, particularmente cobre, molibdeno, manganeso y carbón.

Después de la guerra realizó una nueva expedición que recibió el nombre de «Operación High Jump». Fue la más importante expedición polar que jamás se haya hecho. Material moderno de todas clases, barcos, aviones... Al mando de la expedición, Byrd tenía que reunirse con otra dirigida por su lugarteniente Kinn Ronne e instalarse ambos en la Tierra de Graham. Su misión era recorrer toda la Pequeña América y la costa Sur del Pacífico, particularmente el polo magnético en la región de Victoria Land. Además de su carácter puramente científico, se trataba de buscar materias primas—petróleo, carbón—y minerales radiactivos, sobre todo uranio.

A los sesenta y siete años de edad—hace apenas uno—sobrevoó tres veces en círculos comple-

tos sobre el Polo Sur en un avión «DC-4» de la Marina norteamericana. Allí encontró un territorio lleno de hombres, cabañas, naves, aviones y jóvenes de la Marina y de la Aviación que festejaban su estancia entre ellos. Byrd solía decirles: «No olvidéis que esta base la fundé yo hace una treintena de años.»

PEQUEÑA AMERICA

Llegados al punto elegido para instalar el campamento en la expedición que Byrd realizó al Antártico en el año 1929, se procedió a la descarga de la impedimenta y al transporte de la misma. Acercando cuanto fué posible los barcos a las barreras de hielo lograron reducir a media docena de millas la distancia que era necesario recorrer sobre la superficie helada. Tras muchas peripecias, instalaron varios barracones donde habrían de instalarse los expedicionarios y varios huéspedes, totalmente nuevos en aquellas latitudes, como las vacas.

En tres semanas hubieron de transportarse cinco toneladas de víveres. Al mismo tiempo se procedió a instalar el «observatorio» donde Byrd había de pasar el invierno y la serie de puestos de víveres, cadena de aprovisionamiento, indispensables para las exploraciones de la primavera siguiente.

Cuando llegó el invierno, todo estaba en orden. Había nacido Little América. Una verdadera «ciudad». Para 46 habitantes ha-

bía clínica, biblioteca, observatorio meteorológico, puesto de radio, un taller de carpintería, otro de reparaciones mecánicas—la expedición llevaba cuatro aeroplanos y seis tractores—, una fábrica de electricidad, un taller de vestidos, teléfono y una granja con tres vacas y un toro.

El único accidente al material fué la pérdida del «Focke», que redujo a tres los aeroplanos. También poco después el autogiro que poseía la expedición, destinado principalmente a estudios meteorológicos, se estrelló al descender en la terrible llanura de hielo.

De las personas, sufrió el doctor Poulter un ataque de apendicitis y hubo que improvisar un quirófano e intervenirle.

«Los hielos perpetuos del Antártico—manifestó en cierta ocasión el almirante Byrd a un correspondiente de la «United Press»—podrían servir como de inmensa nevera para que el mundo, almacenando los sobrantes de producción alimenticia en los años de abundancia, no sufriera hambre en los de escasez. Quizá algún día se usen estas grandes masas de hielo con dicho fin.»

ERMITANO EN EL CONTINENTE ANTARTICO

La choza de Byrd construída a lo esquimal, contenía sobre todo aparatos de observación meteorológica y científico, un puesto de radio y una estufa de petróleo. Este medio de calefacción fué causa de un accidente que sembró la alarma en Little América; estuvo a punto de quitarle la vida y obligó a sus compañeros a salir en su busca y pelear angustiados con la noche polar y el tiempo inclemente hasta que a la tercera tentativa lograron ponerse en contacto con él.

Byrd se encerró en la choza el día 22 de marzo. Llegó en avión y advirtió a sus compañeros que, como era tan mal operador de radio, si no hablaba todos los días no se alarmasen. Todo fué bien durante dos meses, aunque la estufa de petróleo, mal construída, despedía gases que, poco a poco, minaban la salud del explorador. No había sido posible llevar carbón por dificultades de transporte y el retraso producido por un desembarco penoso. La gravedad del peligro surgió cuando el túnel de nieve donde estaba colocado el motor de gasolina de la radio se cegó y a las emanaciones del petróleo se acumularon las de la gasolina. La choza no contenía más que los aparatos y la estufa de petróleo. Los almacenes de víveres y el motor de la radio estaban colocados en túneles abiertos en la nieve contiguos a la choza.

Llegó un momento en que el explorador se dió cuenta de que se envenenaba lentamente. Entró en el túnel para parar el motor y sufrió un desvanecimiento. Desde entonces hasta que llegaron sus compañeros es imposible describir lo que fué la vida de Byrd. No podía encender la estufa más que un momento determinado de horas al día, porque corría riesgo de intoxicarse; no podía tampoco usar el motor, y para comunicar con Little América ponía en marcha el motor de la radio con la mani-



Sin el ferrocarril de valor del almirante Byrd no hubieran sido posibles los sensacionales descubrimientos de sus exploraciones

vela. Alimentarse era un tormento porque su estómago, envenenado por los gases, rechazaba cualquier manjar; pero era obligado comer con temperaturas de 50 y 60 grados bajo cero y la estufa apagada más de la mitad del día.

Sin embargo, resistió. Resistió y cumplió con el deber que se había impuesto de anotar las observaciones científicas registradas en sus aparatos. Decidido a permanecer allí e ignorante de si sus fuerzas no le traicionarían cualquier mañana, escribió diversas notas con instrucciones para los que fuesen a recoger su cadáver. En una de ellas recomendaba a sus gentes que prestasen a Ellsworth, el otro viajero de los mares antárticos en aquellos meses, toda la asistencia que fuese necesaria si llegaba la ocasión.

Hasta que se le acabaron las fuerzas para mover a mano el motor de la radiotelegrafía. Varios días de silencio llenaron de alarma a los del campamento central, que enviaron un tractor —volar era imposible en plena noche del Polo— a buscarle. Los primeros que salieron perdieron el camino y en medio de la tormenta hubieron de retroceder cuando ya habían recorrido 80 kilómetros. El viento y la nieve habían borrado las señales o habían derribado o sepultado las banderas indicadoras. Una segunda expedición no fué mucho más afortunada. Por fin una tercera dirigida por el doctor Poulter, logró llegar.

Encontraron al almirante tumbado en un camastro pálido y macilento, enfermo y en un estado desesperado de debilidad. No obstante, su robusto organismo le permitió rehacer sus fuerzas en seguida hasta el punto de que todavía siguió en la choza, aunque ya no solo, mes y medio más desde el día 10 de agosto, fecha en que llegó el doctor Poulter, hasta fines de septiembre en que todos regresaron a Little América para llevar a cabo los fines de su expedición: explorar divididos en cinco grupos las tierras y los hielos de la región.

Para estas exploraciones empleaban simultáneamente aeroplanos, tractores y trineos. La radio permitía al jefe de la exploración dirigir a los diferentes equipos esparcidos en un radio de centenares de kilómetros y unificar los trabajos de todos ellos.

Estudian la meteorología polar, los montes y glaciares. Recogen todo indicio de vida que encuentran, analizan las tierras y rectifican los datos geográficos tan escasos como poco precisos de anteriores expediciones. Los sondeos practicados en la barrera de hielo han permitido demostrar que en algunas partes el hielo descansa sobre arrecifes y en algunos lugares sobre islas. Una de éstas, que aparece como una colina sobre los bancos helados, tiene sobre sí una capa de 120 metros de hielo de espesor.

Hasta el paralelo 70 no encontraron más que hielos. En los alrededores de la inserción del círculo polar y meridiano 120 hallaron dice Myrd, la «región que produce más hielos del mundo». Contaron los icebergs por milla.



«Es bonito vivir en el Polo —decía Byrd—; parece como si se estuviera en los primeros días de la Humanidad, cuando el mundo quizá era mejor que ahora»

res. Hielo y mar. Después llegaron todavía más al Sur atravesaron otra comarca de hielos por que la recorrida y cuando con los barcos o los trineos era imposible pretender más. Los aviones anfibios efectuaban vuelos, luchando con los cielos turbios, pero haciendo descubrimientos sensacionales.

«NECESITO ALGO CALIENTE Y COMIDA»

Richard Evelyn Byrd, pionero de un siglo mecanizado, soñaba con los Polos como un enamorado que era del misterioso Continente. Su cita con la Cruz del Sur le hizo vivir las más románticas y peligrosas aventuras en las inmensidades heladas de las zonas polares.

La hazaña del explorador permaneciendo solo en su choza dedicado a estudiar la meteorología polar en un sitio donde no llegase la influencia del Océano, vivirá en la memoria de todos los hombres.

Las notas de su diario, escritas en la soledad y en el silencio de un mundo desconocido son de una elocuencia patética.

«Abril 17.—A causa de la niebla y de los remolinos de aire decli-

do no salir. Aún uso la palabra «día» y «noche» no teniendo ningún equivalente en las divisiones que en el tiempo sólo son diferencias; «día» parece una descripción sin ningún sentido de la pallidísima luz que saca su cabeza encima del horizonte; no me atrevo a sacar la mía fuera de la ventana porque en seguida me doy cuenta de la soledad y de mi propia impotencia.»

«Abril 22.—Encontré el libro de cocina rebuscando en un baúl medio cubierto por la nieve y al lado de una careta y otras cosas inútiles. El grito de alegría que lancé sonó tan fuerte que por un momento me espanté. Era el primer sonido que salía de mis labios en veinte días.»

«Junio 10. — Dos hechos están claros: Uno, el que mis probabilidades de recobrar me son pequeñas. El otro, el que en mi debilidad soy incapaz de cuidarme a mí mismo. Son conclusiones desesperadas, pero mi estado de ánimo no da más. Todo lo que puedo esperar es prolongar mi existencia durante unos pocos días. Tanto tiempo como pueda



Richard Byrd enciende su pipa con tabaco que dejó en «Little América» en una expedición anterior

conservar mi lucidez deberé luchar hasta el final. No hay alternativa, mis esperanzas de sobrevivir son sólo algo teórico.»

«Junio 20.—Necesito algo caliente y comida. Hace doce horas que se me ha apagado el fuego. No he comido en treinta y seis horas. Tiemblo de frío, tanto que mis dedos se dan contra la pared y el sonido parece como si alguien llamase con los nudillos a la puerta. Mi sed es el árbol más alto en un bosque de dolor. La nieve tarda demasiado tiempo en derretirse en la bolsa. No puedo esperar más. La echo en la cazuela y la caliento con tabletas de alcohol. Aún es una masa gelatinosa de nieve cuando la llevo a mis labios. Mis manos tiemblan y me hecho todo el agua encima. La que trago a sorbos pequesísimos la vomito y desesperado tengo que comenzar de nuevo.»

«Julio 14.—A las tres de la madrugada tengo otra frase lúcida. Lo último que pienso es escribir

una carta a mi mujer. Quisiera hacerla entender del porqué me he querido venir a la «base avance». Sería tan fácil... el lápiz y el papel los tengo al lado. Cuando intento cogerlos mi brazo no me obedece. Mi manga se ha helado.

«Julio 21.—Tengo que mantener la estufa encendida durante largo rato y me temo me esté intoxicando con el humo. Los ojos, la cabeza y la espalda me duelen horriblemente. Es difícil describir porque me duelen más si por el humo o por el frío.»

«Agosto 2.—La radio trae un mensaje. Otra vez se me rompió el corazón. Murphy me volvió a informar de que Puolter no había podido llegar. A medianoche volverán a intentarlo. No puedo más.»

EL MISTERIO DE LAS ZONAS POLARES, DESCUBIERTO

El almirante Byrd era un ena-



Byrd arenga a sus hombres. La tarea es dura. La noche, el frío, la soledad...; nada es difícil para estos valientes

morado de la soledad, del silencio. Le fascinaba el misterio del espacio y de la distancia. Le atraía el infinito de los cielos, la inmensidad de las aguas y la vastedad de la tierra. Ni las tempestades de viento y nieve, ni el sombrío silencio de las noches heladas mermaron el ánimo del último idealista de las grandes soledades inexploradas.

Sin el derroche de valor, de energía y de talento del almirante Byrd no hubieran sido posibles los sensacionales descubrimientos científicos que sus exploraciones del Ártico y del Antártico han aportado al mundo moderno.

Fue el primero en emplear en sus exploraciones los más diversos y eficientes medios de la técnica moderna para estudiar los grandes desiertos helados de ambos Polos. Ha demostrado que la Antártida es un Continente que no está dividido por ningún brazo de mar; ha realizado fructuosos estudios sobre los rayos cósmicos; ha medido, como nadie hasta ahora, con aparatos de sondeo sísmico, la capa de hielo que recubre esas tierras; ha conseguido especies ignoradas de animales y plantas desconocidas en las regiones polares; ha realizado profundas y precisas observaciones científicas, sensacionales descubrimientos meteorológicos; ha recorrido cerca de 8.000 kilómetros de costa; ha añadido a los mapas del mundo más de un millón de kilómetros cuadrados de superficie, ordenados y catalogados minuciosamente, docenas de montañas desconocidas, algunas de las cuales se elevan a más de 6.000 metros de altura. 26 nuevas islas. 20 grandes glaciares, nueve bahías, cinco cabos, lagos inmensos... un mundo que antes de él era completamente ignorado es hoy perfectamente conocido y fácilmente asequible gracias a las investigaciones de este romántico aventurero que en el siglo del átomo y de los proyectiles teledirigidos seguía pensando que solamente el hombre con su actuación personal podía comprobar los ignotos misterios de la vida y las maravillosas leyes de la Naturaleza.

En un artículo publicado en el «National Geographic Magazine» el almirante Byrd, refiriéndose al Polo Sur, escribía:

«En el fondo del planeta se encuentra un Continente encantado como una pálida princesa. Sinistra y bella, descansa en su sueño ligero, sus ropas de nieve iluminadas por amatistas y esmeraldas, sus sueños como un halo de hielo, alrededor del sol y la luna, sus horizontes pintados de oro, verde y azul... Esto es la Antártida, tierra tentadora del misterio eterno.»

Ahora, en el próximo verano se iba a realizar un último asalto a la región Antártida. El almirante Byrd no podrá acompañar a los expedicionarios.

«Es muy bonito estar allí—decía—. No parece que se viva en nuestro tiempo, sino en aquel otro de los primeros días de la humanidad, cuando el mundo era virgen y quizá mejor que ahora.»

Antonio MERIDA.

SALE TODOS LOS SABADOS

El gran semanario español de las artes y las letras

3 PESETAS

Núm. 87 (Segunda época), Madrid, 16 de marzo de 1954

LIBERARI

“Lo que nos... vivís más”

300.000 ejemplares del «Plano Cultural de la Ciudad» serán repartidos por los libreros de Barcelona el «Día del libro»

Se prepara una campaña para enviar libros, como objetos de regalo, al extranjero

HERNÁNDEZ comienza una agradable conversación con los libreros de Barcelona...

UNA VEZ MÁS EN LA LUNA «CUARTO BARRIO»

El libro como regalo AL EXTRANJERO

LA TERTULIA EN LAS LIBRERÍAS

LA INVENTIVA DE APARTA DE LOS LIBROS

El libro como regalo AL EXTRANJERO

La Fiesta de la Poesía en 1957

PREGON OFICIAL DE FOXA, PALOMAS MENSAJERAS, RECITALES Y ACTOS LITERARIOS

Lea en tercera página «Valija del exterior»

Tres novelas premiadas a golpe de teléfono

El «Libros Plaza» acaba la primera fase de su concurso

TRES VOCES NUEVAS Y UNA ESQUEVA CONFIA DA

«¿Cuáles serán las premiadas...»

«¿Cuáles serán las premiadas...»

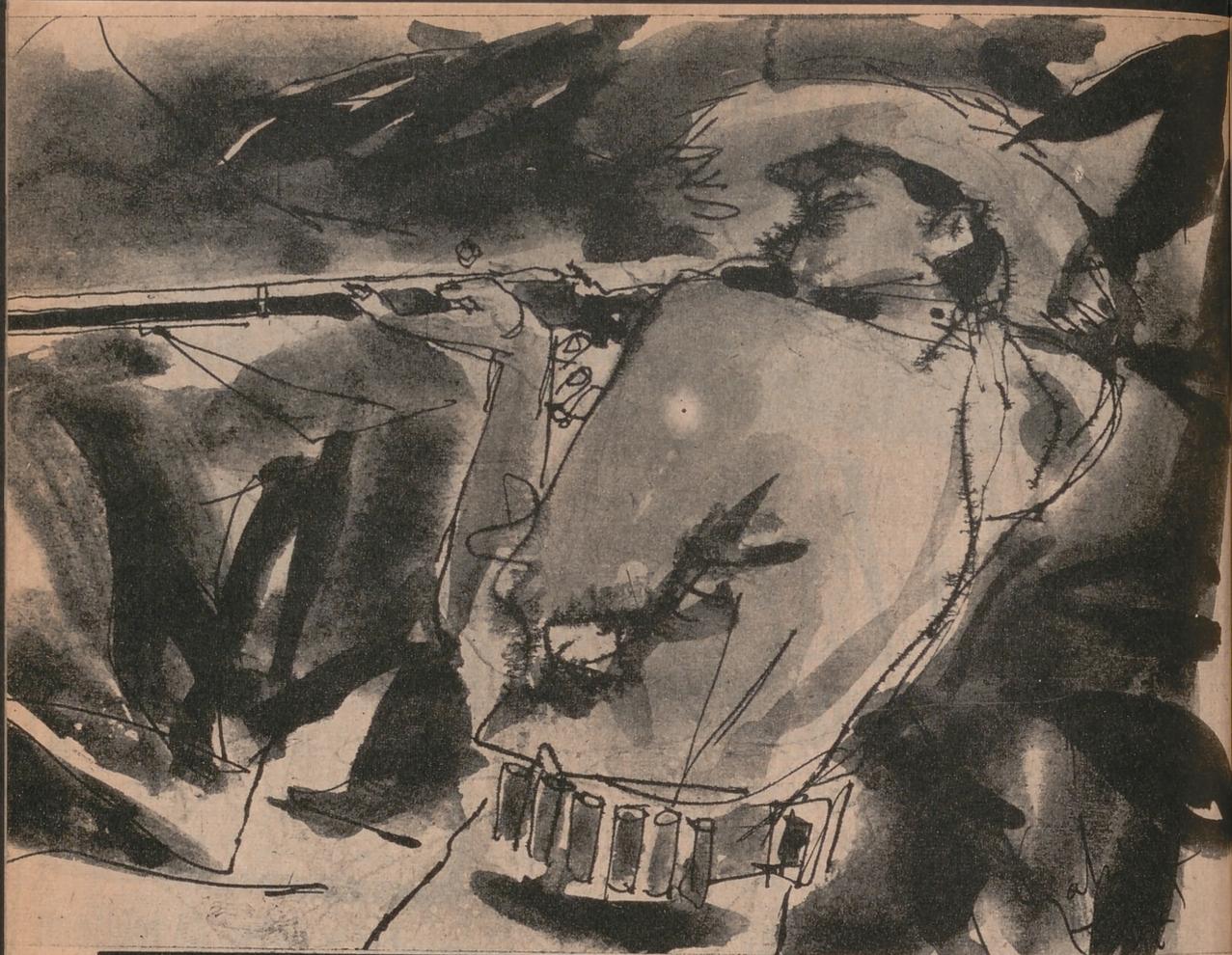
8 GRANDES PAGINAS 3 PESETAS

Defensa del artículo literario

Por Francisco Javier MARTÍN ABRIL

Ya es tan que es una irredemible en cierto sentido... el artículo literario...

El artículo literario... el artículo literario...



LA VENADA

NOVELA, por Concha CASTROVIEJO

SONARON pisadas leves sobre el mantillo de hojas húmedas.

—¿Anda gente?—preguntó Sebastián Martínez.

—No; es el «tigre»—le respondió Juan Quic.

Sebastián escuchó; se dejó caer de la hamaca y se deslizó hasta el costado de la tienda donde acostumbraba a guardar su cofre y su rifle. Boreó la lona, separó la abertura y salió.

Había luz en todos los rincones de la noche. Hasta donde comenzaba la fuerza del bosque, a unos metros de distancia, la luz traspasaba la fronda en líneas finas, fría, midiendo los árboles y haciendo brillar las hojas. Estaba allí la luz blanca como un elemento más del bosque, con su lugar allí, real y al alcance de la mano.

Las pisadas venían del otro costado de la tienda. Eran casi imperceptibles. Sólo el oído acostumbrado a distinguir entre los ruidos de la selva podría acusar la presión suave entre dos cuerpos blandos y la marcha elástica de los músculos sobre el suelo. Sebastián esperó. El jaguar le había oído y estaba alerta. No deseaba encontrarse con el hombre. Sebastián sabía que no era de temer un ataque directo; por su parte, buscaba sólo el placer de la caza; la posesión, siquiera fuese muerte, del bello y potente animal.

Durante un momento se apagó todo ruido próximo; en la lejanía chillaban los coyotes y rugía el puma; de cerca se oía sólo el rumor de la tierra fermentando su vida podrida y prodigiosa. Sebastián sintió una mirada fija en la suya, volvió la cabeza y alzó el rifle. Junto a la primera línea de troncos estaba el jaguar inmóvil, con los músculos tensos, de espaldas al bosque y de cara al hombre. No pretendía atacar ni manifestar su temor; calculaba el momento de la vuelta para lanzarse a través de la maleza. Sebastián levantó el rifle y apuntó. A medio salto, la fiera recibió la descarga

en el muslo. A la detonación sucedió el ruido de lianas y espinos arrastrados; sonó después un rugido largo y la noche quedó de nuevo en calma.

—Si no llega a la madriguera —pensó el hombre— quedará tendido y se lo comerán los chacales o las hormigas; pero si llega podría guiarnos...

Entró en la tienda y se dirigió a su compañero: —¿Quieres que lo sigamos? Va dejando huella. Tal vez con suerte encontremos las crías.

—La pareja debe andar cerca; están enfurecidos y es peligroso. Además nos perderíamos.

Sebastián se tendió otra vez en la hamaca. Encendió un cigarrillo y se lamentó:

—¡Ni un mal trago de ron!... Esos malditos nos tienen asfixiados...

Escuchó durante un rato. Rugidos próximos y escalonados le hicieron pensar que el animal herido había encontrado a su compañero.

—Me parece que era una hembra—dijo—. Lleva crías dentro; por eso falló el salto.

Juan Quic no le contestó. Sebastián volvió a hablar:

—Va malherida. No la capturé y de su muerte sólo se benefician los coyotes y los indios del poblado. ¿Qué me importa a mí que les ataquen sus reses? Que las defiendan. A nosotros nos echaron de allí.

Juan siguió sin contestar. Cesaron los rugidos y se hizo el silencio. Sebastián apagó con cuidado la colilla dentro de un bote de lata y se quedó observando. A través de las aberturas de la lona zigzagaban ráfagas de luz.

—Parece que hacen señales con una linterna—dijo.

—Son cocuyos—le respondió Juan—. Has bebido ron de todas maneras. Mala cosa el ron en la selva.

Los dos hombres se levantaron antes de amanecer. El sol necesitaba su fuerza para traspasar la masa de arboleda. Como desde un hoyo era necesario adivinar el alba antes de verla aparecer. El reloj estaba húmedo e inservible.

—Amanece—dijo Juan Quic.

Era todavía de noche. Pero era más oscuro que la noche. La luz blanca había desaparecido. El ra-

maje adquiría una vida trémula y ruidosa. Miles de pájaros comenzaban a romper su quietud y su silencio.

Descolgaron las hamacas y se pusieron el pantalón ceñido y las botas fuertes. La tienda estaba alzada sobre una roca plana, caliza, de la cual habían desgajado la vegetación. Aparte las hamacas y los cofres, no había dentro más que un anafe, unas latas con frijol, maíz y café, un racimo de plátanos, un montón de leña carbonizada y un recipiente de barro lleno de agua verde en la cual nadaban gusanos. Sebastián introdujo un cucharón de peltre y comenzó a echarse agua por la cabeza y por la cara; después se sacudió sin secarse. Juan Quic había sacado el anafe para encender lumbre y preparar el café. Sobre un plato de aluminio tenía un montón de tortas de maíz enmohecidas.

Sebastián salió. La masa de troncos se erguía ante ellos imponente y bella, pero también amenazadora. No se dejaba vencer nunca. Sólo las poderosas Compañías americanas podían entablar un diálogo con el bosque. Un hombre no podía, pensó Sebastián, aunque le sucediese como a él, que amaba el bosque y no osaría nunca profanarlo.

—Podríamos ir a ver las pieles—le dijo a Juan Quic—y seguir hasta el río. Ya está uno cansado de agua corrompida. Vámonos al agua fresca; es bueno verla correr, siquiera.

—Al río llegaríamos tarde—contestó Juan Quic con calma—. Para ver correr agua y meterse dentro hay que dejar atrás nuestra zona. Vámonos al trabajo.

Amanecía cuando se pusieron en camino. Tras las primeras filas de árboles, un kilómetro bosque adentro, había un claro. Estaba rodeado de una empalizada de estacas cubierta de espinos entrelazados, y dentro, en el gran espacio fétido, aparecía cubierto de pieles de cocodrilos alzadas y extendidas como tambores.

—Han rondado coyotes—dijo Juan—. Volverán a desgarrar las pieles el primer día que les apriete el hambre. No se sacian nunca.

El tendedero impregnaba con su fetidez el claro del bosque. Los dos hombres tenían que mantenerlo alejado de su tienda. Algunas mañanas encontraban la valla rota y las huellas del paso de los animales nocturnos, chacales, siempre al acecho de la carroña. En un principio trataron de vender a los indígenas la carne del cocodrilo una vez desollado; después la guardaron para cebo de los chacales enterrándola en otros lugares para alejarlos de las pieles. Los indígenas de los lagos no eran afectos a aquella alimentación y cuando les vieron capturar gran cantidad de cocodrilos se ofendieron de que se beneficiasen de una riqueza que consideraban propia, aunque no le sacasen ningún fruto. Entonces empezaron a hostilizarles y se negaron a todo canje. A pesar de la intensa captura sacaban poco provecho de los animales. No tenían medios de conservar las glándulas almizcladas que algunas industrias estaban dispuestas a adquirir. Dos hombres solos en la selva eran una pequeña fuerza, una fuerza nula, frente a la terrible fuerza alzada frente a ellos. Las Compañías chileras extendían cada vez más su radio de acción y un día acabarían por desalojarlos.

Del claro del bosque emprendieron el camino hacia los pantanos.

Era limpia la mañana, y el sol levantaba de la tierra un vaho de humedad. Las botas se hundían en la capa blanda de nojas muertas y lianas rotas. La entrada del bosque era entrada de cueva: la fronda parecía negra. De lo alto, por encima de las copas, llegaba la algarabía de pájaros que subían en busca de la luz. Una nube de moscas brillantes llenaba el aire.

Cercano el río, el agua se empantanaba en grandes extensiones profundas. De uno a otro extremo los árboles unían sus copas. Algunos troncos fuertes estaban tendidos sobre las orillas, y las ramas desgajadas flotaban en el agua muerta. La corteza de los troncos flotantes se confundía con el lomo de los cocodrilos. En un recodo dos grandes ejemplares chapoteaban moviendo las vértebras en convulsiones iracundas: la mandíbula superior se alzaba, sujeta al fuerte garfio que colgaba del árbol amarrado a una cadena.

—Déjalos que se cansen—dijo Juan Quic al ver acercarse a Sebastián—. No gastes balas con éstos: ya no se sueltan.

Los dos hombres utilizaban a veces el cebo para



la caza. Mataban alimañas para conseguirlo y ataban un trozo de carne al garfio sujetándolo a una cadena. Las cuerdas no daban resultado. A pesar del garfio, el animal lograba cerrar las mandíbulas y las serraba con los dientes. Muchas veces fallaba la rama a la que iba sujeta la cadena. En otras ocasiones el animal se debatía en vano durante horas. Al sacarlos recuperaban el garfio; otros garfios los habían encontrado enterrados en el paladar de los cocodrilos cazados a tiros.

Era casi siempre el medio que empleaban. Conocían ya la técnica: enfurecer al animal hostigándolo y cuando saltaba con las fauces abiertas dispararla dentro de la garganta. El cocodrilo saltaba, emitiendo su ladrido, y durante un momento quedaba con la cabeza fuera del agua. Así fallaban pocos y no se estropeaban las pieles. Pero, a veces, ya muertos, o malheridos, no podían ser capturados. El agua hervía de cocodrilos, siempre inmóviles y a veces invisibles. El acercarse era un riesgo demasiado serio, aun cuando se lograra salir vivo y entero. Juan Quic contaba la historia de un compañero de los Chenes al que vió torquarse un tobillo y amputarlo de un hachazo por la mordedura que le desgarró el pie. Después se había abrasado la herida con un hierro. El belga que andaba por allí a la compra de pieles le había dicho: «Una herida tan extensa no se puede cauterizar así». La pierna quedó seca, pero la herida se curó. El hombre había pasado quince días retorciéndose de dolor en la hamaca.

—Estos tipos de los Chenes—añadía Juan Quic cuando recordaba la historia—son brazados. En el bosque como en el bosque. Esto no es para gente delicada.

Cuando culminaba el calor los cocodrilos emprendían la marcha hacia el río o irían en busca de los lagos del Este. Era la buena época. Entró los pantanos y el río quedaba un espacio seco y para alcanzar los lagos tendrían que atravesar la llanura lodosa. Una vez en tierra, el animal es torpe. Bastaba con evitar el lodo profundo donde se entierran en gran número y desde donde aprehenden el pie sin salvación. A pleno campo la captura compensaba al cazador, en un mes, del trabajo del año. Pasada la época de cría, las hembras no sabían ya a atacar en defensa de su puesta. Los dos

hombres estaban preparando la construcción de otro secadero.

Sebastián contempló a los dos cocodrilos que seguían debatiéndose, colgados del garfio.

—Con éstos basta por hoy—dijo—. De momento, no tenemos en dónde meter más pieles.

—No está mal que caiga alguno más—contestó Juan—. Ya encontraremos lugar para otra piel—. Se sentó alejado de la orilla sobre un tronco y sacó una petaca de cuero.

—El tabaco está malo—dijo—. Las barcas tardan ahora demasiado y traen poca provisión; los tratantes andan a lo suyo—dudó un momento y añadió—: ¿Dónde tienes el ron?

—Lo acabé ya lo sabes...—Juan Quic esperó—. Bien: queda un resto, pues—continuó Sebastián—. Si lo quisieses para beberlo te lo daría; pero para tirarlo no te lo doy. No sabemos cuándo se podrá conseguir más.

—No es bueno beber cuando se anda en esta caza. Por eso te lo digo.

Al principio los pilotos que hacían el servicio entre la población y los campamentos chicleros se encargaban de surtirles de algunos artículos. Pero las relaciones con las compañías chicleras se hicieron tirantes a causa del alcohol. En los campamentos estaba prohibido y el capataz denunció el tráfico. Sebastián estaba mal visto por los jefes de las compañías y este incidente rompió todo contacto. El aprovisionamiento se hacía difícil: si hacían reserva los alimentos y hasta el tabaco se agusanaban. Tenían que depender de la llegada de las barcas, irregular y espaciada. A bordo veían los tratantes que compraban las pieles. Cuando se aproximaba la fecha en que las barcas cruzaban el río, los dos hombres estaban al acecho con la mercancía dispuesta. Les desanimaba pensar que al trabajo no se le podía sacar todo su lucro por falta de medios de transporte.

Juan Quic y Sebastián pensaban en la vida de la selva mientras deshacían los cigarrillos para cambiar el papel emmohecido.

—Voy a ver si cazo algo—dijo Sebastián—. Estamos hartos de arroz y maíz podridos. Con esos malditos del poblado, desde que se les puso de cabcilla el indio Chumo, no hay manera de hacer ningún canje. Tal vez convenga probar en otros poblados...

—Son lo mismo: Chumo manda en todos.

—Me voy hacia el río—continuó Sebastián—. Es conveniente que nos dispongamos a ir cada día; alguna barca debe de estar al llegar; llegan siempre en la tarde.

—Dijeron los últimos que el jueves de la otra semana...

—Pues voy a ver qué pasa. Me llevo la carne seca que ibas a tirar y unas tortillas agrias. No te ocupes si tardo...

Hacia diez años Sebastián se había alistado con una compañía, chiclera. Tenía entonces veinte y la selva le llamaba. Le atraía la vida del campamento, la ganancia alta y la esperanza de hacerse rico. Como todos los chicleros pasaba nueve meses en el bosque y tres en la ciudad. La ciudad era un pueblo costero de casas grandes y bajas, enjalbegadas en las calles del centro, y chozas de palma o de barro en las extremas. Fuera de la línea del muelle, rodeada de fortificaciones arruinadas, la bordeaban playas amarillas festoneadas de palmeras. De una parte, la envolvía el mar, y del otro, la selva. La vía férrea que la unía a la capital del próximo estado atravesaba la jungla casi desierta de seres humanos. No había carreteras, pero había un campo de aviación donde hacían escala los aviones que iban y venían a otras ciudades y países.

La ciudad dormitaba bajo el calor, sin vida. Pero tras nueve meses de selva un hombre se deslumbra con poca cosa. Cuando los chicleros bajaban del bosque, con las ganancias frescas y la sed atrasada, el pueblo revivía. Los hombre llegaban dispuestos a respirar: en los primeros días había que beberse todo el ron que cupiera en el cuerpo para hacer huir, con la locura del alcohol, la otra locura de la sombra, de la humedad, de las aguas corrompidas y del agobio cercado de fuerza que no permitía salir del estrecho círculo marcado. Había, después, que gastar el dinero en sombreros de palma, guayabera de fantasía, pantalón de casimir y zapatos finos. Después ya no había nada que hacer

y cada chiclero podía, entonces, buscar un cauce a su propia vida de hombres desterrados del mundo.

Sebastián pasó así ocho años de trabajo. Cada año, al recibir la liquidación de la compañía, se juzgaba rico, con los bolsillos llenos de plata. Después comprobaba cómo se va la plata del chiclero, cómo, antes de firmar el próximo enganche, tenía que recurrir a un préstamo en las cajas de la empresa y quedaba comprometido para otra temporada. Alguna vez pensó en guardar las ganancias y poner un negocio en el pueblo; pero vivir en el pueblo le pareció peor que vivir en la selva y esperó al año siguiente para poderse marchar a la capital. Siempre soñaba marcharse lejos. Pero cada año volvía a meterse en el pequeño avión remendado que las compañías utilizaban para trasladar a los hombres y descendía en el claro de la selva para nueve meses más, sin remisión ni salida.

Sebastián Martínez era buen chiclero y sangraba árboles en una amplia zona hasta más allá de los límites de otros hombres. En aquellos años la larva de la mosca chiclera le había destruido las orejas. Era un tipo de criollo mestizado, fuerte y feo. La charrasca le había dejado una huella que recorría toda la mejilla derecha desde el extremo del ojo hasta la barbilla. El agresor fué un compañero de campamento al cual sorprendió robando la goma de sus árboles. En el campamento estaban prohibidas las armas; pero el hombre tenía escondida la hoja del cuchillo, bien afilada a la piedra. Sebastián, enfurecido y cegado por la sangre, le echó las manos al cuello: era muy fuerte y le estranguló.

Las compañías americanas necesitan una estricta disciplina entre sus hombres: para evitar reventas se impone la ausencia de mujeres y se prohíbe el alcohol. Aun cuando Sebastián podía alegar haberse defendido con derecho, había sentido un mal precedente y el capataz dijo que tendría que entregarle. Sebastián se quedó en su barraca, dolorido y sangrante, esperando lo que quisieran hacer con él.

La idea de entregarle disgustó a los habitantes del campamento. Mal o bien las cosas habían sucedido allí: el chicle tenía sus leyes y a nada venía recurrir a las leyes de la ciudad. De la selva no se puede pasar a la cárcel y nadie tiene derecho a hacer eso con un hombre. Cuando llegó el jefe desde la ciudad acordó no hacer nada para no atraer sobre la compañía la atención de la Policía ni del fisco. Pero a Sebastián lo echaron de su trabajo.

—A la compañía no le hace falta bravos viejo; sobra con quién pelear—le dijo el señor Smith, que era un norteamericano recreado en el trópico, borrachín y avaro.

Sebastián quedó charrasqueado. La herida se infectó y, mal curada, cicatrizó mal, marcando una línea ancha y roja en el rostro sin orejas.

A Aida Guz le llamaban todos la Venada. Tenía los ojos grandes, sesgados y separados uno de otro. De perfil parecía mirar de frente como las figuras de un friso egipcio.

Aida Guz vivía en el pueblo. Era redonda, morena y esbelta. El cabello, fuerte y liso, le caía suelto hasta media espalda. Pasaba la mitad del día sentada en una mecedora a la puerta de su casa y al atardecer salía a pasear a la plaza o al muelle. Mantenía en nebulosa un sueño que encerraba su concepto del universo, aconteciendo que en el mundo había paisajes, seres y acontecimientos que encerraban un interés nuevo y extraordinario. Esta impresión, en gran parte, le debía al cine: en el vago funcionar de su mente la Venada presentía que algo mejor iba a suceder en su vida: por eso rechazaba a los hombres que se acercaban a ella con pretensiones amorosas porque juzgaba que para casarse con uno del pueblo encontraría siempre ocasión. La Venada tenía diecisiete años.

En aquella primavera habían comenzado ya las lluvias cuando los chicleros bajaron del monte. La temporada había sido excepcionalmente buena. La plata corrió por las cantinas, por las tiendas, por los restaurantes y casas nocturnas y por todos los rincones de la ciudad. Los chicleros gastaban y vivían.

Llovía sobre el pueblo polvoriento y muerto con la generosidad y la belleza con que sabe llover en el trópico. A las tres de la tarde, de pronto, el cielo cambiaba de azul a gris, después a negro. Las

nubes aparecían, creadas milagrosamente. Sin transición, de la luz cegadora se pasaba a la cortina de agua tupida. El fresco del agua torrencial apagaba el fuego que diariamente ponía sobre la ciudad el sol, y el que la rodeaba desde la selva incendiada voluntariamente, para despejar de vegetación los espacios destinados a la siembra.

Las primeras gotas caían sobre los tejados, sobre el asfalto, sobre el enlosado de los grandes patios y sobre los aljibes secos sonando como guijarros. El olor de la tierra llenaba el aire. Después, las gotas se hacían hilos gruesos y continuos y un caño ancho y abierto inundaba el pozo quemado de sol. A plomo, sin viento, copiosamente, llovía durante dos o tres horas y, de pronto, desaparecían las nubes, volvía la luz y la tierra se cubría de vapor caliente.

Sebastián Martínez estaba bajo los portales de la plaza apoyado en el mostrador de un puesto bebiendo cerveza cuando vió pasar a la Venada.

La Venada cruzaba la calle y corrió a refugiarse bajo las arcadas. Llevaba un traje blanco estampado en grandes flores rojas que se le pegaba al cuerpo con el agua. Se detuvo un momento al entrar en el soportal y movió la cabeza para sacudir el pelo empapado. Largo rato contempló la fuerza del agua que no disminuía y después, arrimada al muro, comenzó a andar hasta dar vuelta a la manzana.

—¿Quién es esa muchacha?—preguntó Sebastián al dueño de un quiosco.

—La Venada, hija de doña Tila, viuda del señor Guz, que durante muchos años fué secretario del Ayuntamiento. Viven en la calle 53.

—¿Cómo se llama?

—Aida, pero todos la conocen por «Venada». Cuidese de ella: tiene hartos enamorados y es coqueta.

A Sebastián se le clavó la imagen de La Venada. Al día siguiente se presentó en casa de doña Tila y le dijo que se quería casar con su hija. Doña Tila le acogió bien. La Venada miró con desprecio al hombre desorejado, pero como durante unos meses los chicleros tendrían plata y deseos de gastarla, se sentó a darle conversación.

Sebastián comenzó a obsequiar a doña Tila con pasteles y botellas de vino dulce. A la Venada le llevaba frascos de esencia, pañuelos de seda y adornos de plata o metal dorado. Por las tardes las acompañaba al cine y a tomar refrescos en el café Moderno. Doña Tila empezó a razonar con su hija.

—¿Qué le hace que sea un chiclero? Los chicleros son los que ganan dinero; y no estorban: pasan el año fuera y cuando vienen traen las ganancias. El trabaja y tú gastas. ¿Qué más vida quieres? Luego te llevará a pasear a otras ciudades. Lo que dejó tu padre no nos alcanza y tú no te vas a poner a trabajar: un hombre que te tenga bien eso es lo que te conviene.

La Venada se miraba en el espejo turbio y lleno de aguas de su cuarto y encontraba que ella merecía mejor suerte que un chiclero desorejado.

—Ese hombre es horrible—le contestaba a su madre—; a mí no me gusta.

—No le hace que no te guste: vas a vivir bien. Oblígale a que guarde el dinero y dentro de poco te podrás ir a la capital.

La Venada se había acostumbrado a que la llevaran al cine y a pasear, a tener perfumes y caprichos, y comenzó a considerar las razones de su madre. Quería convencer a Sebastián de que guardase el dinero de la próxima temporada y se lo fuese mandando para preparar la boda pensando que ganaba un año y podría gastar como casada. Pero Sebastián se empeñó en celebrar la boda antes de marchar al monte.

—Venada, ¿cómo te casas con ese hombre?—le decía la modista que le hacía el traje blanco.

—Ese hombre está espantoso—le decían sus amigas.

—Venada, ¿a esto llegó una muchacha guapa?—le decían sus admiradores.

La Venada no respondía, pensando que cuando se marchase a vivir a la capital se reiría de todos y todos le tendrían envidia.

Al marcharse Sebastián al monte, al comienzo de la temporada, la Venada se enteró de que había pedido a la compañía dinero adelantado y que los gastos hechos con ella le mermaban cuatro meses de ganancia. Esto la disgustó mucho, Sebastián, por su parte, para seguir mandando dinero a su mujer.



siguió empeñándose con la compañía y la compañía adelantaba a cuenta de ganancias indudables y asegurando de paso, para otra temporada, los servicios del chiclero.

Sebastián sentía ahora rabia hacia el bosque, hacia la lentitud de su trabajo, hacia su condición de prisionero. Miraba con codicia la masa viscosa que caía en los recipientes antes de poder retirarla. Sangraba la madera con el temor de no acertar y contemplaba el árbol buscando su asentimiento. Amaba a los árboles y les pedía correspondencia de amigos. Unos kilos más de goma serían bastante para saldar sus deudas y permitirle llegar, con plata y con gozo, a la ciudad, cuando las lluvias desalojasen a los hombres del bosque dando por terminada la temporada de chicle.

Sebastián se hizo sombrío y receloso. Vigilaba constantemente el terreno de su concesión: no hablaba con los compañeros y no quería gastar un céntimo en las cooperativas de la compañía, aunque necesitase botas nuevas o tuviese que invitar a café. Los compañeros no le decían nada porque sabían que estas cosas pasan y que es mejor dejar que pasen, porque casi nunca terminan bien.

La Venada se quedó en el pueblo con su madre. Gastaba en adornos y vestidos el dinero que le mandaba su marido. Cuando salía con sus trajes floreados y su pelo suelto, airosa e impasible como siempre, la gente se acordaba de Sebastián que estaba en el bosque, agobiado en la sombra húmeda, comiendo el rancho del campamento y bebiendo agua corrompida. Algunas personas decían que un chiclero no se debería casar con una mujer guapa de diecisiete años. Pero nadie tuvo otra cosa que decir.

Empezaba la primavera con un mes de marzo abrasado. Del cielo, de la selva y del mar, llegaba a la ciudad el aire que le sacaba. Polvo y calor caían sobre ella sumiéndola en mayor quietud e indiferencia.

En aquella calma, la aparición de los operadores de una compañía de cine renovó el interés y despertó a los habitantes amodorrados. Los fotógrafos con sus cámaras recorrían todos los rincones y la gente se enteró con asombro de que las plazas, las iglesias y las ruinas del fuerte, tenían un mérito de que el horizonte, deslumbrador y seco, era bello; de que las chozas, los indios y las mespizas con sus trajes blancos, y la selva que avanzaba sobre la ciudad, ofrecían interés y encanto para los habitantes de otros climas.

La Venada iba a ver la labor de los fotógrafos. Andaba tras ellos y se detenía durante horas ante aquella caravana llegada de un mundo al cual ella quisiera pertenecer. El director de la expedición se fijó un día en la Venada. Después volvió a verla y la miró con curiosidad.

—Vamos a hacerle una prueba—le dijo el fotógrafo y fué hasta la chica con aire protector.

—Muchacha, ¿quiere que la tratemos?

Fotografiaron a la Venada de frente y de perfil con sus extraños ojos siempre mirándolos; y la hicieron volverse, reír y estar seria. Después, una mañana el director se presentó en casa de doña Tila.

Cuando revelaban las fotografías en el estudio improvisado en la gran habitación del hotel colonial, el fotógrafo había dicho:

—Esta muchacha es un hallazgo. ¿Dónde ha visto usted una cara como ésta?

—Lo que yo me pregunto—contestó el director—es para qué sirve esa cara, dónde se la puede encajar.

—Esa cara es un éxito—contestó el fotógrafo.

Visto lo cual el director, animado por el resultado de las fotografías, se fué a ver a doña Tila y a la Venada. Cuando supo que le llamaban Venada pensó en el acierto del nombre, porque la chica se parecía a un venado más que a cualquier ser humano y en que conservárselo podría también constituir un éxito.

La noticia de que la compañía de cine pretendía llevarse a la Venada con un contrato y que la Venada pasaría a ser una estrella y aparecería en las carteleras y en la pantalla corrió por el pueblo como un acontecimiento de categoría. Algunas personas movieron la cabeza pensando que aquello terminaría mal. Pero la Venada no dudó en aceptar la oportunidad que se le ofrecía. Doña Tila no podía vencer su ambición, pero tenía miedo. La condición que puso fué marcharse ella también. Era ya abril: a finales de mayo los chicleiros bajarían



del monte y ella no deseaba recibir la visita de Sebastián ni tener que darle explicaciones.

—¿Por qué no le escribes?—le decía al principio a su hija—. Le dices que te vas y que lo esperas en la capital. Así no podrá luego molestarte.

—No hago nada malo—contestó la Venada—. Sólo voy a trabajar. No puedo pasarme aquí la vida. El fué el que se empeñó en casarse en seguida. Con el dinero que traiga que se vaya allá; si gana bastante podrá luego decirme que no trabaje.

A la Venada y a su madre les pagaron el pasaje en el avión que salía para la capital. Una amiga de doña Tila, doña Dolores, cuyo esposo era abogado, les aconsejó que no se fueran sin garantías y sin haber firmado un contrato para saber cuánto le iban a dar a la muchacha. Doña Tila no entendía de papeles ni estaba dispuesta a escucharla.

Todo el pueblo habló de la marcha de la Venada. Los pilotos que hacían el servicio con el campamento se enteraron también y en el campamento se comentó entre los chicleiros. Nadie se lo quiso decir a Sebastián. Todos saben que un hombre está bastante aburrido y desesperado en el monte y que no es bueno irle a decir nada que lo enloquezca. Pero Noé Urbina, que tenía sus piques con Sebastián, comenzó a gastar pullas.

Los dos sangraban los árboles en la misma zona. Sebastián andaba siempre vigilante para no perder una gota de goma. A Noé le molestaba la desconfianza del compañero, y así comenzaron las malas palabras y las malas miradas.

Noé aprovechó la noticia de la marcha de la Venada para sonreír y silbar cada vez que se topaba con Sebastián. Una tarde, al desenvolver su hamaca, éste encontró un papel enrollado. Estaba escrito con mala letra y en verso. Sebastián se puso a leerlo. Decía así:

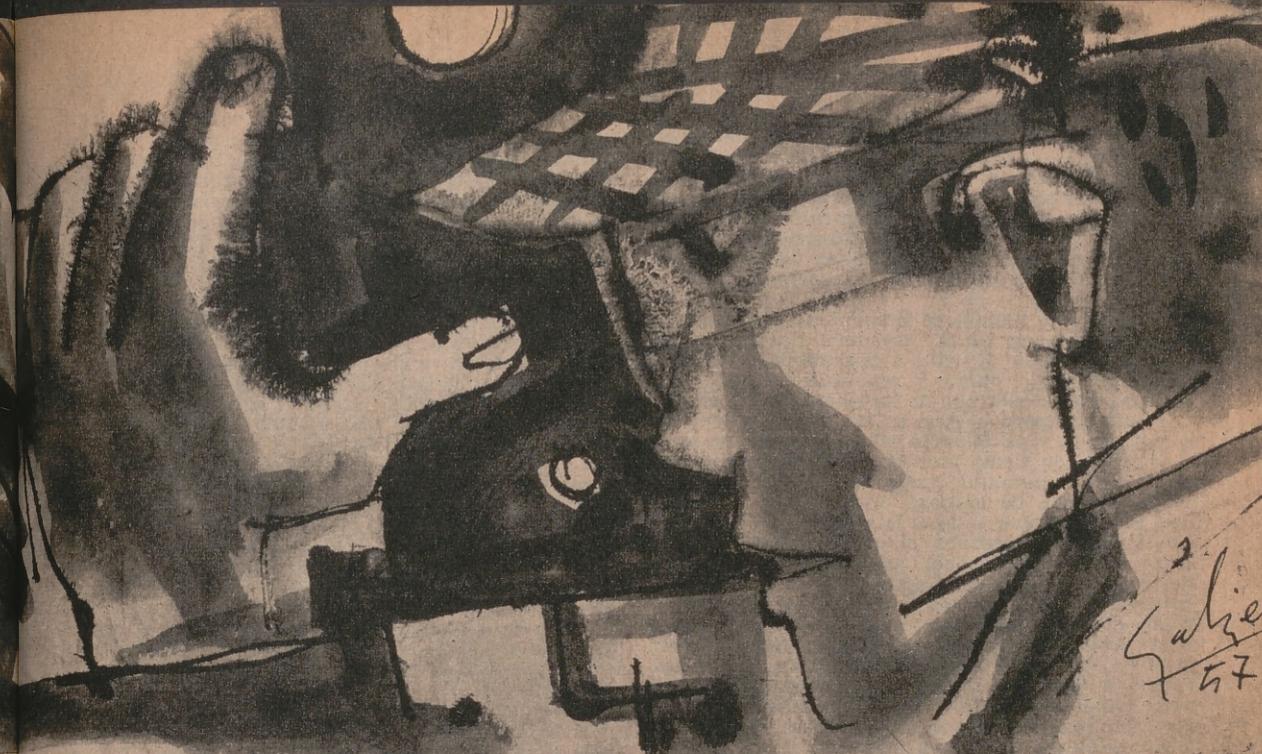
EL CHICLERO DESGRACIADO

*En todas partes la cantan
la historia de este corrido,
que cuenta lo que ha pasado
a un chiclero presumido.*

*Cuando se busque mujer
el que anda fuera de casa
que no la busque bonita
para no ver lo que pasa.*

*Las mujeres se van todas
detrás de su conveniencia,
y el que no sepa ser macho
que lo tome con paciencia.*

*El que quiere subir mucho
se llega a ver coronado,
y aquí termina el corrido
del chiclero desgraciado.*



Noé Urbina había estado haciendo los versos con la ayuda de dos compañeros de tienda. Luego los compañeros le aconsejaron que dejase la broma y que rompiera el papel. Pero Noé estaba resentido con Sebastián, que era mejor chiclero que él y más estimado por el capataz y que acostumbraba a tratarlo con recelo y con insolencia. Le puso el papel en su hamaca y esperó a ver su reacción.

Sebastián leyó el papel; lo volvió a doblar y lo guardó en el bolsillo. No dijo nada aquella noche, y al día siguiente se fué a buscar al capataz para preguntarle si había oído comentar algo sobre su mujer. El capataz le dijo que él no sabía nada y que no era bueno hacer caso de habladurías. En la tarde, Sebastián fué a ver al administrador y el administrador creyó oportuno calmarlo contándole la verdad, puesto que al fin y al cabo lo que había hecho la Venada era irse a trabajar y por esto sólo nadie podía juzgarla.

Sebastián no habló con nadie más. Noé Urbina dudó que hubiera leído el papel. Sebastián, por su parte, sabía que Urbina había sido el autor del escrito.

La primera mañana que se encontraron sin testigos en el bosque, Sebastián insultó a Noé Urbina y le desafió. Lo encontró entre sus árboles y le llamó ladrón. Noé sacó la hoja afilada del cuchillo y se abalanzó sobre él. Sebastián estaba cegado y le tenía ganas al hombre: le echó las manos al cuello y lo mató.

Sebastián llegó al pueblo sin dinero. La compañía le había condonado su deuda, pero no obtuvo ninguna liquidación. No podía pensar en partir tras la Venada ni quería quedarse en el pueblo. Notaba que la gente se callaba al llegar él y sabía que comentaban siempre lo mismo. Pero nadie se atrevía a burlarse: los rumores que habían llegado sobre lo acaecido en el campamento habían creado en torno de Sebastián una actitud de respeto.

En el mes de mayo, cuando los chicleiros bajaban del bosque, Sebastián volvió a la selva. Se había encontrado con Juan Quic, veterano en la pesca del cocodrilo, que le había propuesto asociarse. La zona de los pantanos quedaba cercana a la linde de explotación chicleira. Juan Quic compró otro rifle como el suyo y se surtió de balas; reunieron el equipo y se marcharon en una de las barcas que remontan el río. Al llegar a los pantanos descendieron y se dispusieron a escoger su zona independiente.

Sebastián bajaba hacia el río aprovechando la zona de bosques todavía no invadida por la ex-

plotación. Pensaba en los tiempos en que el trabajo estaba en los árboles, con la nobleza de sus maderas, con sus venas abiertas sangrando la goma preciosa. A pesar de la sombra y de la vegetación podrida, de la mosca venenosa y del peligro del alacrán, a pesar del eterno rondar obsesionante dando vueltas a los troncos, el trabajo de los árboles era un buen trabajo: las manos se ennoblecían al contacto de la madera y de las resinas, y las manos se envilecían ahora abriendo fauces pestilentes y manejando pieles nauseabundas.

Sebastián odiaba los pantanos, odiaba el bullir de cocodrilos y su olor, la fetidez del secadero, su propia tienda y la vida que se mantenía en la podredumbre.

Se detuvo en medio del bosque y miró hacia arriba, hacia donde la luz se filtraba a través de las ramas más altas.

El bosque hacía un alto al lado de la ribera; continuaba al otro lado y las ramas desde las dos orillas, se cruzaban formando un túnel sombrío. Donde se rompía el túnel el agua se llenaba de sol o de estrellas y las lianas del fondo brillaban, peinadas por la corriente. Bajo el túnel, el verde oscuro de las ramas y la sombra de las maderas hacían el río hondo y triste. Una algarabía de monos y pájaros llenaba los árboles.

Durante un momento, al divisar al hombre o al ruido de los motores de las barcas, los monos enmudecían; después volvían a su bullicio. En la orilla, ocultos en el lodo o inmóviles en la corriente, los cocodrilos acechaban con las fauces abiertas: si un mono, desprendido de las ramas, caía al agua, dos mandíbulas se cerraban. Repentinamente el silencio y la quietud sustituían a los chillidos y a los saltos. Pero sólo un momento. En unos segundos los monos recuperaban su alegría. Los cocodrilos seguían inmóviles acechando.

Sebastián llegó al río al mediodía. Desde el montículo de tierra, sobre las zarzas y las lianas de la orilla, se asomó al agua. Verla es bueno y necesario a un hombre en el bosque. Nada puede ser tan diferente a otro cosa como el agua al agua: el

Suscríbese usted a
"LA ESTAFETA LITERARIA"
aparece todos los sábados
Montesquínza, 2 MADRID

agua que anda al agua quieta; el agua de pantano al agua del pozo que fluye constantemente de la tierra; el agua de manantial al agua del río ancho y fuerte que viene de la sierra y marcha hacia el mar. El agua que corre no pertenece a ninguna parte, y tampoco el río pertenecía a la selva: pasaba recogiendo estrellas o sombra, voz de animales y fragancia de maderas, guijarros y lodo, siempre igual, puro y ausente, amenazante o consolador, pero extraño. El río traía el fresco y podía llevarse la desesperación y la esperanza: era el camino.

De donde se hallaba el hombre, a la derecha, el río penetraba en tierra formando una poza despejada de lianas. El agua transparentaba los guijarros del fondo, quieta y renovada, limpia. Aquella poza era el bebedero de los animales del bosque.

Sebastián apoyó el rifle en un tronco y comenzó a quitarse la ropa. Cuando estuvo desnudo se sentó y se frotó con tierra arenosa; después se extendió en el agua intentando nada en el breve espacio. Desde la boca de la poza un cocodrilo asomó la cabeza. El hombre salió a la orilla; subió el montículo donde comenzaba el bosque, se vistió y se sentó en la prominencia que formaban las raíces del tronco en que dejó apoyado el rifle. Sacó del bolsillo un rollo de tela que envolvía cuatro tortillas de maíz correosas y unas tiras de carne seca; luego, del bolsillo trasero, un frasco plano; comió y vació el frasco a tragos largos. Luego descendió a llenar el frasco en la corriente y bebió agua; volvió a llenarlo y subió a recostarse de nuevo en el tronco, sentado en las raíces. Oía a maderas, a hierba y a tierra húmeda.

Un ruido leve le alertó en su modorra. A su lado, en el sendero abierto en el bosque por los animales que bajaban a beber, se movía una sombra: el temblor de las piernas altas y la silueta fina denunciaron a Sebastián la presencia de un venado. Avanzaba sutilmente; a la altura del cuello la oscilación de los tallos altos acusaba el movimiento de acecho. Sebastián alargó la mano hacia el rifle, lo alzó y apuntó al bulto. El animal cayó de costado y coceó tratando de levantarse; después quedó inmóvil.

Era un cervatillo tan joven y puro de líneas que Sebastián sintió piedad. Le volvió la cabeza sangrante. Pocas veces había dado muerte a un venado, la caza más codiciada de los bosques. Le conmovió su aspecto y su incapacidad de hacer daño. Los grandes ojos asustados parecían los de una mujer. Trató de levantar al animal y lo arrastró hasta el pie del árbol. Sacó la navaja y se dispuso a cortar una rama para atarlo. Era necesario emprender la vuelta para llegar a la tienda con la captura antes de que se fuese el día.

Había terminado de preparar la rama cuando oyó, amortiguado a través de la enramada, ruido de motores. Se detuvo a escuchar: el ruido sonaba lejano. Levantó el venado, cogió el rifle y emprendió a paso rápido el camino, bordeando el recodo, río abajo, hacia el desembarcadero. Cerca del desembarcadero había dos poblados y los indios acudían a esperar la llegada de la barca. Estaba el sol en su fuerza y quemaba el espacio despejado de árboles. Sebastián se retiró de la explanada hacia el lindero del bosque.

La barcaza ancha, pesada, pintada de verde, bajaba el río desde la ciudad cafetera hasta la ciudad de la costa. Realizaba un tráfico de mercancías que iba tomando y

dejando en el camino. Recogía pasajeros y en ella se trasladaban los tratantes en sus viajes periódicos. Iba lenta y ruidosa por el centro de la corriente sin costear más que en las proximidades de los fondeaderos. Disminuyó velocidad al llegar a la altura de la armazón de tablas levantada en la ensenada profunda y comenzó la maniobra. Un marino, desnudo de corax preparaba las cuerdas para el amarre. En el costado del barco, bajo los toldos, se agruparon los pasajeros. Sebastián se acercó.

—¡Eh, chichero!—gritó una voz—. La semana que entra remontaremos; tengan las pieles dispuestas... ¿Qué necesitan de provisión?

Sebastián no le oía. Miraba al barco. Pálida por el mareo, fatigada e indiferente, la Venada se apoyaba en la baranda. Entre el grupo se perfilaba su cabeza morena y fina al lado de la figura congestionada de doña Tila.

La gente comenzaba a bajar a tierra y varios hombres se acercaron a los indios. Sebastián acomodó pausadamente su rifle bajo un árbol y colgó de una rama el venado.

—¿Lo vende?—gritó uno de los tratantes.

—No—respondió Sebastián.

Esperó a que la pasarela estuviese despejada y subió a cubierta. La Venada no lo vio hasta que lo tuvo a su lado; alzó la vista y observó el rostro del hombre, con la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Los dos se miraron impassibles. El dijo simplemente:

—Vamos, chiquita; ¡a casa!

Al oírle se volvió doña Tila. Comenzó a hipar, la voz se le cortó; buscó un asiento y movió los brazos queriendo expresarse.

Sebastián se dirigió de nuevo a la Venada:

—Vas a bajar conmigo—añadió—. ¡Ven!

La chica dirigió la vista al equipaje amontonado junto a la cabina y explicó:

—Tengo que buscar mi maleta.

Empezó a remover los bultos y señaló una maleta de cuero y un saco de lona. Doña Tila, entre sollozos, advirtió:

—En esa maleta va también mi ropa.

Después rompió a llorar ruidosamente.

Sebastián y la Venada permanecían en silencio. Sebastián levantó la maleta del suelo y dijo:

—Con el saco basta. Contigo y el venado no podría llevarla. Ya pasaremos a recogerla.

Cogió a la muchacha del brazo y se dirigió hacia la pasarela oscilante. Doña Tila comenzó a gritar:

—No escandalices «masita»—dijo la Venada—. Ya iré a verte.

El grupo de pasajeros y los indios contemplaban la escena. Doña Tila seguía llorando y lamentándose a gritos inclinada sobre la pasarela.

Sebastián condujo a la mujer hacia el final de la explanada al lindero del bosque. Alzó el rifle, se colgó al hombro la vara con el venado, cogió el saco de lona y se volvió; durante un momento contempló a su compañera.

—Hay que andar, ¿entiendes?—le dijo—. ¿Te cansarás?

La Venada miró los tacones de sus zapatos.

—Si no puedes andar, dejaré el animal y te llevaré a ti—se detuvo dudando: de nuevo contempló a la mujer—. Hay que pasarlo mal durante unos días—añadió—. ¿Entiendes?

Por toda respuesta la Venada alzó los hombros. Penetró al lado del hombre en el bosque.



¡QUE BONITO ES TENER UN PISO EN MADRID!

Visite el BARRIO DE LA CONCEPCION

(Propietario D. JOSE BANÚS)



FOTOGRAFIA DEL BARRIO,
EN OCTUBRE DE 1956

● PISOS

todo confort, de 3, 4, 5, 6, 7 y 8 HABITACIONES EXTERIORES
GRANDES FACILIDADES DE PAGO

Desembolso inicial: desde 63.000 PTS.

Resto a pagar: en 5 y 50 AÑOS

● TIENDAS

y sótanos comerciales, como magnífica **INVERSION DE CAPITAL (10% NETO)**, o para establecer su comercio

Locales en **ALQUILER**: Desde 900 PTS. mensuales.

Locales en **VENTA**: Desembolso inicial: desde 35.000 PTS.

Resto a pagar: 400 PTS. mensuales, durante 15 años

EXENCION del 90% de Derechos Reales, en la escritura de compra

MAGNIFICOS CAMPOS DE DEPORTES Y ESPARCIMIENTO. Este Barrio se halla situado en la próxima prolongación

de la calle de Alcalá, estando circundado por jardines y zonas verdes. Tiene capacidad para **25.000 personas**

COMUNICACIONES RAPIDAS

3 LINEAS DE MODERNISIMOS AUTOBUSES: desde NARVAEZ-FELIPE II, CIBELES (Correos fachada calle Montalbán y METRO de VENTAS, respectivamente).
TRANVIAS: Número 5 desde GOYA, números 1 y 12 desde la Plaza de M.ª L.ª VUEL BECERRA



OFICINA CENTRAL: Monte Esquinza, 6-1.º izquierda **Teléf. 24 86 35**, De 10 mañana a 2 tarde y de 5 tarde a 9 noche

EN EL PROPIO BARRIO: De 10 mañana a 8 tarde **Teléf. 36 70 00** (pida el 181) **SERVICIO PERMANENTE INCLUSO DOMINGOS Y FESTIVOS**

Sintonice todos los domingos de 11 a 13 la Emisión **MUSICA EN EL HOGAR** que a través de **RADIO ESPAÑA** (de Madrid) le ofrece el BARRIO DE LA CONCEPCION

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

RUSIA Y NORTEAMERICA

PELIGROS Y PERSPECTIVAS

Por Henry L. ROBERTS

RUSSIA
and
AMERICA

Dangers and Prospects

HENRY L. ROBERTS

Foreword by John F. McCloy

El libro objeto hoy de nuestra atención, «Russia and America», es el resultado de dos años de intensos estudios realizados por un seminario especial, patrocinado por el Council on Foreign Relations y cuya principal intención fué la de aclarar la complicada situación internacional que enfrenta tan abiertamente a la Unión Soviética y a los Estados Unidos. ¿Es inevitable el choque armado? ¿Existe la posibilidad de una coexistencia pacífica? ¿Es posible algún cambio fundamental en la U. R. S. S.? Estas y otras no menos importantes cuestiones son las que se plantean en la «Russia and America», donde, además, se trata de trazar algún camino firme por el que pueda orientarse la diplomacia estadounidense.

A pesar de su carácter de equipo, «Russia and America» tiene como autor material a Henry L. Roberts, ilustre historiador norteamericano y director del Russian Institute de la Universidad de Columbia.

ROBERTS (Henry L.): «Russia and America». Harper & Brothers. Nueva York, 1956.

Las relaciones de la Unión Soviética con los Estados Unidos han sido antagónicas, con el antagonismo implícito que lleva la actitud comunista hacia las sociedades capitalistas, desde la derrota del común enemigo en 1945. Unas relaciones de este tipo con un régimen totalitario que tiene pretensiones universales no poseen límites prescribibles. Por ello la primera cuestión que se plantea ante la lucha que una y otra parte mantienen es la de cuáles son las fuerzas y debilidades de los dos bandos comprometidos.

VULNERABILIDAD Y FUERZA DE LOS DOS BANDOS ANTAGONICOS

Simplificando, de una manera general, podemos distinguir tres formas de antagonismo en estas relaciones. La primera descansaría simplemente sobre la aplicación máxima del poder físico, función sobre la cual puede recaer la tarea de destruir el potencial efectivo del oponente. Diciéndolo de otro modo, esto sería la apelación a la guerra termonuclear. Una segunda forma más convencional de este antagonismo se basaría en el empleo del poder material para imponer la voluntad propia al oponente, aventajándole en ganancias territoriales limitadas o en otros tangibles objetivos. Entre estos últimos los hay de los más variados y podrían ser de tipo económico o militar. Se diferencia de la primera clase en que no se intenta destruir totalmente el poder del enemigo, sino solamente asegurarse ganancias concretas.

Finalmente, la tercera forma descansaría sobre las invisibles formas de la guerra simplemente política, dentro de la cual la posesión del poder físico debe emplearse fundamentalmente para la consecución de objetivos políticos. En realidad no existen límites claros entre estas tres clases de an-

tagonismo y, más que otra cosa, lo que hay que ver en ellos es la oportunidad de emplear una u otra, según las circunstancias del momento.

En el estudio comparativo de los puntos débiles y fuertes de los dos bandos empeñados en la pugna por el dominio del mundo debe tenerse muy en cuenta, debido a que los datos aportados no pueden considerarse como las premisas de un problema matemático. Ni los factores «físicos» son algo invariable, pues la mayor parte de ellos son también la creación, pasado, presente y futuro de la mente y la voluntad humanas ni su significación depende de las decisiones humanas concernientes a su empleo.

Parece probable que cuando los Estados Unidos y la Unión Soviética alcancen lo que ha sido llamada la paridad atómica—cuando cada uno de ellos sea capaz de devastar al otro con sus múltiples armas, aunque, naturalmente, a costa de sufrir por parte propia una destrucción casi equivalente—surgerà una mutua inclinación a no someterse a este intercambio. Al mismo tiempo, en tanto que las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos sean antagónicas es de esperar que continúe el juego y contrajuego de fuerzas en sus actuales manifestaciones. El «techo» atómico se puede convertir en un factor de la contienda, que cada parte utilice para tratar de paralizar a la adversa, ya que su propósito de utilizarlo puede inducir al adversario a no correr los riesgos de ninguna decisión violenta.

La lucha puede tomar las más diversas formas. Quizá cuando pase el tiempo la menos probable sea la utilización de la amenaza devastadora en gran escala, pues su misma peligrosidad la hace más adecuada para ser empleada de una manera verbal que real, aun en el caso de una agresión armada.

Una forma más posible de lucha será la progresiva incorporación de toda una serie de técnicas nucleares al desarrollo de la estrategia y las tácticas convencionales. En este caso la utilización estaría en razón de la capacidad el oponente para enfrentarse con la misma.

Aunque una guerra nuclear no es algo imposible teóricamente, nadie puede saber, antes de que ocurra, cómo sería esta guerra o cualquier otra, una vez que se iniciase.

No nos resulta difícil el imaginar el desarrollo y la expansión progresiva de una guerra local, tanto en lo que se refiere a su intensidad como a su extensión territorial, hasta que alcanzase una fase en la que su último colofón consistiría en la utilización de las armas atómicas. Aunque no se puede excluir la idea de que esta peligrosa utilización podría inducir a ambas partes a buscar un acuerdo para evitar la mutua destrucción, no debemos pasar por alto el hecho de que esta misma estrategia pone en las manos de los contendientes la posibilidad de destrozar completamente a su adversario.

No hay que olvidar que la estrategia comunista por su continua expansión puede utilizar numerosos instrumentos: seducción diplomática, subversión política, apoyada por la amenaza o el empleo de la fuerza efectiva militar. Estos instrumentos pueden servir, utilizados hábilmente, para lograr la conquista de uno tras otro de los países vulne-

rables de la periferia del bloque comunista. En este sutil y mortal juego, la dirección centralizada del orden comunista es un serio desafío a la voluntad y a la determinación del flexible mundo no comunista, lleno de intereses divergentes, de puntos vulnerables diferentes y de distintas capacidades.

Frente a estas inestables y extremas posibilidades, el papel de la guerra política es de la máxima importancia, o dicho de otro modo, la utilización de las esperanzas y las inseguridades implícitas en un conflicto, desarrollado bajo el «techo» termonuclear, con el fin de mantener al enemigo apartado de la contienda, bien por el temor de lo que puede ocasionar, o bien por la desventajosa situación que puede representar para él su intervención.

No podemos detallar con más extensión este difícil problema, pero hay que señalar el hecho de que lleva implícito la cuestión de determinar la relativa fortaleza y debilidad de los Estados Unidos y la U. R. S. S., en el caso de que tengan que enfrentarse con un desafío que envuelve de una manera afectiva o potencial a todos los alemanios de su poder.

Como ya hemos indicado anteriormente, la solución de esta cuestión no puede venir, a pesar de todas las apariencias en sentido contrario, no puede reducirse a una simple medición de capacidades. Es indudable que el desenlace dependerá en parte de la posesión de un potencial militar, económico y atómico, pero dependerá también de su uso, de cómo son utilizados y, sobre todo, de si son utilizados.

No hay duda de que la voluntad de utilizar ciertas armas constituye una manifestación de fuerza política, pero resulta dudoso el saber si tratamos de algo que puede ser medido o comparado. Así, por ejemplo, la afirmación de que los jefes soviéticos, un grupo de duros y tenaces hombres, está más capacitado que nosotros, para enfrentarse con los riesgos que comporta el uso de las armas atómicas, desde el momento que ha sido lanzada y propagada, ha creado su propia reputación, pues ella misma obliga a los americanos a mostrarse más duros y resistentes. Si se le dice a un hombre que es un cobarde, él puede inmediatamente demostrar lo contrario al que se lo ha dicho, dándole un puñetazo en la nariz. En última instancia, cuando analizamos nuestras fuerzas y nuestras debilidades no tratamos sólo de cifras y hechos, sino de tareas y requerimientos.

LAS PERSPECTIVAS DEL DESARROLLO ECONOMICO SOVIETICO

Las perspectivas a favor y en contra de una decadencia del desarrollo económico soviético pueden resumirse del siguiente modo:

1. **Los problemas técnicos.**—La Unión Soviética ha comenzado su proceso industrial desde unas bases técnicas muy inferiores, viéndose obligada a tomar, de una manera directa o indirecta, toda una serie de procedimientos occidentales. Con la disminución de este vacío la ventaja de Occidente ha ido desapareciendo. No obstante, el vacío se estrecha cada vez más y, por otra parte, la ciencia actual ofrece nuevas oportunidades para el desarrollo de economías retrasadas, imposibles de aplicar en tiempos pasados.

2. **Escasez de potencial de mano de obra.**—Ha habido una disminución en el aumento de mano de obra no agrícola. Esto puede ser remediado por un aumento esencial de la productividad laboral agrícola, con la subsiguiente utilización de la mano de obra sobrante para la industria. No obstante, estas utilizaciones en gran escala son improbables en un próximo futuro.

3. **Disminución del aumento de la productividad industrial.**—La cifra que marca el aumento de la producción industrial por trabajador ha disminui-

do en los últimos años y existen muchas razones para esperar que esto continúe, ya que las cifras relativas a los aumentos son todavía altas para las que caracterizan a la mayor parte de los países.

Una disminución del aumento acompaña normalmente a una madurez industrial. El capital destinado por obrero, no puede aumentar tan rápidamente como en el pasado y los inventos técnicos realizan un progreso lento. Por todo esto, esta disminución, si continúa, no alcanzará probablemente la Unión Soviética el nivel de los Estados Unidos por las siguientes razones: una disminución más lenta de la mano de obra no agrícola permite un mayor entrenamiento de los nuevos trabajadores; existen todavía oportunidades para avances en la productividad y la rectificación del equilibrio entre hombres y mujeres contribuirá a una mayor población laboral.

4. Escasez de capitales.

a) Una continua demanda por la sustitución de capitales, muchos de ellos convertidos en algo gastado e inutilizable.

b) Dificultad de que vuelva a producirse el gran regalo de capitales que ocurrió tras la segunda guerra mundial.

5. Reducción potencial en la productividad de las inversiones de capital.

a) **El problema agrícola.**—Las tierras agrícolas más productivas de la Unión Soviética han sido ya utilizadas y sólo se podrán lograr mejoras utilizando tierras marginales o realizando una mejora de los cultivos en zonas anteriormente cultivadas. Ambas cosas requerirán fuertes gastos, y las sumas empleadas producirán probablemente más si se destinasen a la industria.

b) **El peso de otras inversiones de baja productividad.**—La escasez de viviendas y otras disponibilidades urbanas se ha hecho cada vez más aguda. La productividad de las inversiones de esta clase no se reflejan en los índices de productividad soviética. Tanto es así que en la medida en que las autoridades soviéticas intenten remediar esta escasez acumulada, la cifra de la productividad de capital, así como de la producción, disminuirá.

c) **Disminución de las zonas donde el capital de productividad puede ser reemplazado.**—Si las autoridades soviéticas realizasen inversiones racionalmente, se supondría que facilitarían material antes que nada a aquellas industrias donde el capital es más productivo. Esta suposición es cierta, por lo que respecta a las cantidades destinadas a la industria pesada, pero no en lo que se refiere a la ligera. Por ello la productividad de capital no se puede aumentar incrementando las inversiones en las industrias de bienes de consumo, pues esto depende en parte de anteriores inversiones en la agricultura, donde la productividad de capital es baja.

6. **Disminución de los recursos.**—La disminución de ricas reservas aumentará los gastos tanto en lo que se refiere a la mano de obra como en el capital empleado en las minas, al mismo tiempo que esta disminución de recursos accesibles originará un mayor coste de los transportes. Los equipos y la mano de obra extra necesaria no podrá emplearse para aumentar la producción en otros sectores, aunque pueden darse circunstancias que permitan sustitución.

ZONAS DEL CONFLICTO

En este libro se ha tratado de demostrar que los requerimientos indispensables para que la política norteamericana pueda cumplir las tareas que le compete son: 1) Impedir el establecimiento de una hegemonía global comunista; 2) Reducir, tanto como lo puedan los Estados Unidos, las probabilidades de una guerra general, y 3) Mantener la puerta abierta para el futuro desenvolvimiento de los

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTISTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 2 PESETAS

acontecimientos, que puedan alterar la situación internacional en un sentido favorable para los intereses norteamericanos y del mundo libre.

Nuestras estas ideas, aparecen muy claras en lo que respecta a este aspecto negativo de nuestra tarea, pero no presentan una claridad parecida, cuando se trata de concretar nuestros objetivos positivos en las diversas zonas de controversia. Tanto es así, que incluso se plantea antes que nada la interrogante de qué es lo que nosotros entendemos como tales objetivos posesivos.

Numerosos esfuerzos se han hecho para volver a formular estos objetivos, para hacerlos más precisos y para proveerles de una mayor consistencia. Ahora bien: estos refinamientos tienden a forzar unas conclusiones que van más allá de los límites de nuestros actuales conocimientos. Lo malo de todos estos esfuerzos no estriba en que sean desafortunados, sino en las ambigüedades en que incurrir al enfrentarse con nuestra inevitable inseguridad sobre el futuro curso de los acontecimientos de la Unión Soviética y sobre nuestra posible influencia sobre los mismos. Para superar esta incertidumbre, para tratar de dar una impresión de claridad donde las cosas aparezcan oscuras, no tenemos más remedio que servirnos de una política realista.

Entre lo que podíamos calificar de perspectivas de nuestra política en relación con la Unión Soviética, aparecen tres aspectos dignos de señalarse, porque ellos condicionan de una manera expresa nuestra política con Rusia. Se puedan caracterizar del siguiente modo: A) Defensa de la actual línea que divide al mundo libre del mundo comunista, sin intentar disminuir la actual zona de dominio soviético, B) Defensa de la actual línea, pero con el intento de lograr convencer a los comunistas de la necesidad en que se encuentran de cumplir los compromisos que contrajeron durante y después de la guerra en relación con las naciones y pueblos incorporados forzosamente al bloque comunista; y C) Avance y presión contra el bloque comunista por medio de una presión básica más o menos directa.

¿Cuál de estas perspectivas debe condicionar nuestra política? Nada puede decirse definitivo, pues cada una de ellas sirve para momentos determinados de nuestras relaciones. Según nuestra opinión, nuestros propósitos referentes a las relaciones rusonorteamericanas constituyen sólo una parte de la política estadounidense. La necesidad de reforzar las defensas del mundo libre y de reducir las probabilidades de que se produzca una guerra general, así como todas las otras cuestiones de política exterior relacionadas indirectamente con los problemas soviéticos norteamericanos, deben ser tenidos en cuenta si nos queremos lanzar a una acción determinada.

A todo esto hay que agregar que el significado de la decisión depende considerablemente de la categoría de la acción emprendida. Si se trata de decidir si se debe o no arrancar un territorio de los límites de la Unión Soviética, las medidas deberán ser tajantes y claras. Si lo que se intenta es algo menos importante y sólo se intente, por ejemplo, dar nuevas instrucciones sobre el matiz de nuestras emisiones de radio en el extranjero, las perspectivas por las que habremos de optar son menos agobiantes y dentro de ellas cabrá una mayor flexibilidad.

No obstante, el optar por una decisión aislada no nos libra de la necesidad de pensar las decisiones en cada nueva situación, ni tampoco elimina la posibilidad de que por numerosas razones tengamos frecuentemente que seguir una línea de acción que no está de acuerdo con nuestras preferencias. Por el contrario, existe una gran posibilidad de que actuemos en un sentido que se encuentra en completa armonía con nuestras perspectivas, como ocurre al fomentar el desarrollo económico del mundo libre. Si llegamos a obsesionarnos con el mantenimiento de nuestra posición y perdemos nuestra sensibilidad para captar las realidades del momento, nos habremos hecho más mal que bien.

Por todas estas razones la función primaria de estas perspectivas no es obligarnos a tomar decisiones precipitadas, sino la de tomar concretas decisiones y poseer un gran conocimiento de todas las implicaciones que nuestros pasos acarrearán al ser dados. Esta apreciación descubrirá toda su certeza si se observan una por una las diversas zonas en

que chocan los intereses de americanos y rusos, pues son ellas precisamente los terrenos de prueba donde debe intentarse la reconciliación de propósitos y decisiones.

UNA MIRADA HACIA EL FUTURO

Nuestro problema es algo muy serio y cuya seriedad no ha disminuido a pesar de los cambios ocurridos durante los últimos tres años, que han seguido a la muerte de Stalin. La superficie de las relaciones internacionales ha variado, el estilo de la diplomacia soviética, es algo menos duro, pero seguimos enfrentándonos con dos grandes peligros, cada uno de los cuales es capaz de destruir nuestra civilización: la radical e intransigente hostilidad de las concepciones e intenciones del comunismo soviético y el fantástico desarrollo del poder destructivo del hombre, que sigue una línea de progreso indefinido.

No se descubre ninguna solución segura ni definitiva. La existencia de un peligro aumenta enormemente las dificultades para dominar el otro. Cualquier decisión encaminada a precipitar una solución promete solamente la certeza de una hecatombe. Por encima de todo debemos comprender que no es posible para los Estados Unidos exclusivamente el poner término a esta situación, pues cualquier acción impropia sólo garantiza la victoria de la Unión Soviética a una conflagración atómica.

Esto no quiere decir que estos problemas se encuentren fuera de la capacidad humana de controlarlos y que como Fausto no nos quede más remedio que esperar inevitablemente el fatal desenlace en el sucederse de los días y las horas. Por nuestra parte no creemos inevitable el triunfo de la Unión Soviética ni la guerra termonuclear.

Es indudable que la situación no podrá mejorar sensiblemente si no se produce un profundo cambio por parte de la mentalidad soviética. La característica y enraizada hostilidad de las intenciones soviéticas en relación con la supervivencia de otras sociedades, el dogmatismo comunista sobre su pretensión de ser el único camino del futuro y su decidido propósito de utilizar todos los medios disponibles para la consecución de estos objetivos constituyen serios obstáculos para lograr una normalización de las relaciones rusoamericanas.

La principal cuestión es la de saber cuáles han de ser los cambios que se han de producir y si los Estados Unidos son capaces de fomentarlos de algún modo. Existe unánime consenso en que el cambio puede producirse. El mundo varía constantemente, los regímenes surgen y desaparecen o evolucionan en nuevas formas, provocadas por motivaciones distintas. En lo que ya no hay acuerdo es en la cuestión de qué orientación seguirá este cambio o sobre los medios de que se dispone para originarlos. A este respecto se señalan como posibles situaciones una sensible disminución del celo comunista, incluso dentro de su propia esfera, ante la decisión del mundo libre, a impedir un paso más adelante de los comunistas; otra situación sería la que surgiese por un mayor entendimiento diplomático entre las dos partes adversas y finalmente la tercera, ejercer una presión tan fuerte sobre el bloque comunista que se le forzaría a su desaparición.

La principal dificultad de estas perspectivas radica en que todas ellas tienen problemáticas posibilidades de realización y que además carecen de medios adecuados para originarlas. Todas estas perspectivas aunque son probablemente irreconciliables en principio, sus diferencias varían considerablemente, según el género de la acción a que se aplican. La más irreconciliable parece ser aquella que coloca toda la importancia sobre la fuerza física. Es evidente que no existe posibilidad de armonizar una política de estricta no intervención, incluso en Europa oriental, con otra que intenta arrancar territorios o derrumbar regímenes, incluidos dentro del imperio ruso.

Por toda una serie de razones comprensibles, la política americana debe mantenerse en una situación que la distancie igualmente tanto de los compromisos entorpecedores como de la acción violenta y convencer a los soviets de que no realicen más experimentos violentos, teniendo para ello la habilidad de convertir en hartos costosos y perjudiciales para sus intereses, estos experimentos.



CINCO HOMBRES DE LA NATO

Barón Bentinck, general Norstad, almirante Bos, general Van Giessen, general Van den Waile

CINCO hombres de la NATO. El barón Adolfo Bentinck, secretario general delegado de la Organización; el general Lauris Norstad, jefe supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa; el almirante Bos, jefe de las Fuerzas Navales de Centroeuroa; el general Van Giessen, jefe coordinador adjunto de la Defensa Aérea de Centroeuroa; general Van den Walle Bake, jefe de operaciones del Ejército Norte... He ido a ver estos hombres sobre los que recaen algunas de las máximas responsabilidades de la Organización. Para hablar con ellos me he trasladado al Palacio Chaillot, de París; al pueblo francés de Marnes-la-Coquette, en cuyas cercanías se encuentra el Cuartel General de la SHAPE; al palacete de Fontainebleau, donde está instalado el Mando de los ejércitos aliados en Centroeuroa; a Munchen-Gladbach, sede del Cuartel General del Ejército del Norte...

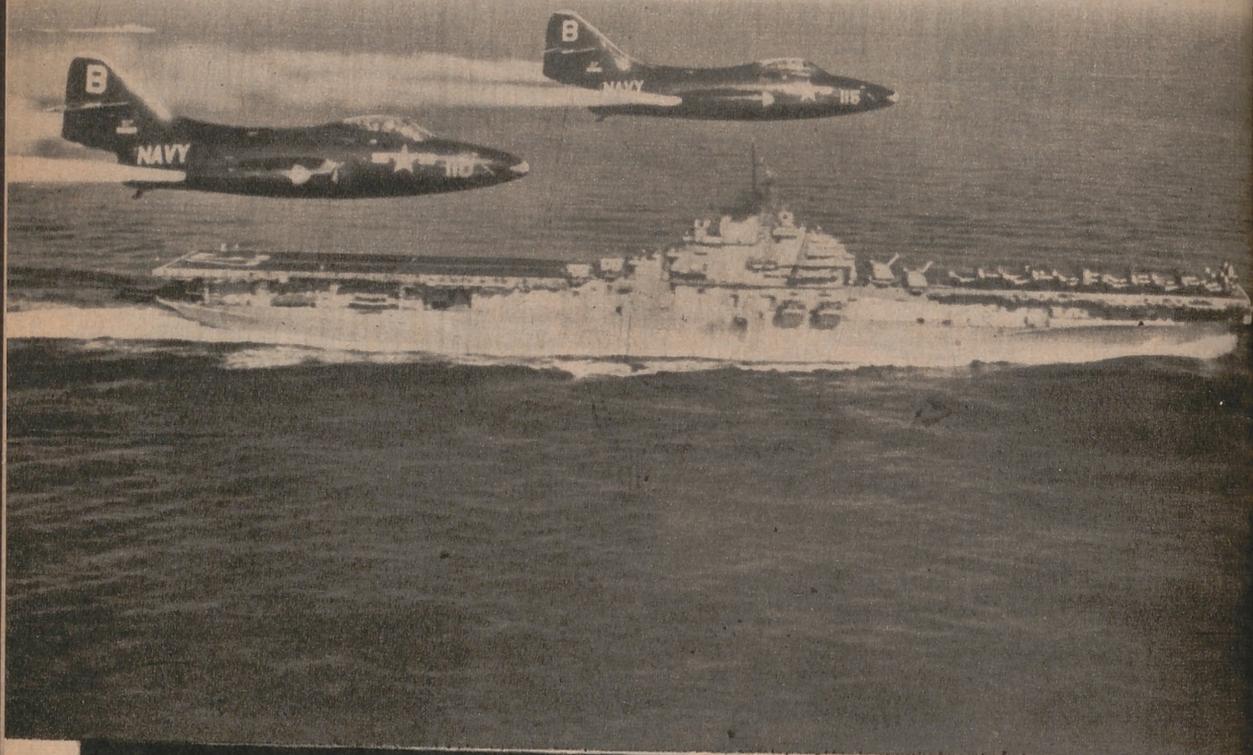
En su despacho del Palacio Chaillot en París me recibe muy amable, en mi calidad de periodista y locutor español, el barón Adolfo Bentinck, secretario general delegado de la Organización del Pacto Noratlántico. El barón Bentinck conoce España y es un admirador de las bellezas de nuestra tierra y del carácter y de las costumbres de los españoles.

Se establece cordial la conversación.

«Con frecuencia pensamos en la NATO como en una organización puramente militar. Yo creo, sin embargo, que la NATO trata también, naturalmen-



El general Norstad, con el corresponsal de EL ESPAÑOL, Jose Maria Olona. Arriba, el cuartel general de la N. A. T. O. en Marly-le-Roi, cerca de París



Fuerzas de la N. A. T. O., en el mar y en el aire, muestran su potencia

te, de asuntos no militares. ¿Podría usted decirme algo sobre ese aspecto no militar de la Alianza Noratlántica?

—Me satisface que usted sugiera este punto. El hecho de que la más urgente tarea para la NATO, en la primera fase de su existencia, fuera, por supuesto, la organización de su sistema militar defensivo, puede haber oscurecido quizá los aspectos no militares del Tratado. Si usted me pregunta por una definición concreta de la NATO tendría que decir que es una «Alianza para la defensa y desarrollo de la Civilización Occidental». Esto significa que no debe sólo defender su territorio contra una agresión militar, sino también formar un firme acuerdo occidental en el campo político, económico y social.

—Pero en la práctica, ¿ese firme acuerdo es o será una realidad? Perdóne si le digo que supongo divergencias...

—La Asamblea de ministros de la NATO, celebrada en París el pasado diciembre dedicó especial atención a estas cuestiones. Se acordó, entre otras cosas, que era necesaria una más amplia e íntima consulta entre los países miembros sobre asuntos políticos. La penetración soviética—política y económica—en diferentes partes del mundo viene resultando un real peligro para Occidente. Nosotros debemos actuar en común y recordar en todas circunstancias

los intereses y requerimientos de la Alianza en su conjunto.

—Quería preguntarle acerca del interés ruso en el Oriente Medio. ¿Tiene ello algo que ver con la NATO?

—Es esta una cuestión que exactamente muestra el doble carácter de la Alianza Noratlántica. Desde un punto de vista militar, el Oriente Medio no concierne a la NATO. Pero desde un punto de vista político el desarrollo de los acontecimientos en Oriente Medio nos interesan naturalmente mucha. La seguridad, la estabilidad y bienestar de esa zona son esenciales para el mantenimiento de la paz mundial. Y preservar esa paz es objetivo de la NATO. Por tanto el Consejo ha acordado vigilar el desarrollo de los acontecimientos bajo estrecha y continua observación.

—Usted me habló antes de consultas políticas entre los Gobiernos miembros de la NATO. ¿Qué resultados han obtenido tales consultas en la práctica?

—El organismo es el Consejo Noratlántico en París. Allí los ministros de los países de la NATO o sus representantes permanentes se reúnen y discuten los problemas comunes.

—¿Y con qué frecuencia se reúne el Consejo?

—Los ministros de los 15 países de la NATO—que son los ministros de Asuntos Exteriores, algunas veces acompañados por los ministros de Defensa y Finan-

zas—se reúnen unas tres veces al año. Pero el trabajo del Consejo es de naturaleza continua. Y esa es la razón por la que cada país miembro tiene una representación permanente en París con categoría de Embajada. Gozan estos representantes de los mismos poderes ejecutivos que sus ministros respectivos y se reúnen como regla cada miércoles o cada día si las circunstancias lo aconsejan. En caso de urgencia puede ser convocado el Consejo con solo media hora de anticipación y—en virtud de que los representantes permanentes están investidos de plenos poderes—tomar, por consiguiente, decisiones inmediatas. Las sesiones son presididas por el secretario general de la NATO, lord Ismay.

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

—En el Palacio Chaillot somos en total alrededor de 600.

—He visto, naturalmente, oficiales de diferente nacionalidad. ¿Están esos oficiales al servicio de sus Gobiernos respectivos?

—No. Están exclusivamente al servicio de la NATO. Aquí todos los empleados son pagados por un fondo internacional instituido al efecto, y con respecto a su trabajo son independientes de su Gobierno nacional. Se podría decir que son empleados internacionales.

Por último, el barón Bentinck se refiere a España, que tantos intereses comunes tiene con los países de la NATO.



Los soldados de tierra pertenecientes a la N. A. T. O. se adiestran en continuas maniobras

CON EL GENERAL NORSTAD, JEFE SUPREMO DE LAS FUERZAS ALIADAS DE LA NATO

El general jefe de la NATO, comandante supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa, es el general Lauris Norstad, que cuenta cuarenta y nueve años de edad y es el más joven general de cuatro estrellas del Arma aérea norteamericana. Su aspecto juvenil y su edad no han constituido obstáculo en su rápida ascensión. Ni tampoco su admirable sencillez. En Africa del Norte, durante la pasada guerra, un coronel norteamericano que le vió de paisano y no le conocía creyó que se trataba de un simple soldado u oficial subalterno y le pidió por favor que fuera a buscarle algunas bebidas. El general cumplió el encargo y sirvió las bebidas antes de darse a conocer.

Al general Norstad le gustan los buenos libros, la buena música, la fotografía, el golf y la pesca con caña; aunque sus actuales ocupaciones no le dejan tiempo para dedicarse a sus distracciones y deportes favoritos. Es hombre inteligente, afable y enérgico. Reside en una bonita villa situada en un pueblecito francés (Marnes-la-Coquette), cercano a su Cuartel General de la SHAPE, en compañía de su mujer y de su hija Kristin, una encantadora jovencita de dieciocho años, que entiende mucho de

alta costura y habla correctamente el francés, el alemán y el italiano.

He encontrado al general muy delgado en comparación con antiguas fotografías suyas, aunque rebozante de optimismo y actividad.

—El general anda hoy ocupadísimo, pero con mucho gusto le recibirá a usted unos minutos— me dice un secretario que trabaja por los pasillos del Cuartel General.

Poco tiempo después el general estrecha sonriente mi mano, al parecer un poco sorprendido cuando me presentan como periodista español y locutor de la Radio holandesa.

—¿Qué desea usted saber?— me dice en inglés con cara algo más seria.

—Quisiera que me hablara en términos generales sobre el potencial actual de la NATO y su futuro desarrollo. ¿Podría grabar su respuesta en cinta magneto-fónica?

—Encantado.

El general se sienta ante un micrófono instalado al efecto y me hace en inglés la siguiente declaración, que resumo y traduzco:

—Las perspectivas para la defensa de la NATO son buenas; de hecho, excelentes. Nuestra misión nuestra estrategia enfoca ante todo y persigue como objetivo principal el evitar una guerra. El logro de este propósito depende de tres elementos inti-

mamente relacionados: Primero. Tiene que haber en la NATO fuerzas militares con la suficiente potencia y cohesión para asegurar que ningún ataque contra la misma pueda obtener éxito. Segundo. Tiene que existir a través de todos los componentes de la NATO una voluntad unánime para utilizar estas fuerzas en caso de necesidad. Finalmente, cualquier posible agresor debe conocer ciertamente que la NATO posee tales fuerzas y tal voluntad.

La esencia real de esta potencia no es más que la capacidad de ataque y de choque de nuestras fuerzas, las que hoy podrían destruir un agresor tan temerario como para atacar. Nuestras fuerzas han llegado a ser poderosas y fuertes, mucho más fuertes, sospecho, de lo que comúnmente se cree.

No puede haber duda alguna respecto a la fuerza y a la voluntad que anima a la NATO. Nuestra inmediata tarea es la de preservar la paz y prevenir la guerra, pero si nuestros argumentos disuasivos fallaran entonces debemos defender el territorio de la NATO. Para ello necesitamos una fuerte defensa o escudo. Aunque nuestro escudo no fuera todavía suficientemente fuerte es ya, sin embargo, formidable y está siendo constantemente reforzado.

Mucho se ha llevado a cabo ya. Tenemos para el futuro seguros e infalibles planes. Y tene-

mos, sobre todo, confianza y fe.

—Le deseo mucho éxito y quedo muy agradecido, mi general.

Momentos después el general Norstad volaba en su avión particular con rumbo a Washington.

EL ALMIRANTE BOS Y EL SUBMARINO «NAUTILUS»

En Fontainebleau, en un viejo palacete, se ha instalado el Mando de los ejércitos aliados en Centroeuropa. Allí me dirijo en un coche puesto amablemente a mi disposición por el Estado Mayor de la NATO. Me acompaña el comandante holandés Van der Poel quien me informa durante el viaje sobre la personalidad y las ideas del general de Aviación Van Giessen que voy a visitar. Según Van der Poel, el general Van Giessen es un militar de concepciones audaces, indiscreto y genial. Todo lo contrario al carácter de un holandés. Como Van der Poel habla bastante mal el francés y yo hablo bastante mal el holandés, resulta que nos entendemos muy bien en un extraño idioma que fabricamos a nuestro capricho mezclando palabras holandesas y francesas. Nuestro chófer es un soldado francés que me llama «monsieur le capitain» y me hace unos aparatosos saludos que me molestan mucho. Por lo visto alguien le ha contado que además de periodista soy oficial de complemento del Ejército español.

Antes de ver a Van Giessen me interesa visitar al vicealmirante Bos, jefe de las fuerzas navales de Centroeuropa, que se encuentra también en Fontainebleau. No encuentro dificultades y mi pasaporte español que tengo que dejar al portero o a un policía vestido de portero, es mirado y reminado con curiosidad y simpatía.

El almirante Bos es un hombre comedido y prudente. Habla un poquito de español y pretende explicar en mi idioma toda la complicada organización de sus Fuerzas Navales. Como no le entiendo una palabra y tengo mucha prisa le ruego que continúe sus explicaciones en francés, idioma que conoce muy bien.

—Mi Estado Mayor, situado en Fontainebleau, se compone de 24 oficiales de Marina, representantes de cinco naciones: Francia Holanda, Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania.

—Perdone, almirante, pero ¿por qué el Mando de la Marina está instalado tan lejano a las bases navales y al posible teatro de operaciones?

—Su presencia está aquí justificada, ya que la defensa de nuestra zona implica numerosos problemas navales. Desde aquí establecemos el necesario enlace con las jefaturas navales situadas en la periferia de Centroeuropa. Y también con los Mandos de los Ejércitos de Aire y de Tierra que nuestras operaciones navales deben apoyar. Además hoy día nada está lejos—agrega filosóficamente el almirante Bos.

—¿Cuentan ustedes con una fuerza naval efectiva y bien coordinada?

—Sí, indudablemente. Y ahora la integración de las Fuerzas Navales alemanas contribuye a apoyar eficazmente la defensa del flanco norte de Centroeuropa. Contamos con marinos preparados con bases de gran valor estratégico y con modernas unidades bien equipadas.

—A propósito de modernas unidades, ¿puede usted brindarme detalles sobre alguna novedad a utilizar en el caso de una futura batalla naval?

—Los submarinos atómicos, por ejemplo. El «Nautilus». Pero eso, por ahora, no es de mi incumbencia. Pregunte usted a Norteamérica si quiere saber detalles—me dice riendo.

—Así lo haré, almirante—le contesto muy serio.

Días después recibía en mi despacho de Hilversum una cinta magnetofónica con unas declaraciones del comandante del «Nautilus» recogidas por un colega correspondiente de la Radio belga y transmitidas por la estación de Bruselas. Nada de particular. El «Nautilus» acababa de realizar un extraordinario viaje de no sé cuántas leguas seguidas bajo el agua, a 40 metros de profundidad. En sus flancos lleva una carga de uranio con un peligro de radiación de un dos por ciento. La propulsión es de duración desconocida. Casi todo es un secreto, aunque se sabe que la manobra es parecida a la de un submarino normal, pero que marcha más de prisa y a mayor

profundidad. Impulsado por energía atómica sin necesidad de repostar combustible, cubre bajo el agua distancias enormes. Desde luego un artefacto sensacional.

UN GENERAL DE AVIACIÓN QUE NO CREE EN LOS AVIONES

La aparición de las nuevas armas hace posible e incluso necesaria una evolución de los ejércitos tradicionales. Esta opinión, expuesta en numerosas ocasiones por el general Norstad, es naturalmente compartida por todos los jefes a sus órdenes y, en términos audaces, por el general mayor de Aviación Van Giessen, jefe coordinador adjunto de la Defensa Aérea de Centroeuropa. Pero esta evolución debe ser realizada con un ritmo determinado que permita un periodo de paulatina transición.

Hablo con el general Van Giessen sobre la posibilidad de reducción de la artillería convencional con la introducción de los proyectiles teledirigidos provistos de una carga clásica o de una «cabeza» atómica.

—¡Los proyectiles teledirigidos! ¡Inicresantísimo!—me dice Van Giessen con mal contenido entusiasmo—. Pueden alcanzar grandes distancias y ser lanzados desde cualquier lugar. Y no solo se trata en determinados casos de reemplazar las antiguas piezas de artillería. En mi opinión los proyectiles teledirigidos sustituirán con éxito en una futura guerra a los propios aviones.

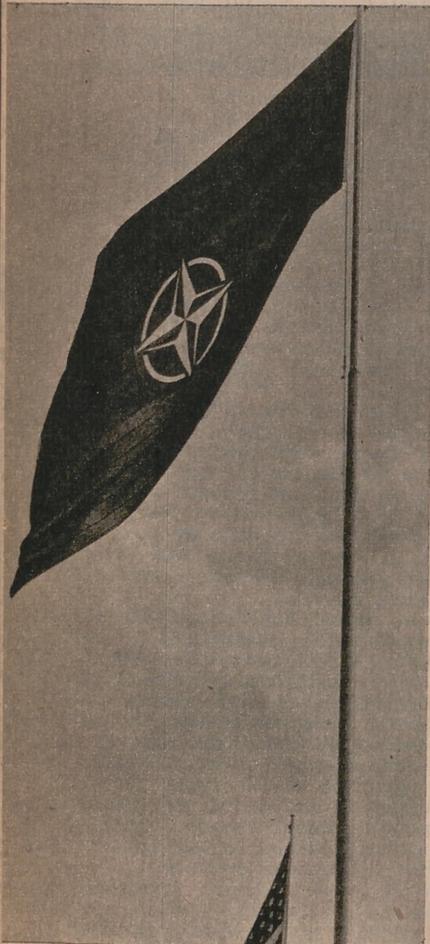
EN ALEMANIA, CON EL GENERAL VAN DEN WALLE BAKE

Había ido a Alemania con la secreta esperanza de entrevistar me con el general alemán Speidel. Cuando llego me entero que el general está en París y que nos hemos cruzado en el camino. Como no es cosa de volver sobre mis pasos, decido reservarme a Speidel, con Adenauer, para un próximo posible reportaje.

Encuentro al general de brigada Van den Walle Bake en Munchen-Gladbach, en su Cuartel General del Grupo del Ejército Norte. Es inteligente y habla correctamente el francés, el inglés y el alemán.

Me explica rápidamente algunos detalles sobre la organización de su Jefatura de operaciones de la NATO:

—Este Grupo del Ejército Norte está mandado por el teniente general Dudley Ward y se compone de unidades belgas, británicas y holandesas, además de una brigada canadiense. Disponemos también de algunas divisiones de reserva destinadas a reforzar las unidades belgas y holandesas en caso de movilización. Es fácil darse cuenta que el mando de fuerzas procedentes de tan diferentes países es un problema especial. Por ejemplo, hay ahora unos diecisiete oficiales holandeses trabajando en este Cuartel General y un número análogo de oficiales belgas. Cada uno de ellos puede individualmente manifestar su experta opinión sobre las disponibilidades de su propio



La bandera de la N. A. T. O.



También en la N. A. T. O. hay mujeres que trabajan... Esta encantadora cabo norteamericana se encarga de mantener las comunicaciones telefónicas internacionales

país, pero como equipo trabajan todos juntos en los planes del Grupo de Ejército. Pronto esperamos también incorporar oficiales alemanes.

—¿Y cuáles son más concretamente esos especiales problemas que menciona?

—Existen los problemas que implican las diferencias de idiomas, la distinta formación militar de las diversas unidades, así como los diferentes aspectos psicológicos y de costumbres. Pero, cosa sorprendente, que a menudo nos asombra a nosotros mismos, todo marcha realmente bien.

—¿Cómo ve usted, mi general, la colaboración alemana en el seno de la NATO?

—Aquí en Alemania la colaboración actual de autoridades y empleados a nuestras órdenes es verdaderamente admirable. Y espero que en el futuro, en una mayor escala, seguirá siendo también admirable.

—Podría hablarme de la situa-

ción e importancia de las principales líneas de defensa?

—Se trata más que nada de bases y medios de defensa. Hoy día ha desaparecido la antigua concepción de una línea defensiva al estilo de la línea Maginot, por ejemplo. Pero sobre esto prefiero no hablar una sola palabra. Simplemente, a pesar de las lógicas dificultades, me manifiesto optimista.

Cinco personalidades de la Alianza militar atlántica nos han expuesto sus puntos de vista sobre la NATO, sistema éste que constituye la clave defensiva militar de Europa. De tanta trascendencia es la Organización que el Congreso de los Estados Unidos la eleva reiteradamente al orden del día de sus debates. Ven en ella un mecanismo vital, al que intentan darle siempre una superior efectividad y dinamismo.

Así ha sido al pronunciarse en estos días el Congreso norteamericano en el sentido de que se apruebe el ingreso de España con carácter de urgencia. Este deseo

ha plasmado en el voto unánime del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, que ha recomendado al Departamento de Estado que trabaje con rapidez para la inclusión de nuestro país en la Alianza.

Sobre este asunto, el parecer de España está expuesto rectamente por el Caudillo en sus recientes declaraciones, al diario «The New York Times»: «Lo que no quiere España en cuanto a la NATO y otras organizaciones internacionales se refiere, es poder llegar a ser motivo de las pasiones partidistas en que se desarrolla la política interna de los otros pueblos, cuando la realidad de los acuerdos que mantenemos con Norteamérica y Portugal en caso de emergencia nos asociarían de hecho ante el peligro con aquellos países. En este orden y dentro del respeto mutuo, no nos hemos negado a una mayor coordinación política y económica».

José María OLONA

DENUNCIA CONTRA EL TERROR

UN LIBRO DE P. H. SIMON QUE
DESCUBRE LOS PROCEDIMIENTOS
SEGUIDOS EN ARGELIA

EL EPISCOPADO FRANCÉS CONDENA LOS
EXCESOS COMETIDOS POR AMBAS PARTES



ARGELIA taladra cada día más profundamente la moral del pueblo francés. Primero fué el teniente Jean Jacques Servan-Schreiber, que, en la primera semana de marzo comenzó a publicar en «L'Express» su serial «Lieutenant en Algérie». Luego, «Le dossier de Jean Muller» continúa atizando el fuego, que aviva todavía más Pierre Henri Simon al publicar «Contre la torture». El remate ha sido la declaración de los cardenales y arzobispos de Francia, que juzgan con gran severidad las atrocidades cometidas en Argelia, tanto de la parte francesa como de la argelina.

El país parece hallarse inmerso en una nueva época dreyfussista, rebotante de «pros» y de «antis». De un bando a otro se hacen terribles acusaciones. Inquietante es la obra de Simon, pero tal vez tenga más efecto sobre el pueblo la narración de Jean Jacques Servan-Schreiber.

En «Lieutenant en Algérie», el soldado Geronimo, el lugarteniente Martin, el sargento Mauré, el

capitán Julienne y el comandante Marcus son las figuras centrales en las que se enrosca la tesis del autor, al parecer, trasunto irrefutable de la realidad.

Clima realista y seco, desesperanzado y algo utópico, a lo Remarque:

«Julienne está lleno de aprensión. Si «Gran Bouillon» se encarga del asunto, ¿adónde iremos? Reflexiones, por otro lado, totalmente inútiles: cuando los generales aparecen en el horizonte —en sus helicópteros libélulas—, los capitanes se convierten instantáneamente en máquinas de ejecutar órdenes.

«El «Bell» está ahora justamente sobre nosotros, a unos cien metros, con el objeto de que la conversación resulte más fácil:

—«Halló, «Cardinal»; aquí «Grand Bouillon» en persona. ¿Por qué se ha detenido la línea Verde? Le escucho.

«Nos han tirado dos ráfagas de fuego, provenientes del ángulo noroeste del caserío. Voy a en-

viar un pequeño grupo para neutralizar el fuego. Le escucho.

«Nuevas ráfagas de fuego, cada vez más abundantes. Se ha recrudecido el tiroteo, y nuestros hombres, desde sus posiciones resguardadas, responden. El caserío continúa inmóvil.

—«Cardinal»: si han abierto el fuego, le doy la orden de suspender toda tentativa en solitario. Voy a hacer intervenir nuestro apoyo de artillería. Mis instrucciones son: desarticule su dispositivo terrestre; que sus líneas avanzadas se retiren a más de doscientos metros de los alrededores del caserío. Dentro de cinco minutos comenzará el bombardeo. ¿Bien comprendido? Le escucho.

«No había llegado el momento de dar el gran golpe, de oploter brutalmente la reacción individual a la todopoderosa jerarquía, de decir, en fin, a un general lo que pensaba, como lo pensaba, de desobedecer?

«En estos momentos de cólera brusca, él se veía por unos mo-



Operación de limpieza en la
Casbah: 20.000 detenidos

mentos errante por todas las rutas, antiguo oficial en activo, gritando por todas las plazas públicas al pueblo de Francia cómo su Ejército, la fiera de la nación, había llegado a convertirse en una siniestra mascarada en las manos de aquellos ambiciosos y de gran número de imbéciles.»

Luego, el bombardeo de aquel pequeño poblado. Y surge el comentario: «Un pequeño «comando» es un arma de capitán. Un bombardeo es un arma de general.» El matiz de absurdo resentimiento es clarísimo, de pacifismo desintegrador a los años veinte. Julienne y Gambert, otro personaje característico, ven cómo el objetivo es hecho polvo.

—«Mi capitán—dice Gambert en un cierto momento, movido por la impresión de lo que está contemplando—, no puedo más; deseo regresar a Francia.

Y llegan nuevas disquisiciones derrotistas. Total: disolución, y entre una advertencia a la crúdsima represión, surgen las solapadas críticas al Ejército.

EL «RAPPORT» DE MARCUS

Julienne habla a Marcus de su estado de espíritu desde que había llegado, un mes atrás: «Esto que se nos obliga a hacer conduce directamente a la pérdida de Argelia y, subsidiariamente, de nuestro honor de franceses. No es necesario hacerte un cuadro; tú conoces todo esto mejor que yo; tú sabes lo que quiero decir... He creído que la buena voluntad podría influir un poco en el curso de las cosas. Era una ilusión de «boy-scout».»

Y Marcus le habla de un pequeño «rapport» que ha ideado y escrito sobre la pacificación:

«El regimiento ha recorrido seis mil kilómetros en el Constantinois la Kabylie y el Algerois participando en operaciones en veinte comunidades y actuando con más de quince unidades diferentes. Por todo ello se ha podido constatar que los métodos utilizados eran anárquicos y, salvo raras excepciones, ineficaces; que a

pesar de las declaraciones oficiales, la situación ha mejorado, y si al contrario, se ha agravado...

«Ante este estado de cosas se plantean gran número de cuestiones: ¿Cómo debe el Ejército cumplir la misión que se le ha confiado? Entre los errores cometidos, ¿cuáles son los más graves y cuáles sus causas?

«Toda la acción de los rebeldes descansa en el apoyo, voluntario o no, de la población, que les indica, les avitualla y les esconde. Este apoyo les es indispensable... Igualmente, sin la colaboración activa de la población, el problema planteado a nuestras fuerzas resulta insoluble. Incapaces, por sus propios medios de distinguir los rebeldes de los pacíficos ciudadanos, se ven constreñidos por la falta de indicaciones y se ven obligados a una ciega represión. Cada falso «fellagha» aporreado es sustituido por diez verdaderos; hasta el día en que nuestras fuerzas, encontrándose cara a ellos, a la totalidad de la población, sean forzados a llevar una política de

exterminación—hipótesis excluida por definición—o a renunciar...

«El Ejército debe buscar antes de rehacer la población ganar su confianza. La destrucción de las bandas rebeldes, que constituye el aspecto puramente militar, no debe, pese a las apariencias venir más que en segunda urgencia...

«Para recuperar la población, para ganar su confianza, ante todo, conocerla bien, multiplicar los contactos humanos... La confianza está, esencialmente, en función de la actitud adoptada. Tener una actitud humana o sea, proscribir toda violencia inútil, y también tratar al pueblo como a un igual, evitando toda discriminación entre europeos y musulmanes...

«Pero la realidad, hoy, es muy otra. Hay que confesarlo. Las directrices oficiales se encierran en vagas generalidades. Y no son, por supuesto, generalmente aplicadas...

«La debilitación actual de la autoridad lleva en particular a excesos inadmisibles en la actitud «vis a vis» de la población. Esta actitud oscila entre la debilidad más insignificante y la violencia más culpable.

«Gran número de unidades que dejan sin réplica durante largas semanas la persecución de los rebeldes, que les permiten impunemente derribar las líneas telefónicas, cortar las rutas a pocas centenas de metros de sus puestos, incendiar granjas y escuelas; gran número de estas unidades, arrastradas luego por una cólera ciega, se dejan llevar a los peores excesos: pillaje, asesinatos, torturas colectivas, que no ceden en nada a las cometidas por el adversario, y justifican todas las propagandas...

«¿Para qué proseguir? Los hechos están claramente expuestos y con profundas y misteriosas razones. En el relato de Jean Jacques Servan-Schreiber hay de todo. Pero, como más adelante veremos, hay un punto común con las acusaciones sostenidas por otros sectores de la opinión francesa infinitamente más dignas de creer. Nos referimos, en concreto,

a la acusación de terrorismo. No se trata de defender, cosa absurda e inhumana, el de los argelinos, sino de hacer constar las irreparables taltas cometidas por ambos bandos.

LA DEFENSA DE JEAN DIDES

La réplica no se ha hecho esperar. El relato de «L'Express» ha levantado opiniones contrarias en diversos sectores. «Rivarol» ha llevado la voz cantante. En su protesta hay una parte aprovechable y otra que ya no debe de poder admitirse, como es el intento de negar la dureza de la respuesta—a veces, no es tal respuesta, sino iniciativa—en que caen con gran frecuencia las autoridades francesas en Argelia.

Monsieur Jean Dides, diputado por el Sena, ha llevado la batuta en las reclamaciones y acusaciones ante el ministro de Defensa Nacional. Los puntos básicos son los siguientes: 1) Es inadmisibles que a su regreso de Argelia, un oficial francés, con la complacencia de un semanario derrotista, acuse, en un artículo odioso, a sus camaradas de combate de diversos crímenes graves; 2) El ministro debe de proceder inmediatamente contra el desleal oficial y su cómplice «L'Express».

Las razones para su repulsa no son otras que el considerar desleal la narración de hechos muy posiblemente reales: «Leyendo «L'Express»—dice Jean Dides—, me he escandalizado al ver que un oficial francés, sea cual sea su opinión, puede acusar a sus camaradas de crímenes y torturas contra los musulmanes... Monsieur Schreiber olvida voluntariamente las matanzas, las violaciones y las mutilaciones infligidas a los elementos de dos comunidades por los rebeldes de Argelia. Bien; esto es lo que se dice por parte de los que se oponen a la versión argelina del teniente Schreiber. No hay más. Se citan hechos que derriban la versión de una represión tan dura como la actuación de los musulmanes.

Siempre se acude a lo mismo, a recriminar la crudeza en el re-

lato de lo que pesa sobre Francia en centenares de muertes y asesinatos. «Los «duros» de Argelia—dice «Rivarol»—son los antiguos de Indochina...; para M. Servan-Schreiber, nuestros soldados son unos asesinos.» El escribe:

«En la casbah de V.... el hombre que Geronimo había asesinado continuaba perdiendo sangre y mirando a la calle. Tumbado sobre el costado, a lo largo de la calzada, se agarraba el vientre con las dos manos y permanecía silencioso.»

Como este ejemplo del tan traído y llevado teniente francés se podrían citar centenares, no expuestos con espíritu derrotista y tendencioso como el que en apariencia impulsa al narrador de «L'Express», sino con un verdadero sentido humanitario.

P. H. SIMON: OTRA VOZ QUE PROTESTA

«Este pequeño libro que recibo de usted me causa tanta pena como consuelo. Lo que trae a la luz es, a la letra, intolerable; pero admiro que un francés y un cristiano lo haya escrito.» Estas son las primeras palabras con que François Mauriac saluda al joven escritor P. H. Simon por su libro «Contre la torture».

El escándalo provocado por la aparición de este pequeño volumen de 125 páginas ha sido extraordinario. «Le Monde» decía que el libro «debe ser para todos los franceses y, sobre todo, para nosotros, los combatientes, nuestros jefes militares, nuestros ministros—obsesionados por las necesidades militares—, un grave motivo de reflexión y de acción».

Son numerosos los casos de terrorismo empleado por los franceses que presenta M. Simon. «Asistimos en el siglo XX—dice el autor de la obra—a una verdadera restauración de la tortura.» Y más adelante: «¿Por qué retroceder ante las argucias, la mentira y los procedimientos técnicos, si con estos medios el último secreto de un hombre puede serle arrancado...? Incluso si la tortura de un árabe estuviera compensada por un buen resultado, yo diría que es criminal, intolerable, como una mancha sobre el honor, y mortal en el sentido que damos al acto de un pecado mortal.»

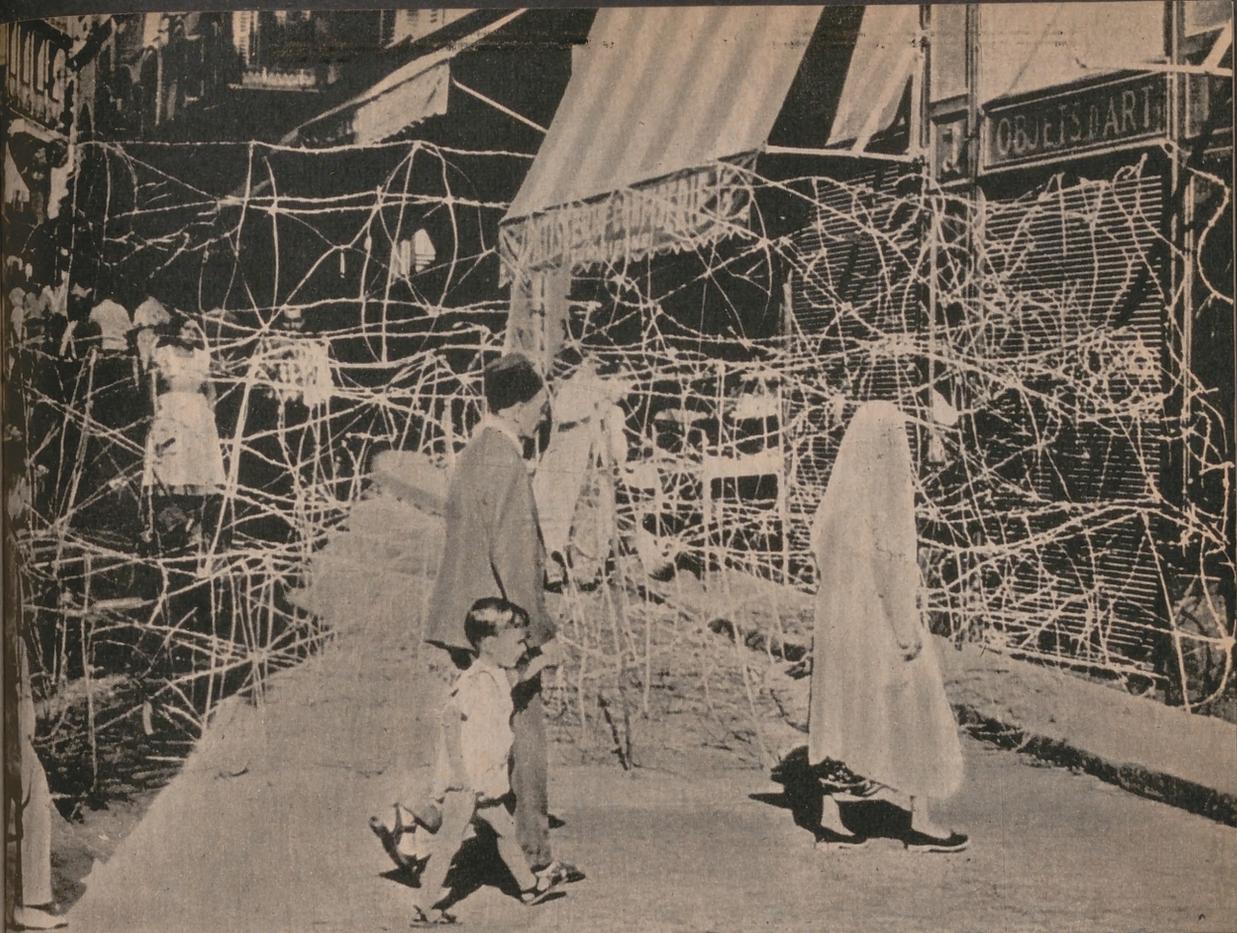
Las citas del libro de Simón podrían hacerse interminables, así como los hechos palpables en que su acusación se apoya. Ya habíamos al comienzo del reportaje de las concomitancias entre el actual momento y el del proceso Dreyfus. Tal vez, la obra de Pierre Henri Simon corresponde, paralelamente, al famoso «J'Accuse...!» de Zola. La opinión pública está claramente dividida y no trata de solapar las informaciones referentes a las salas de tortura utilizadas por algunos colonos contra los indígenas.

Mauriac, citado anteriormente, se dirige a monsieur Simon en los siguientes términos: «Usted no cree escribiendo y publicando—se refiere al libro—dar un golpe a Francia, sino al contrario, servirla y al mismo tiempo proporcionarle el único servicio que depende todavía de nosotros en una coyuntura atroz.»

La frialdad con que Mauriac trata el tema de «Contre la tor-



En Dembale, Argelia, cincuenta musulmanes son incorporados a las fuerzas francesas



Alambradas a la entrada del barrio musulmán de Argel

tura» es impresionante y, en cierto aspecto, definitiva: «Hablar o no, no está en el terreno de nuestra elección. La razón nos lo pone en evidencia. Cien mil recuerdos se han resucitado. Cien mil testimonios se confían en voz baja o hablan abiertamente o se callan. Pero algunos silencios tienen un peso mucho más fuerte que las palabras. El horrible «manejo de hechos» que usted ha reunido, ¿quién de entre nosotros no posee uno equivalente? Está seguro, suceda lo que suceda, de no haber divulgado nada que no fuese conocido o a punto de serlo.

»Usted ha renunciado, es verdad, a la facilidad de negar... Maquiavelo mismo os hubiese aprobado por haber escrito tal libro, si es verdad, como se puede constatar todavía en la O. N. U. que lo más importante para Francia es salvar la idea que los pueblos se hacen de ella.»

La estupefacción y la duda por una posición u otra con respecto a las acusaciones, no acaban de quedar fijadas y de hora en hora se complican todavía más.

EL MINISTERIO DE DEFENSA TOMA POSICION

El día 15, el Ministerio de Defensa Nacional trató de fijar una postura lanzando una nota de protesta:

«En el momento en que importantes focos de insurrección y de terrorismo acaban de ser destruidos en Argelia, ahorrando así la vida de gran número de inocentes, en el momento en que aparecen claros los progresos de la pacificación, una campaña de denigración sistemática contra la acción de nuestras fuerzas surge

en estos días en cierta Prensa y en diversas publicaciones.

»Esta campaña aparece dirigida por aquellos que habiendo negado siempre la posibilidad de un acuerdo entre las comunidades de Africa del Norte, manifiestan ahora su decepción y dan así, indirectamente, nuevas fuerzas para la continuación de la rebelión.

»La opinión pública debe saber que la atención del mando ha respondido siempre a la necesi-

dad de controlar rigurosamente las operaciones de mantenimiento del orden y que, en efecto, no ha tolerado jamás sino reprimido, las acciones que les fueron indicadas y establecidas luego de una rigurosa comprobación.

»El ministro de Defensa Nacional ha prescrito sistemáticamente todas las pesquisas a este respecto de los hechos llegados a su conocimiento, directamente o indirectamente por medio de la Prensa. Todas las encuestas han



Sospechosos detenidos por las fuerzas francesas en Suk El Tleta



En las calles de la Casbah, las patrullas invitan a la población a incorporarse al trabajo



Nacionalistas argelinos capturados por las fuerzas francesas

demostrando que los hechos eran inexistentes o considerablemente agrandados o deformados. También, consciente de su deber de defender al Ejército contra odiosas difamaciones que no pueden menos que enfurecer a todos aquellos que saben del espíritu de coraje y de sacrificio de que nuestros oficiales, suboficiales y soldados dan muestra en Argelia, ha decidido proceder contra los detractores que se asocian a esta campaña, campaña todavía más

equivoca dado que se presenta bajo la forma de testimonios en apariencia objetivos que, si fuesen exactos, constituirían para sus autores una verdadera complicidad, en la medida, en que menospreciando sus obligaciones militares no hubiesen informado puntualmente a las autoridades jerárquicas de que ellos dependían»

Lo que haya de exacto o inexacto en este comunicado queda a juicio de los lectores. Pero in-

teresa hacer notar que en el número de «La Croix» de donde se ha tomado la nota, aparece a continuación de la misma una noticia muy significativa: «En carta abierta a M. Guy Mollet, la Unión General de los Estudiantes Musulmanes Argelinos plantea una cuestión con respecto al suicidio en prisión de uno de los jefes del F. L. N., Ben M'Hidi. La fuerte personalidad moral de Ben M'Hidi —dice la carta de los estudiantes musulmanes— no puede ser sospechosa de un desfallecimiento que le condujese hasta el suicidio, como se ha dicho. En cuanto a nosotros, nuestra convicción ya ha sido establecida: Ben M'Hidi ha sido asesinado por sus torturadores.»

EL EPISCOPADO FRANCÉS ATACA LOS PROCEDIMIENTOS TERRORISTAS

La trascendencia es mayor de lo que parece. Los cardenales y arzobispos de Francia, reunidos en Asambleas días pasados, han publicado el día 15, al final de sus trabajos, una declaración de extrema severidad contra el mutuo terrorismo en Argelia. Su autoridad moral no ha podido permanecer ajena a testimonios basados en una documentación tan indiscutible—así lo afirma la Prensa italiana— como la que ha aportado P. H. Simon en su revolucionario libro.

El documento del Episcopado francés se inicia advirtiendo su resolución de no tomar partido por ningún bando político en cuanto al problema argelino en sí. Ellos se dirigen solamente a todos aquellos heridos «en el corazón y en la carne» por los dolorosos acontecimientos de Argelia. Ya en 1955 los obispos de Argelia habían hecho un llamamiento al humanitarismo en la resolución de los problemas. Pero el actual informe es más preciso y contundente.

Llega a afirmarse que los sufrimientos provocados por el conflicto conducen, en algunos casos, a excitar de tal forma los ánimos que se pisotea el mínimo respeto debido a la persona humana, llegando a colocar en tela de juicio los deberes más elementales con respecto a la Patria: «El odio no debe tener puesto en el corazón de un creyente; y con mayor razón no debe servir de excusa a un terrorismo ciego del cual son víctimas los inocentes, ni a manifestaciones sangrientas de contrterrorismo. Estas prácticas odiosas pueden llegar a crear un obstáculo insalvable en la obra de que depende el porvenir de Argelia.» Su voz es claramente justa: «En la actual crisis todos deben recordar que no es permitido colocar al servicio de una causa, por buena que sea: medios sustancialmente malos.»

El recuento es considerable. Las posiciones son fáciles de distinguir. Pero tal vez lo más significativo de la campaña antiterrorista es que no ataca exclusivamente los desmanes cometidos por los franceses, sino esa concatenación de hechos salvajes en que se encuentran metidos ambos bandos.



LAS REGLAS DE ETIQUETA DEL SEÑOR GRAUDENZ Y LA SEÑORA PAPPRITZ

Un libro que causa sensación en Alemania

21 FRASES PARA DAR LAS GRACIAS,
4 MODOS DE CONTESTAR AL TELEFONO,
12 FORMULAS DE FELICITACION...

SEMOS sinceros: En la diaria conversación sale constantemente una palabra que, pese a su significado profundo, justo y ponderado, dejamos en la mayoría de los casos apartada, completamente olvidada. Puede que algunos, de buen humor, que en clásico castellano no pasa de ser una fanfarronada, dibujen un gesto desdeñoso o pongan una escéptica cara de circunstancias al escucharla, porque se trata nada menos que de la urba-

nidad y buenas maneras, o, dicho de otro modo más elegante, de las reglas de etiqueta.

Si, señor usted mismo, el financiero que clava las manos en el volante de un automóvil descapotable el oficinista que sale todos los días del portal a las nueve menos cuarto; ese señor que presume de tener una perfecta educación, y que cuenta historias de hidalgos y tiene en la boca blasones y coronas ducales, y el mismo periodista que es-



El té, para los ingleses, es una cosa verdaderamente seria. Es como un rito al que hay que entregar todos los pensamientos y cuidados. Sin embargo, los autores de «El libro de urbanidad» le arriman a Inglaterra cierto complejo de interioridad.—Abajo: La señora Erika Pappritz, uno de los autores de «El libro de la etiqueta», que causó sensación y que actualmente suscita una viva polémica en Alemania

cribe este artículo cometen a diario, en cada momento, unas tremendas faltas contra los manuales de urbanidad. Nada más fácil de demostrar. Eche usted inmediatamente una ojeada a la calle. ¿Qué ve usted? De seguro, infaliblemente, un hombre va fumando por la calle con las manos en los bolsillos. Parece corriente, y usted se preguntará qué es lo que tiene de extraño que un hombre vaya de tal manera dando un paseito ahora que estamos en primavera.

La cosa es mucho más profunda y más complicada. Y para convencerse sólo hay que tomar un manual de urbanidad no demasiado antiguo y leer atentamente lo que sigue: «No está permitido llevar las manos ocultas en la faltriquera del pantalón. El paso debe de ser ni muy lento ni muy precipitado. Siempre es un acto incivil, y tan sólo propio de gentes vulgares, el fumar por la calle.»

¿Sorpresa? Pues estamos comenzando. Porque las cosas se agravan a medida que se profundiza. Y un poco más abajo existe un párrafo decisivo para la demostración que nos ocupa: «No podría expresarse nunca debidamente la enormidad de la falta del hombre que fuma cuando va acompañado de señoras.»

Y para que el bello sexo no se crea impune, y considere que sólo los hombres se desvían de los tratados, vamos a escoger una regla referente a esas señoras que nos parecen tan elegantes cuando van por cualquier paseo importante caminando a paso lento, y llevando en la mano la correa del perrito: «La costumbre de andar por la calle con un perro es enteramente impropia de personas bien educadas.»

Todo esto ya dibuja un panorama verdaderamente desolador. El hombre de hoy, cargado de

dudas, agotado por la noble lucha, lleva encima de la cabeza los negros nubarrones de los manuales de educación que lo aplastan, que lo desintegran, que lo crucifican.

Por ello, precisamente para liberarle, para poner al día las normas que debe seguir todo aquel que se precie de ser un caballero intachable, el doctor Karlheim y la señora Erika Pappritz han escrito un volumen de 500 páginas titulado «Das Buch der Etikette» («El Libro de la Etiqueta»), y su aparición ha producido un fenomenal revuelo en los medios alemanes, tanto por lo avanzado de las reglas como por la definición minuciosa a que se someten a diversos habitantes de varios países. Durante las primeras semanas siguientes a su aparición el éxito fué fabuloso; luego intervino la Prensa y nació una áspera polémica que aún dura.

Vamos a explicar largamente los motivos y alguna que otra revolucionaria regla que ha indignado a los setentones hasta más allá de toda ponderación.

REGLAS PARA TRATAR A LOS TACITURNOS

El niño, a la mañana del 25 de diciembre, se acerca al árbol de Noel y mira los juguetes. Los padres, cercanos, pendientes de cada gesto del niño, murmuran las palabras eternas. El dice con acento emocionado:

—Ya verás, la cara que pone.

—Los gritos van a despertar a los vecinos del piso de al lado —contesta ella con orgullo de madre

El niño toca los juguetes y los examina cuidadosamente. Pero, ¡oh, desilusión!, el niño no dice nada, el niño no se pone a dar saltos, el niño no grita, el niño ni siquiera abre ojos como platos y mantiene la boca cerrada. Dentro del corazón de los padres

algo se derrumba, algo cae vertiginosa y angustiosamente. La madre vaciándose, se acerca a él y le pregunta:

—¿No dices nada?

El niño se vuelve, levanta la cabeza y suelta una frase tremendamente serena:

—¿Qué tengo que decir? Si no digo nada es que todo está bien.

Ante esta anécdota vivida y cierta, los dos autores del nuevo tratado de etiqueta se horrorizan al unísono y exclaman:

—¡Nunca hagáis lo del niño!
¡Nunca sigáis este horroroso proceder!

Este grito es como una escoba que fuera barriendo implacablemente todas aquellas otras cosas antiguas, pues hace la friolera de dos siglos, el caballero Adolf Knigge, considerado como el más experto en estas cuestiones de dictar reglas para la convivencia, asegura que no constituía deshonra el que un hombre llevara pulgas.

Karlheim Graudenz y la señora Erika Pappritz son muy refinados y descienden en su libro a las cosas más triviales, pero terriblemente prácticas, por ser de uso diario. Valga como ejemplo su forma de aconsejar algunas cosas. Los pañuelos no deben jamás abandonarse bajo las mesas; el jabón ha de ser meticulosamente librado de su espuma tras usarlo; las bañeras han de quedar immaculadas tras el baño.

Y lo más curioso es que el libro es un verdadero códice. No trata solamente los problemas concernientes a la buena educación, sino que se detiene a considerar problemas vivos, vitales para la convivencia. Así, da reglas para tratar a los taciturnos, en una curiosa técnica de conversación; han creado veintinueve frases típicas para dar las gracias cortésmente, cuatro formas de contestar a una llamada telefónica, doce fórmulas para tarjetas de felicitación tipo «standard» y otras doce para contestar en los apurados momentos de pesame, amén de otras variadas consideraciones sobre forma de serrenar a una persona excitada, empleando el más exquisito tacto y la más palaciega diplomacia. También—no conviene olvidarse de nada—están perfecta y originalmente redactadas varias esquelas para comunicar la muerte de un ser querido.

Para hablar con sinceridad, esto ya nos parece excesivo. Una de las mayores esperanzas vanas de los hombres, es dedicarse a pensar en lo que dirán los periódicos cuando uno se va para siempre. Y esto de tenerlo ya redactado en casa...

¿COMO DEBE SER LA EVA DE LA ERA DEL ATÓMO?

Una pregunta ciertamente interesante. Los autores de «El Libro de la Etiqueta» no se han mordido la pluma para definir. Vamos allá.

Ante todo, debe crear cerca de sí un ambiente de reserva. Jamás debe levantar la voz, y es delito imperdonable el que corra desesperadamente tras de un tranvía, sea cual sea la causa de



¡Cuidado, amigo! No se puede andar uno con bromas en una mesa. Hay que dominarse, echar sonrisitas al aire y evitar que un mechón rebelde de pelos le caiga a uno por la frente. La etiqueta es una tirana sin entrañas

la prisa. La pintura de su cara ha de ser muy ligera, apenas destacable; y no han de gustarle, bajo ningún concepto, los vestidos llamativos ni de corte extravagante. Debe siempre preferir los trajes deportivos, tipo traje sastre y un conjunto de falda y blusa. Ha de tener en su guardarropa un vestido de «cock-tail», pero esto no es absolutamente necesario. El vestido de noche es puro lujo y puede pasarse perfectamente sin él. Debe casi prescindir de las joyas, todo lo más una o dos, y debe de contentarse con una piel de poco precio. (Quizá aquí los lectores opinen que se nota la influencia de que uno de los autores es un hombre.) Si la Eva tiene cierta edad no ha de vestirse como una niña y evitará ansiosamente el aspecto de las vampiras de Hollywood. Aún se llega más lejos. Las señoras de clase tienen terminantemente prohibido llevar sombrerito y tacones altos cuando están en pantalones, y jamás han de tomar consigo el bolso de compra cuando vistan elegante traje de paseo. Esto, naturalmente, no significa que sea necesario explicar estas cosas a las mujeres alemanas; ellas lo saben de memoria, pero nunca está de más remachar sobre el mismo clavo por aquello de la volubilidad de los recuerdos.

Y AQUÍ, EL ADÁN 1957

Comienza a definirse por su espíritu conservador. No sale jamás sin sombrero, prenda imprescindible y característica, y nunca osará quitarse una chaqueta delante de una señora. Considerará el bastón y el paraguas como parte integrante de su propio físico, y tendrá como único perfume el olor, la fragancia suave de un jabón de primera calidad y también... el aroma delicioso de una gota de colonia —sólo una gota, no equivocarse— en su immaculado pañuelo. ¡Una sola gota!, repiten elegantemente los autores del libro.

El Adán 1957 ha de ser refinado y desdeñar prendas como las babuchas, que le dan cierto aire aburguesado ya caduco. Es necesario que cambie de pijama dos veces por semana y saber entonces armónicamente los trajes que use con el color de su cutis. En lo que respecta al problema de combinar prendas, lo elegido y perfecto es el sombrero negro con un abrigo azul marino. Y nadie, por mucho que se empeñe, aunque le cueste un disgusto matrimonial si es su mujer la que lo incite, será capaz de obligarle a vestir un abrigo forrado de piel que tenga un solo cuello de pelizza. Debe considerar y repetirle a menudo una frase que constituye toda una ética insoslayable: «Enseñar siempre algo menos de lo que tiene.»

Por lo tanto, y las reglas aquí son implacables y definitivas, si no posee dinero para comprarse un abrigo forrado de piel, se conformará con una modesta bufanda. ¡Y tantas otras cosas pesan sobre este maltratado y sufrido Adán de 1957!...

Ojo a las pulseras y a las joyas. Un simple anillo de brillantes



Lo que va de ayer a hoy. No hace todavía muchos años los manuales de urbanidad aseguraban que el costumbre de andar por la calle con un perro era impropio de gentes educadas. Hoy, para algunos, esta es la máxima elegancia

puede ser pista que conduzca a los demás mortales a llegar a la conclusión de que vive fuera de su clase y está quebrantando la frase clave mencionada un poco más arriba.

Eso, sí. La corbata, imprescindible. Y por contraste, una innovación: Se prefieren las chaquetas sin ojales.

UNA VIDA EN COMUN MARCADA POR REGLAS INFLEXIBLES

Supongamos. El marido está afeitándose a toda prisa, porque el tiempo urge y la función de teatro comienza a las once. De pronto, su mujer le llama para alguna cosa. El marido buenamente, confiadamente, sale con la cara embadurnada de jabón. La mujer, al verlo de tal guisa, se apoyará en las reglas de «El libro de etiqueta», comenzará a llamarle grosero y mal educado, y le dará la noche.

Hay, si señor, que tener infinito cuidado, ilimitado tacto en la vida en común. El hombre ha de estar constantemente lleno de pudor, velando siempre por las formas más exquisitas. Si lleva bata corta evitará descubrir parte de su pecho, cuya vista, según los autores, produce tremendo desagrado sobre las esposas. Estas, por su parte, han de procurar ser extraordinariamente comprensivas. Sabrán que no es necesario registrar policíicamente los bolsillos del marido, preguntarle machaconamente a dónde va cuando sale de casa, abrir su correspondencia, no echarle a la cara sus errores gritando la consabida y enervante frase:

—¿Lo has visto? ¡Te había anunciado que de esta forma fundirías los plomos! No, si siempre lo digo... Tú eres...

Fuera de casa, las cosas se ponen mucho más serias. Nada de comer por la calle, aunque se trate de un helado; nada de ser curioso; nada de agitar los brazos al hablar. En la hostería, la falta más grave que puede cometerse es que a uno de los dos se le ocurra gritar:

—¡Camarero! ¡Señor camarero!...

Es, sin embargo, perfecto, acercarse al tocador un momento tras la comida, siempre y cuando que el caballero se levante cuando la señora inicia la marcha.

La señora no demostrará la más mínima curiosidad por la cuenta, y el hombre la abonará en todos los casos siendo este punto subrayado por los autores, que están decididamente en contra de la teoría un poco snobista de que hoy la mujer y el hombre reciben emolumentos parecidos en el trabajo y debe asimismo, repartirse la obligación de pagar los mutuos gastos.

Al fin y al cabo, al leer esto, se descubre que en España este libro no hace demasiada falta, porque aquí...

LO MAS INTERESANTE: EL CAPITULO DEDICADO AL AMOR

Hasta ahora, todos los tratados de urbanidad coinciden inexorablemente en un punto: Terminantemente prohibido hablar a una mujer sin haber sido anteriormente

te presentados. Pero por mor de las innovaciones sensacionales de Karlhein Graudenz y la señora Erika Pappritz, este asunto ha cambiado radicalmente. Pongámonos en situación. Un hombre va por la calle y le impresiona el cabello, la dulzura del rostro o los ojos de una muchacha. ¿Qué hace para tomar contacto? He aquí lo que ordena la educación más exquisita: El hombre se acerca a la muchacha con pasos lentos, las manos caídas, la corbata bien puesta:

—Señorita: ¿Sería tan amable de indicarme dónde está la calle X?

La señorita le mirará de perfil, y, con ademanes escuetos, aconsejará y explicará la situación de la calle mencionada. Entonces, el hombre continuará desarrollando las nuevas reglas con la siguiente pregunta:

—Perdóneme, pero ya que nos hemos encontrado de modo tan fortuito, ¿no sería posible que llegáramos a un mayor conocimiento?

Sólo entonces la muchacha podrá mirarle fijamente al rostro para dictaminar y convencerse de si el hombre le interesa. Puede decir que sí o que no. Veamos lo que sucede si contesta afirmativamente. El hombre se cubrirá de gloria aplicando la última frase del ritual aconsejado por los autores del libro:

—Usted comprende perfectamente que todo esto ha sido una excusa, porque la realidad es que su figura me interesó desde el primer momento.

Y así todo está en marcha, y un nuevo idilio nace a la luz del sol.

Naturalmente, esta forma de entablar amistad con desconocidos ha producido en Alemania un terremoto parecido al que formó Moratín en sus tiempos con «El sí de las niñas». Casi llegó la sangre al río, y la señora Lueders, de edad setenta y pico, dijo solemnemente que le pesaba el haber

defendido la propuesta de que las mujeres tuvieran acceso a la vida del Estado.

El capítulo del amor, para no perder la costumbre, fué el que originó más protestas. Pero los autores se defienden asegurando que de este sencillo modo un chico fresco puede abordar a una muchacha sin perder el título de caballero. Por otra parte, la mujer tiene el deber de escucharlo y de contestar con urbanidad lo cual es una tamaña ventaja.

Los besos y abrazos en público constituyen un delito de lesa majestad contra las buenas costumbres y no están permitidos en ninguno de los casos.

Aquí precisamente comienzan las reglas escabrosillas que han levantado la fuerte polémica que, circunscrita al principio a un grupo reducido, ha ido avanzando con botas de siete leguas y hoy día ocupa un lugar destacado en la actualidad de Alemania. Hay una nueva forma de definir situaciones humanas. Por ejemplo, en cuanto a las relaciones prematrimoniales dos novios encontrándose en viaje no pueden entrar y permanecer mucho tiempo juntos en la misma habitación. Y acto seguido se dedican varias páginas al problema de la mujer soltera ya madura y se afirma que si la mujer se basta a ella misma para hacer frente a la vida, y como consecuencia posee una fuerte personalidad, es perfectamente lícito que organice su propia forma de existencia como le plazca y le guste, y prescindir o no de compañero. Se termina discriminando sobre las relaciones que pueden tenerse con decencia, y este asunto es tratado con cierta ligereza en algunos casos, exenta de densidad humana y apartada de principios básicos.

No hace falta decir más para comprender por qué el libro, acogido con gran entusiasmo al prin-

cipio, se ha vuelto en pocas semanas epicentro de ásperas polémicas en las que también la Prensa alemana ha echado su cuarto a espadas. Nosotros, desde aquí, acostumbrados al respeto mutuo, al culto noble y generoso de la mujer, todo esto nos parece un tanto extraño y un mucho desorbitado.

Y si consideramos que en el libro existe también un capítulo en el que se juzgan minuciosamente caracteres de varios países, la extrañeza aumenta en muchos grados.

Respecto a esto, Inglaterra y Francia son las naciones mejor tratadas, aunque los autores les atribuyen a ambas una especie de complejo de inferioridad.

Italia es el paño de lágrimas y le cuelgan el sambenito con una serie de golpes de ironía. Así se avisa a los turistas que piensan utilizar este país, que tengan mucho cuidado con las maletas y bolsos y que se fijen atentamente en las vueltas que reciben al realizar sus compras. «No es que los italianos quieran engañarnos. Se equivocan simplemente; pero estas equivocaciones son demasiadas frecuentes.»

Hay también una frase honda como un pozo sin fondo, que insinúa un mundo especial: «Cuidado con el sexo femenino. Las mujeres italianas no son inabordables como hace tiempo. Pero los hombres tienen los ojos abiertos.»

Uno de los periodistas italianos, justa y santamente indignado, ha publicado un artículo asegurando que esta frase demuestra que los autores de «El libro de etiqueta» son los primeros en no hacer ningún caso de sus propios consejos de buena educación hacia el prójimo.

¡Quién sabe si no estará verdaderamente en lo cierto!

Pedro Mario HERRERO



La vida en común es un laberinto olosal y fantástico. Nada de que la mujer le vea a uno con la cara embadurnada de jabón. Nada de levantar la voz. Hay que guardar compostura. En una palabra: hay que escuchar las cosas y sonreír como quien oye llover.

RECETARIO DE COCINA

ENTRÉS SOPAS TIBIDAS AÑOS PUDDING VINO CORDÓN V. D. SALSA UNIDAS PASTRES



VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por
**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

LA ESTAFETA LITERARIA

Cada semana encontrará usted todas las novedades de la vida literaria y artística. Informes de editores, notas de librerías, exposiciones, noticias del teatro, el cine, el circo, Discoteca, Entrevistas, Reportajes, Correo nacional, Varña del exterior, etc.

Rellene el boletín adjunto y envíelo a:

LA ESTAFETA LITERARIA
Montesquiza, 2, Madrid

Nombre

Dirección

Me suscribo a LA ESTAFETA LITERARIA por

Un año

Seis meses

TARIFAS DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA

1 año, 100 pesetas; 6 meses, 50 pesetas

AMÉRICA Y PORTUGAL

1 año, 100 pesetas; 6 meses, 50 pesetas

OTROS PAISES

1 año, 175 pesetas; 6 meses, 90 pesetas

Las suscripciones se pagarán a reembolso al comienzo de las mismas.

Al vencimiento de cada suscripción se entenderá automáticamente prorrogada de no recibir orden en contrario.



CABALLEROS

Elegantes prendas de
ante, antelina y velvetón

Galerías Preciados

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



**LAS REGLAS DE ETIQUETA
DEL SENOR GRAUDENZ Y
LA SENORA PAPPRITZ**

**UN LIBRO QUE CAUSA
SENSACION EN ALEMANIA**

**21 FRASES PARA DAR LAS GRACIAS,
4 MODOS DE CONTESTAR AL TELEFONO,
12 FORMULAS DE FELICITACION...**

¿Qué diría la septuagenaria y respetable señora Lueders viendo esta fotografía? Las cachimbas, que también tienen su personalidad, son como espadas irónicas que se burlan de todos los manuales de urbanidad que en el mundo han sido.